

Reflexiones sobre el papel de los jóvenes en los procesos de cambio.





Blanca Lucero Magallanes Alva.

Compiladora

Reflexiones sobre el papel de los jóvenes en los procesos de cambio.

Derechos reservados, 2023

Partido Acción Nacional
Av. Coyoacán 1546.
Colonia del Valle 03100.
CDMX.

La reproducción total o parcial no autorizado
vulnera derechos reservados.
Cualquier uso de la presente obra debe ser
previamente concertado.

Índice

Introducción.....	6
Prólogo.....	7
1 El derecho de los Jóvenes: la participación política.....	8
2 El cambio y la juventud.....	14
3 Jóvenes, política y sociedad: ¿desafección política o una nueva sensibilidad social?.....	20
4 Juventudes: una reflexión desde la experiencia de la exclusión y la cultura.....	29
5 El acceso de los jóvenes a la cultura en la era digital.....	42
6 La participación política de los jóvenes.....	50
7 Condición juvenil contemporánea.....	54
8 El joven en la transición política de México.....	67
9 Los jóvenes de Acción Nacional.....	71
10 La juventud frente a la política.....	76
11 Juventud: presente y futuro.....	88
12 Los jóvenes hoy: enfoques, problemáticas y retos.....	90
13 La misión de los jóvenes en el PAN.....	97
14 Participación política, apego a la democracia y temas prioritarios de las personas jóvenes.....	100
15 Teorías sobre la juventud en la era contemporánea.....	110
16 Los dilemas de los jóvenes frente al trabajo en el siglo XXI.....	120

Introducción

En el inicio de este Siglo XXI, y anteriormente se vino dando, en México con gran fuerza la presencia y el crecimiento de los jóvenes, que, gracias a los avances tecnológicos, han ido tomando más conciencia de las obligaciones que tienen que enfrentar en este proceso de cambio, en todos los niveles de la vida, pero más cargado a sus derechos humanos, la política y al Estado. En el Partido Acción Nacional, este cambio se dio desde su creación en 1939, con la participación de los jóvenes mexicanos, permitiendo un cambio en las instituciones mexicanas, permitiendo que luchen por el bien común del país.

El papel que representan los jóvenes compone una parte importante en la política y en la sociedad, esto representa una notabilidad sobre todo en el desarrollo económico, social y político del país. Por este motivo, es importante el papel que juegan los jóvenes en estos procesos de cambio y es necesario que los partidos políticos estén enfocados en su participación, porque constituye un pilar importante para los avances en el gobierno y en la política de México

En esta compilación de textos titulada: “Reflexiones sobre el papel de los jóvenes en los procesos de cambio”, permitirá al lector entender la importancia de los jóvenes, por que a menudo ellos no se sienten representados en los discursos y en el gobierno, mucho menos en el desarrollo socioeconómico del país, cuantos jóvenes mexicanos quieren participar en los procesos de cambios y en sus derechos políticos, si realmente se quiere que México alcance un mejor desarrollo se tienen que permitir que los jóvenes tomen un papel más activo en los niveles de gobierno y así tener un bien común para todos.

Prólogo

En este libro bien llamado: “Reflexiones sobre el papel de los jóvenes en los procesos de cambio”, uno de los principales objetivos es que se pueda entender la situación y la importancia que los jóvenes mexicanos enfrentan para poder hacerse eco y así poder participar y cambiar los procesos de cambios en la política, en lo social y en el país.

Los jóvenes tienen que luchar por la democracia de México, para que así ellos puedan ejercer sus derechos humanos y políticos, porque su participación es de importancia para tener un mejor México. También es importante que los partidos políticos apoyen a los jóvenes y que permitan que puedan tener un papel activo más profundo para que permitan ver estos verdaderos cambios políticos y democráticos, como Acción Nacional siempre lo ha venido haciendo con los jóvenes panistas, para defender sus derechos y su dignidad democrática.

Nuestros jóvenes que actualmente juegan un papel importante en los procesos de cambio en México, estos jóvenes son los representantes del país, que están depositadas las esperanzas para tener un futuro mejor, con sus ideas que permitirán cambiar a México y avanzar a la democracia, aunque se enfrenten a grandes desafíos que les espera en este siglo XXI.

En esta compilación encontrarán textos que les permitirá reflexionar sobre la importancia de la juventud y el papel que actualmente juegan en la vida política y de México, entre los que podrán encontrar tenemos: El derecho de los jóvenes: la participación política, La participación política de los jóvenes, El joven en la transición política de México, La juventud frente a la política, Los dilemas de los jóvenes frente al trabajo en el siglo XXI.

El Derecho de los Jóvenes:

La Participación Política

Silvia Ferreiro

Tatiana Guevara¹

Durante la década de los años 90, las reformas políticas propulsadas en Argentina estuvieron ligadas a la introducción de un nuevo modelo económico y social hegemónico, de orientación neoliberal, que afectó la constitución de los vínculos sociales de organización, producción y reproducción histórica. En la actualidad superar estas rupturas entre actores sociales, estructuras políticas e intereses, resulta determinante para la construcción de mejores y mayores oportunidades de inclusión y participación social.

Para tal tarea, partimos de nuestra experiencia como talleristas en el proyecto “Política y Derechos Humanos en la Escuela”; desde el cual buscamos abrir espacios para que los jóvenes deliberen sobre su rol como actores políticos.

Existen diversas concepciones de la palabra participar. Podemos hablar de una participación efectiva que tiene en cuenta las voces de todos los actores en la toma de decisiones. Y, lo que nosotras denominamos, una “participación simulada”, en la que se invita a los jóvenes a formar parte, sólo para ejecutar una acción.



Estamos convencidas que el trabajo no sólo para los otros, sino también con los otros, involucra una nueva manera de pensar las políticas y de intervenir en las mismas.

1 Ferreiro, Silvia. El derecho de los jóvenes: la participación política. En: Centro Cultural de la Memoria. Jus, s/f. Págs. 1-7

La escuela pública es un espacio de socialización fundamental en la vida de las personas y en el desarrollo de nuestra sociedad, escenario que se incluye dentro de un modelo de vida democrático. Un principio básico de la educación media es la formación de ciudadanos capaces de participar en la vida pública, capaces de asumir un rol protagónico en la construcción de una sociedad solidaria. La escuela está hoy muy sola frente a la nueva realidad social. Además de perseverar en el esfuerzo por lograr mayores niveles de inclusión educativa, podemos observar que hay una desarticulación entre las políticas educativas y las políticas sociales.

El tema de la convivencia democrática constituye un eje vertebrador de la tarea escolar. Todos los agentes implicados la escuela, la familia, los políticos y las administraciones, los propios jóvenes- tienen su propia responsabilidad en este proceso; y que, con su trabajo en conjunto, es posible la legitimidad de los mecanismos democráticos y de la política. Pero para que eso se lleve a cabo es necesario contar con la participación de la sociedad; supone el compromiso y el involucramiento de los actores; implica metas en común y consenso acerca de los medios para obtenerlas

Con este trabajo buscamos conocer las motivaciones y expectativas de los jóvenes con relación a la política, así como, identificar acciones que puedan producir cambios substanciales en la percepción y en la implicación de los jóvenes en el ámbito de la política.

En la actualidad estamos frente a una necesidad de incrementar la participación y el compromiso. Impulsar el compromiso y promover la participación en la construcción de una sociedad cada vez más inclusiva. Inclusión, justicia e integración constituyen tres dimensiones indisolubles de la igualdad de oportunidades, que deben ser consideradas en su especificidad, pero que a la vez deben ser atendidas en conjunto para avanzar en el camino del cumplimiento del derecho a la participación política para todos. La exclusión social es uno de los problemas más acuciantes de la sociedad en que vivimos. El efecto excluyente es característico de la globalización y de la nueva era, que ha creado cada vez más personas que viven al margen de la sociedad, poniendo de manifiesto la necesidad primera de luchar contra dicha exclusión.

Estamos en la era de la globalización neoliberal que unifica dividiendo, polariza la sociedad, excluye y hace diferencias dentro de la misma.

Entendemos por democracia la posibilidad que el sistema político democrático otorga para institucionalizar las garantías de efectivización de los derechos y cómo se articula dentro del marco del sistema capitalista.

La participación política consiste básicamente en un tipo de actividad orientada a intervenir sobre el gobierno mediante el ejercicio de los derechos políticos. La articulación de esta atribución, puede tomar la forma central de la elección de los gobernantes o simbolizarse en diversas actividades orientadas a influir en las decisiones políticas de los mismos: la discusión política cotidiana y el seguimiento de la vida política, la participación en campañas electorales, el voto, la presión sobre los representantes políticos, la militancia en grupos, la participación en manifestaciones, etc.

La categoría de juventud es una construcción social que adquiere diferentes significados en cada sociedad, en cada una de las diferentes culturas y en los distintos períodos o momentos históricos. La juventud surge a partir de los siglos XVIII y XIX. Desde entonces dicha categoría comienza a ser pensada como una moratoria social, como un tiempo de espera, un período de postergación destinado a la preparación de lo que en el futuro será la vida en sociedad. Cuando los adultos hablan de los jóvenes lo hacen en futuro, pero el joven es aquí y ahora; está presente, en la actualidad como un testigo que necesita las herramientas en este momento. Entenderemos a la juventud no como una categoría de tránsito, sino como pluralidad de los modos de ser joven, ya que la condición de juventud indica, en la sociedad actual, una manera particular de estar en la vida: potencialidades, aspiraciones, requisitos, modalidades éticas y estéticas, lenguajes, que ofrecen un panorama sumamente variado y móvil que abarca sus comportamientos, referencias

identitarias, y formas de sociabilidad. Los planteamientos centrales de la juventud como moratoria social encuentran su propio límite, pues si bien dicho concepto remite a aquellos jóvenes que gozan de cierta autonomía, brindada por la postergación del ingreso al mercado laboral y fomentado por la dedicación exclusiva a la formación escolar y académica, la realidad es que muchos jóvenes asumen responsabilidades de adultos, excluyéndolos de su condición de juventud e iniciando de forma temprana su ingreso al mercado laboral.

La participación de los jóvenes resulta importante para la organización crítica de la vida social; la realización individual y colectiva de un proyecto comunitario y el fortalecimiento de procesos de integración. Pero, además, es necesario fortalecer la capacidad de los jóvenes de ser actores de su propia vida; actores que puedan elegir, juzgar y ser capaces de llevar a cabo ellos mismos proyectos que les permitan desarrollar relaciones sociales (ya sean relaciones de cooperación o conflictivas). La participación de los jóvenes en los lugares donde se toman decisiones que afectan sus vidas es un derecho constitucional. Y también un medio para mejorar la convivencia. Estimular la participación de los jóvenes en el espacio político y social, responde a la necesidad de fortalecer las prácticas y valores democráticos en la ciudadanía. La participación juvenil es importante para la organización crítica y protagónica de la vida social; como así también la realización individual y colectiva de un proyecto de comunidad y el fortalecimiento de procesos de integración, transformación y comunicación. La juventud que es indiferente a la política pierde un espacio en la sociedad.

Nuestra preocupación por la participación de los jóvenes en la política nos llevó a formar parte del proyecto “Política y Derechos Humanos en la Escuela”, el cual apunta a fortalecer la relación de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) con escuelas de Nivel Medio localizadas en los partidos de Los Polvorines, San Miguel, José C. Paz, entre otros. La propuesta pretende que un grupo de estudiantes de la UNGS interactúe con estudiantes y docentes de las instituciones de Nivel Medio. En el marco de la misma se abordan temas generales como: política, participación, conflicto, democracia y derechos humanos. Las tareas desarrolladas tienen por finalidad acercar herramientas conceptuales básicas vinculadas con la problemática de la ciudadanía y la política; a partir de reflexiones, discusiones y actividades recreativas, estimulando la integración y las actividades conjuntas entre estudiantes de la universidad y la escuela.

Desde el voluntariado de “Política y Derechos Humanos en la Escuela” pretendemos, a partir de los talleres, estimular en los jóvenes el deseo de la consecución de su libertad que les permite enfrentar los retos que implica el emerger de situaciones adversas a través de sus propios esfuerzos. Si bien algunos de los conceptos que se proponen trabajar, forman parte de los contenidos curriculares de la escuela media, entendemos que retomarlos en talleres de debate, en un contexto no evaluativo y con interlocutores externos a la escuela, puede contribuir a profundizarlos y a ampliar su sentido en relación con el análisis de problemas políticos reales.

El proyecto enfoca un tema que constituye un aporte a la condición ciudadana de los jóvenes; a su vinculación con la cosa pública en general y a su responsabilización en relación con los problemas de la sociedad. Se pretende que este proyecto sea un modo de ofrecer posibles vías para promover una ciudadanía más responsable, activa y comprometida, profundizando y actualizando los contenidos curriculares y a partir de ellos, generar discusiones que permitan la creación de una viva conciencia política y un fuerte compromiso con los derechos humanos capaz de posibilitar en un futuro una participación sensible en el seno de la comunidad. La apatía, el desinterés político y los persistentes problemas sociales vinculados a las situaciones de desigualdad social o las consecuencias negativas de la globalización económica ponen de manifiesto que las sociedades democráticas no pueden seguir funcionando de manera eficaz mientras sus miembros se alejan cada vez más del ámbito de lo colectivo.

¿Para qué vamos a las escuelas? Para abrir el diálogo y ordenar ideas. A partir de esta experiencia, buscamos contribuir a instaurar esta temática en la esfera pública, para generar

transformaciones en el ejercicio cotidiano del derecho político. No somos orientadores sino facilitadores, con lo cual, nos interpela el promover en los jóvenes el sentido de responsabilidad en tanto dar una respuesta social, para desarrollar a través de acciones concretas su compromiso en la transformación de sí mismos y de la sociedad de la que participan. Partiendo del reconocimiento de los adolescentes y jóvenes como ciudadanos sujetos de derecho y, teniendo en cuenta que se trata del segmento etéreo de la población más afectado por prácticas que vulneran los derechos humanos, esperamos que esta actividad contribuya a crear una viva conciencia política y un fuerte compromiso con los derechos humanos capaz de posibilitar en un futuro una participación sensible en el seno de la comunidad.

Ahora cabe preguntarnos: ¿Cuál es el rol de la juventud en relación con la política? Desde nuestro lugar como talleristas creemos que tiene que ver con la capacidad transformadora de la juventud, lo que la lleva a ser protagonista una y otra vez de los cambios sociales, políticos y culturales. La participación de los jóvenes debe demostrar que la política es la herramienta por la cual se busca el bien común. En este sentido, afirmar que una sociedad es democrática implica que exista un régimen político democrático no sólo en lo referido a los elementos normativo/organizativos formales, sino también a las propias prácticas y a las condiciones que las hacen posible en la práctica; prácticas que deben incluir a los jóvenes.

Todo espacio tiene un significado propio y ésta es una característica inseparable a él. Este significado puede derivarse de la funcionalidad ligada a las prácticas sociales que se desarrollan como resultado de las interacciones que, a un nivel simbólico, se dan entre los sujetos que ocupan o utilizan ese espacio. Asimismo, el significado espacial de un objeto es el que le confiere su naturaleza ontológica, de manera que los sujetos orientan sus actos hacia los objetos de su mundo en función de lo que éstos significan para ellos. En la actualidad, participar se encuentra relacionado con el cuerpo, con poner el cuerpo". Para Melina Vázquez y Pablo Vommaro "poner el cuerpo" en la escena pública se relaciona con que:

para que la acción colectiva tenga lugar es preciso que se manifieste a través de la presencia física de sus manifestantes. En manos de sectores que han sido invisibilizados socialmente en tanto sujetos con capacidad de agencia política, como es el caso de los y las jóvenes de sectores populares, este tipo de protesta se vuelve fundamental, puesto que no sólo permite enunciar reclamos, sino que, además, instituye formas de visibilidad social y la creación de identidades colectivas en el mismo accionar.

Estos autores dan muestra de la nueva presencia que los jóvenes tienen en la escena pública. Exponen que:

La militancia político-social supone una forma de organización en la que tiene importancia central el territorio y lo comunitario, puesto que se trata de una práctica en la que la política y los asuntos cotidianos están entremezclados. En otras palabras, donde las múltiples dimensiones de la vida se politizan e involucran un abanico de cuestiones que van desde la música hasta el cuerpo y la intimidad.

Durante los últimos años, el territorio ha vuelto a la escena. Aparece asociado a lo "próximo", y en consecuencia, el barrio, los asentamientos populares emergen como los ámbitos privilegiados de la acción y la organización colectiva. También el territorio asoma desde lo municipal, como referente obligado de las políticas de descentralización en el marco del desarrollo local. Estas consideraciones colocan al territorio como un componente clave de los procesos de cambio en los modos de hacer política.

En nuestros días, los medios de comunicación son vistos como uno de los agentes más importantes sobre el que se sustenta el sistema político. Muy a menudo, los jóvenes identifican los medios de comunicación como uno de los responsables junto con los políticos y los gobiernos, del

escaso interés general por la política. Siguiendo el trabajo podemos considerar que la información que ofrecen se encuentra manipulada, a la vez que no adecuan los contenidos ni los formatos a la población más joven. Es decir, se destaca de los medios de comunicación su poder para crear opinión y movilizar a la ciudadanía en función de los intereses a los que sirven. Según los jóvenes, los agentes políticos influyen en la información que transmiten los medios, modificando los contenidos u omitiendo ciertas informaciones en función de sus intereses.

El desarrollo de los medios de comunicación ha colocado a éstos, particularmente a la televisión, como los canales principales de información política, ha significado el desplazamiento de buena parte de la acción política al espacio más mediático, de modo que lo que sucede en este ámbito incluye deliberación y decisiones políticas, así como influencia en la selección de líderes. En paralelo al poderío de los medios se produce una metamorfosis de los partidos, que se transforman en aparatos cuyo verdadero centro de poder es cada vez más el candidato estrella rodeado de los expertos en gobernabilidad (el economista), en medios y en opinión pública.

¿Qué los jóvenes sean sujetos informados significa que están involucrados? Nos encontramos ante una reflexión desordenada, pues se pierde la reflexión crítica por la falta de experiencia de debate. Es decir, a pesar de que los jóvenes consideran que cada vez se tiene acceso a un mayor volumen de información, muchos de ellos afirman no contar con las herramientas necesarias para poder analizar y crearse su propia opinión al respecto. A su vez, hay una cierta sobrecarga de información que en ocasiones llega a saturar a los jóvenes. El hecho de no estar informados se debe en el fondo a una falta de interés: en realidad, la pluralidad de información existe, pero lo que no motivan son las vías de acceso, que se perciben como canales excesivamente especializados y ajenos a sus propios intereses. Se considera importante ejercer un mayor control en la calidad de la información política que se transmite, para legitimar la percepción de la política y sus agentes y fomentar el interés por parte de la ciudadanía.

Pero dejando de lado a los medios de comunicación, ¿El desánimo de los jóvenes no es motivado por la exclusión de éstos en la toma de decisiones políticas? Se repite la afirmación de no ser escuchados, ni reconocidos, ni tomados sensatamente en cuenta, lo que se intenta remediar con diversas promesas cuando se los necesita. Con lo cual, los canales de participación existentes son considerados como ficticiales, como un lugar en donde perderán su tiempo. Concretamente, no encuentran lugares en los que merezca la pena participar. Existe el sentimiento de no ser tomados en cuenta a priori, no como consecuencia de un debate a partir de un diálogo con los adultos en el que sus ideas o proyectos no aparezcan como factibles, sino por una cruel relación de poder.

Los jóvenes pretenden que su participación se traduzca en cambios efectivos en la realidad, con lo cual la pérdida de credibilidad de los políticos, vinculada a frecuentes promesas incumplidas y la sensación de carencia de ideas que vayan más allá de la voluntad de poder, también hacen al desgaste en los jóvenes. Entre las sugerencias que los jóvenes hacen, aparece con fuerza una demanda de ejemplos de conducta. Las palabras deben continuar o dar lugar a los hechos. Hay una firme condena a la contradicción entre las palabras y los hechos de los políticos.



Como puede advertirse, en estas sencillas argumentaciones, se nos ofrece un cuadro restrictivo y hasta reactivo a la promoción de la participación de los jóvenes. En todo caso, no deberíamos preguntarnos por qué los jóvenes participan poco, sino sorprendernos por la participación de quienes lo hacen aún en este contexto, cuando escuchamos la intensidad, consistencia e insistencia de sus críticas y planteos.

A partir de lo visto, planteamos que urge reivindicar la política, a la vez que mostrar su diferencia con los políticos; ya que muchas veces en los talleres cuando los chicos deben explicar qué entienden por política surge la comparación con los políticos. Adherimos a la definición de Molinari: lo político se define aquí, como el interés por la vida pública, por promover cambios en la sociedad y disputar el espacio de lo público. Se considera importante ejercer un mayor control en la calidad de la información política que se transmite, para legitimar la percepción de la política y sus agentes y fomentar el interés por parte de la ciudadanía. Hay que privilegiar el fortalecimiento de la ciudadanía promoviendo y favoreciendo a la generación de mejores condiciones para la participación política de los ciudadanos. Para esto es necesario conocer, reconocer y hacer uso de los derechos, ejercitando y trasladando a la práctica lo que está escrito y lo que sólo unos pocos conocen. Se deben instalar prácticas de debate político que favorezcan la participación de los jóvenes en el seno de la comunidad.

Anna M. Fernández Poncela¹

Tenemos el derecho, pues, de intentar hacer una historia de las metafísicas de la juventud y, como la hemos aligerado de su peso, una historia de la condición juvenil. Deberíamos decirlo en plural: condiciones juveniles, porque no hay duda de que la multiplicidad deberá ser una categoría determinante en tal empresa, junto con ese polimorfismo cultural que los recientes estudios sobre los adolescentes americanos han destacado como concepto crucial para comprender la índole juvenil. Semejante intención de estudio puede formar parte de un proceso más amplio con el que la sociedad, atrayendo hacia sí a los jóvenes, llegue a alimentar una imagen de sí misma más autorreflexiva o al menos a criticar las fáciles ilusiones de regeneración y los temores o deseos de Apocalipsis.

De manera tradicional

Se asocia a la juventud con el cambio, en especial en el ámbito político. En ella se depositan los anhelos y sueños de libertad o democracia, de mejoramiento del sistema, sus instituciones y cultura. Como recambio generacional los jóvenes pasan a ser el futuro del país y de la política. No importa que no tengan espacios institucionales ni que se sientan desapegados de la arena política, ellos son, a veces, poco menos que los paladines de la libertad; eso cuando no se les otorga el papel de las más terribles pestes y lacras sociales. Tienen la virtud de ser caracterizados de manera dicotómica y polarizada, según quien ejerza ese derecho.

En estas páginas nos proponemos mostrar las percepciones, actitudes y opiniones en torno a la supuesta o posible relación entre las y los jóvenes y el cambio. Trabajaremos a partir de los testimonios cualitativos de un grupo de jóvenes y, para tener otros puntos de vista, de un grupo de adultos.

El ejercicio se basa en entrevistas cualitativas específicas sobre el tema aplicadas en 2001 en el Distrito Federal, con la finalidad de comparar generacionalmente percepciones y opiniones.

El cambio entre lo biológico, generacional y cultural

Se ha considerado a la rebelión juvenil contra el padre, en particular, y el mundo adulto, en general, como un factor positivo en la afirmación de la personalidad, elemento funcional y necesario para la maduración del joven. Algunas investigaciones señalan que la juventud puede llegar a ser, en términos generales, más contestataria que sus mayores; sin embargo, las definiciones juveniles de marginalidad y contracultura en ocasiones son sólo etiquetas adjudicadas desde la mirada adulta, o poses integradas al discurso dominante por parte de los propios jóvenes. Más que opciones conscientes y reales se trata de imágenes culturales que a veces se llevan y utilizan. Los adultos dominan en la sociedad, pero a pesar de ello al parecer no consiguen educar a los jóvenes y prepararlos para reemplazarlos.

Durante mucho tiempo se ha considerado a la juventud panacea de la transformación social y del cambio político. En ellos se ha depositado poco menos que la responsabilidad en los avances de la transición democrática, quizá producto de la proyección de las generaciones adultas y sus sueños de futuro o pendientes históricos. Hay que considerar que esto no siempre tiene que ser así, pues la juventud puede ser conservadora de las tradiciones de sus mayores.

1 Fernández Poncela, Anna M. El cambio y la juventud. Revista Casa del tiempo. Sección: Tiempo Laberinto. No. 86, marzo del 2006. Págs. 40-45



Lo que es cierto es que por ser una generación diferente es portadora de una visión que puede ser común como grupo, al margen de si es opuesta a la de sus progenitores o reproducción de aquélla.⁶ Las generaciones son conjuntos de coetáneos conviviendo bajo un sentido de contemporaneidad y una historia o pasado compartido, lo cual significa cierta identidad grupal por convivir un tiempo y espacio común. Se requiere no obstante no sólo poseer edad semejante sino tener algún contacto vital para que la historia camine por generaciones.

La generación comparte un conjunto de representaciones, mandatos y prácticas, posee un sentimiento de contemporaneidad, de sensaciones, recuerdos y lugares comunes. Este concepto usualmente se orienta y utiliza en el sentido de cambio social, además de las experiencias análogas compartidas entre quienes viven y conviven en una misma etapa histórica y contexto social concreto. Ha sido considerada incluso como el gozne sobre el que la sociedad ejecuta sus movimientos. Varios son sus calificativos: relieve generacional, conflicto generacional y relevo generacional.

Se habla también del “metabolismo demográfico”: por el que la sociedad renueva y reemplaza sus efectivos, es aliado natural de la capacidad de transformación social. Y el peso relativo de determinadas cohortes de edad tiene su incidencia en el conjunto del sistema, bien a favor de la estabilidad, bien dando oportunidades o induciendo la transformación social.

En México se ha considerado que el cambio del partido en el gobierno en 2000 tuvo que ver con el reemplazo generacional. El denominado reemplazo generacional en política sería, o es, un cambio de percepciones, opiniones y comportamientos políticos del electorado fruto del cambio del electorado mismo, con la incorporación de nuevas generaciones a la arena política a través de sus actitudes, participación y votación.

La opinión sobre el cambio en primera persona: según y los jóvenes

La pregunta específica de la entrevista que vamos a interpretar aquí fue: ¿Consideras que los jóvenes son portadores del cambio como dicen algunas personas? En general la juventud consultada sí cree que los jóvenes traen el cambio o tienen que ver con la transformación en general y particularmente en el terreno político, de manera positiva; si bien la matización de algunas respuestas resulta más que interesante, como veremos a continuación.

Es necesario recordar la elevada presencia de jóvenes en el padrón electoral. Según estudios mayor porcentaje de gente joven posee un grado de educación más elevado, con posiciones más críticas al sistema, lo cual suele significar, a veces, más interés y participación en el ámbito público. Estos factores traen de la mano, en ocasiones, un voto opositor que sugeriría futuros cambios.

En general opinan que sí

En los testimonios de muchachos se apuesta por el cambio y consideran que “gracias a los jóvenes se han dado buenos cambios políticos y económicos”, “sí, tienen el potencial”, “algunos que tienen cierta capacidad”; es más, se implican de manera directa: “sí, porque depende de nosotros los jóvenes hacer un cambio para vivir en un México mejor y un futuro”. “Sí, van cambiando las cosas”. “Sí, hay ideas más frescas, más actuales”. “Creo que sí, ya que se ve al mundo de una forma distinta”, son algunas de las afirmaciones vertidas.

Hay quien lo contextualiza, “pues sí, pero también está en función de lo que ha pasado antes... Internet... Sin embargo, todo mundo señala que sí, sin duda, en numerosas ocasiones. Y quien apunta hacia un cambio para mejorar: Sí, porque tratamos de romper los esquemas impuestos para mejorarlos. En ocasiones hablan en tercera persona del plural: sí, porque de ellos depende el futuro, creo que sí, porque en ellos está la posibilidad del cambio en el futuro, sí porque en los jóvenes está el futuro de lo que es el mundo. En contra de lo ya establecido, establecer nuevos patrones o nuevos cánones para el futuro, como separándose de la realidad juvenil o reproduciendo un discurso social hegemónico existente.

También se percibe cierta necesidad de conciencia y voluntad: Pues sí, pero debemos de mentalizarnos para tomar ese poder de transformar las cosas, claro que tenemos una responsabilidad como personas libres y racionales que somos, pero debemos tener conciencia. Hay casos de duda hacia el tipo de cambio, al detectar oposición al mismo, ya todo ello dentro del encuadre político ideológico: Sí, pero no sé qué tipo de cambio, pero creo que sería un cambio perredista, como que el PRD ojalá muchos jóvenes, sí, sin embargo, el mismo gobierno es el que se opone al cambio.

Se detecta de forma generalizada deseo, apuesta y entusiasmo por el cambio en la mayoría de los jóvenes consultados. No hay diferencias por sexo. La opinión mayoritaria es que la juventud es portadora del cambio. Aunque, como se ve a continuación, hay dudas y matices, pero no se llega a la negación.

Pero hay quienes tienen dudas o matizan varios jóvenes señalaron que el cambio está en todos: creo que el cambio está en todos, no creo que los jóvenes sean los únicos portadores, todos somos portadores del cambio. los jóvenes son los que tienen la oportunidad mayor, son los que se encuentran frescos y en la etapa de la vida que les emociona un poco más el cambio, nosotros y todo aquel que tenga una idea innovadora. Asimismo, dijeron que hay de todo: veo que hay muchos chavos que no entienden, pero también hay chavos que aportan ideas, el cambio conlleva conocimiento y su actuar los guía al cambio, bueno o malo.

Hay contestaciones que devuelven preguntas, reflexiones profundas, dudas y conjeturas sobre el devenir de las generaciones y el cambio: Nuestros padres fueron portadores del cambio,

por medio de los movimientos estudiantiles; nuestros abuelos fueron portadores del cambio, ellos por la vía de las armas; nosotros ¿somos portadores de qué cambio y por medio de qué? Y es que el que tengan la posibilidad de cambiar un poco las cosas no los hace portadores del cambio. son las condiciones, nosotros y todo aquel que tenga una idea innovadora, hay que reconocer que a las nuevas ideas se las relaciona con juventud, pero no significa cambio precisamente.

Un grupo repensó la pregunta y dijo que hay una amplia gama, así como todo el mundo puede ser portador del cambio, lo cual no invalida la respuesta positiva, pero sí la matiza y contextualiza, despojando a la juventud de una responsabilidad discursivamente asignada.

La opinión sobre el cambio en tercera persona, según la población adulta consultada

El interrogante se formuló de manera similar: ¿Considera que los jóvenes son portadores del cambio como dicen algunas personas? Los adultos dijeron que sí; pero hubo quienes lo negaron.

Se considera que sí

Sí hay cambio, y éste es para mejorar, señalan las y los mayores, como hicieran las y los jóvenes. “Sí, tendría que ser”. “Sí tiene que ser... tratar de ser mejores”. “Sí, definitivamente”. “Sí, naturalmente”. “Hay mucha juventud que gracias a ella se ha vivido el cambio”. “Son la esperanza del cambio”. “Como generación que debe de renovar lo que está sucediendo hasta ahora sí”.

Según expresan los adultos, semeja una suerte de “destino manifiesto” ser joven, depositando en la juventud ciertas esperanzas y responsabilidades, como señala el discurso hegemónico en torno al tema. “Sí, son portadores del cambio y son un factor muy importante en la sociedad”. “Sí, sí lo son, porque la juventud te da ese privilegio, digo, los jóvenes siempre han pensado que van a cambiar el mundo, desde siempre”. “Sí, porque las ideas frescas, pacifistas y los sueños son de lo que está hecho el mundo y si no fuera así seguiríamos en la época del *homo sapiens*, sin cambio alguno”.

El cambio generacional y la transformación del entorno se dan la mano. Claro que sí son portadores de ese cambio, todas las nuevas generaciones aportan un cambio, no sólo a la sociedad, al mundo entero. Pienso que sí, ya que las costumbres y tecnología continuamente evolucionan. En un futuro sí, porque un cambio de pensamiento es generacional”. Son jóvenes, con ellos siempre viene el cambio.

Eso sí, se mantienen resquemores al respecto: “Por supuesto que sí, pero. primero deben dejar de estar ahí nomás pasmados o durmiendo y empezar a moverse, querer ir a donde ellos quieran ir en beneficio del país y de todos los demás, la verdad creo que sí son portadores del cambio, de muchos cambios, pero deben de dejar de huevonear”. “Sí creo que sean portadores del cambio. pero todavía no lo definen bien”.

Hay quien manifiesta sus dudas

Las dudas expresadas en el fondo son una afirmación matizada: “Deberían de serlo, sin embargo, hay que ver la calidad del cambio”, “probablemente sí”, “sí, aunque, no siempre”.

Y es que al parecer no todos y bajo ciertas circunstancias: “Posiblemente sí haya algunos”, “algunos, siempre y cuando tengan bases, estudios, capacidad, que sean inteligentes y que aporten lo bueno que tienen y no lo malo”. Y no tiene que ser siempre con un cambio positivo, o en todo caso se exponen algunas dudas al respecto: “Si van a cambiar algo, más vale que hagan una cosa positiva, no negativa”.

También opinan que hay que incluir a toda la sociedad en el cambio y no circunscribirlo al sector juvenil, como vimos con anterioridad dijeron los jóvenes consultados: “No sólo ellos, también nosotros somos portadores de ese cambio, todo depende de las actitudes que tomemos como so-

ciudad”, “en parte sí, pero pienso que tanto niños, jóvenes y adultos somos los que realizamos el cambio”, “no creo que sólo los jóvenes sean portadores del cambio”, “a nosotros cuando éramos jóvenes nos decían lo mismo, pero nosotros no hemos cambiado nada o casi nada, ahora le pasamos la bolita a los de atrás”. Esta última expresión bien merece una reflexión.

Y hay quien opina que no

Un pequeño grupo de adultos opinó que no, o de haber algún cambio es para peor: “No”, “no son portadores de ningún cambio y de serlo, éste no es bueno”, “pues fijate que considero que no, no son portadores del cambio, porque se están volviendo muy agresivos hacia la sociedad. nada más alborotan. cometen. muchas faltas de respeto”, “no, los mismos vicios de los adultos los jóvenes los adquieren”, “no existe dicho cambio, todo sigue peor”.

En la población adulta consultada se encontró la respuesta positiva del sí, en el mismo sentido que la juventud, esto es: “sí, los jóvenes son portadores del cambio”. Sin embargo, aunque en general se afirmó, unos y otros jóvenes y adultos tuvieron sus dudas o matizaciones, según algunos miembros de la muestra. Lo que resalta es que hubo un grupo de personas mayores que negaron dicha posibilidad, o en su caso señalaron que de haber cambio sería para peor, lo que los jóvenes en ningún momento mencionaron.



El cambio desde la experiencia, la percepción, la creencia y las diferencias generacionales

Podemos afirmar que los y las jóvenes encuestados y entrevistados muestran varias características que pueden ser enmarcadas en la teoría del reemplazo generacional y reúnen una serie de condiciones que los encuadra en la misma. Por una parte, hay que recordar el peso demográfico de la juventud en nuestros días entre la ciudadanía en general. De otra parte, se reconoce el aumento del nivel educativo... Por otro lado, en el sistema político se está dando una reforma y

transformación importantes, el pluralismo y la competitividad, entre otras cosas avanzan, así como la limpieza electoral y la difusión de la información y los valores democráticos en su conjunto. Si consideramos que los jóvenes son agentes de cambio y que aportan nuevas ideas y valores como generación en cuanto a su posición social e histórica, esto es, contextualizada en las transformaciones estructurales y culturales nacionales e internacionales, en las reformas y cambios de ideología y prácticas políticas, es obvio que hay un reemplazo generacional en marcha. El cambio generacional más las transformaciones del proceso político más el cambio cultural en el escenario mundial dan como consecuencia el cambio político.

En la revisión de las respuestas a la pregunta que interpretamos en estas páginas, la cuestión de ser portadores del cambio político obtuvo opiniones diferentes por generación, aunque la mayoría estuvieron de acuerdo en los puntos centrales a los que se puede reducir el sentido de los testimonios. El sexo de quien responde no pareció relevante en esta ocasión.

Las y los jóvenes en general consideran que sí son portadores del cambio político; es más, apuestan por éste, incluso en algunos casos se implican. El cambio es de carácter positivo. Hay también en ocasiones cierto tono de entusiasmo, pero, señalan algunos, hay que tener conciencia. Una minoría matizó el sí, sin negarlo; lo relativizó en el sentido de considerar que hay de todo entre la juventud, o que todo el mundo no sólo los jóvenes pueden ser portadores del cambio.

Los hombres y mujeres adultos también en su mayoría afirmaron la pregunta, un cambio para mejorar, y lo vislumbraron casi como “natural”, como parte del cambio generacional, con un tono de esperanza. Hubo otro grupo donde apareció la duda y el sí, pero. Incluso hubo quien lo negó lo cual no aconteció entre la juventud consultada y en algún caso dijo que si había cambio sería para peor. En este punto la juventud aparece como más esperanzada que la población adulta, más implicada y positiva.

En tiempos recientes se observa cómo el campo de la política está lejano, cuando no parcial o totalmente ausente, de la valoración juvenil, como muestran estudios en diversas latitudes y también para México. La esfera estatal y el espacio donde se dirimen los asuntos públicos no es pensado o percibido como campo de representación o gestión de los intereses y problemas sociales en general. Es más, la política causa resquemor y desconfianza entre la juventud, como acontece también entre la población en general. Parece claro que el “problema” lejos de estar en la juventud está en el seno de la política. Las y los jóvenes ante un panorama de incertidumbre y realidades que no comprenden o no les agrada prefieren refugiarse en “vivir la propia vida” o en la “ética indolora”, y en cuidar su calidad de vida, persiguiendo cubrir sus intereses inmediatos en asociaciones u organizaciones de carácter puntual en el tiempo y concretas en cuanto a temas.

Esta reflexión breve, general y de marcado carácter cualitativo, nos induce a pensar que tal vez hay un rayo de esperanza. O tal vez éste sea de nuevo producto de las mentes adultas que insisten en colocar a la juventud en posiciones activas y positivas, en representantes y defensores del cambio hacia lo mejor. En todo caso, deseamos que el testimonio cualitativo que responde al interrogante planteado arroje más luz sobre el asunto, y en él nos basamos al afirmar que las y los jóvenes se sienten protagonistas en cierto modo del cambio, y valoran éste de manera positiva. La mayoría de los adultos son de la misma opinión, salvo sus excepciones, que las hay.

¿Desafección Política o Una Nueva Sensibilidad Social?

Este artículo desarrolla un conjunto de reflexiones preliminares acerca de la relación entre jóvenes y política en Colombia, tratando de sentar algunas pistas pertinentes de investigación y promover la discusión sobre el tema. Se trata de unas reflexiones producto de una primera observación de la subjetividad juvenil, entendida particularmente en este trabajo como la exploración de las percepciones y representaciones relativas a la política. Desde esta perspectiva interesa, por el momento, examinar las maneras como los jóvenes entienden la cuestión, las imágenes con que la representan y las valoraciones y sensibilidad que desarrollan al respecto. Si se quiere, desde cierto punto de vista, es una aproximación a la cultura política de las juventudes.

Una primera inquietud que mueve este análisis es la revisión y crítica de aquellos planteamientos recientes que vienen enfatizando una suerte de relación pérfida, conflictiva y en cierto sentido anómala de los jóvenes con la política. Por otra parte, motiva estas reflexiones la cuestión de los factores explicativos contenidos en las diferentes aproximaciones al tema. Así, en una de éstas, la situación actual de la política con relación a la juventud sería un resultado, un resultado comprensible desde la propia historia de la política en América Latina. Los jóvenes, con sus actitudes y sensibilidad frente a lo político estarían reflejando las distintas crisis de esta historia: pérdida del sentido general de la política, crisis de legitimidad y representación de los partidos, crisis por ineficacia de la participación ciudadana, inoperancia de la democracia. Junto a esta visión está otra que ubica el vínculo entre juventud y política como parte de procesos de cambio endógenos y de tipo cultural que se han venido desarrollando en las últimas décadas y que expresan o significan una voluntad de transformación de los nexos y estructuras generacionales. En esta visión los jóvenes son sujetos reflexivos que interpretan y logran proponer a la sociedad su punto de vista y no son meros reproductores de los cambios a nivel macrosocial y macropolítico.

Juventud y política: los Énfasis de los enfoques actuales

Desde hace algunos años, se viene llamando la atención y enfatizando la complejidad y gravedad que adquiere la relación juventud y política en Colombia y América Latina. De manera general, en estas aproximaciones, la situación es presentada como todo un síndrome, una suerte de cuadro sintomático sumamente preocupante. Se llama la atención sobre varios rasgos de esta problemática. Los jóvenes se caracterizarían por su apatía e indiferencia frente a la política, una especie de desgano arraigado frente al tema en sí, como frente a la participación. A muy pocos jóvenes la política les estaría despertando su interés.



Se viene afirmando, al tiempo, que la juventud sería menos “izquierdista” comparativamente a la de hace algunos años, habría perdido un sentido progresista ideológicamente hablando y tendería, *grosso modo*, a inclinarse por el orden y el sistema institucional vigente. Particularmente, vistos como parte del mercado político, los jóvenes revelarían adhesiones pragmáticas e inestables respecto de las ofertas electorales: éstos no tendrían, ya, identificaciones partidarias definidas, siendo sus elecciones ejercicios sin convicción. Esa juventud colombiana y latinoamericana no valoraría o valoraría poco la participación política, la imaginarían como formas poco eficaces y arcaicas de expresión. La participación pública estaría dentro de las instituciones en que desconfían.

Una explicación que se ofrece a tal situación se dirige al orden de las preferencias vitales de la juventud y al diagnóstico que hacen de su realidad. Las aspiraciones y comprensible, se les vuelve un sin sentido. Como contrapartida, la respuesta de este sector de la sociedad no sería rebelarse frente a lo incomprensible sino más bien retirarse a la vida particular, puesto que es allí donde pueden transformarse los deseos en realidad. La política no sólo les sería enigmática sino abstracta, no les sería práctica.

Entienden que por ella no pasan ni la eficiencia ni las soluciones concretas a los problemas sentidos. De esto resulta que prefieran el desarrollo de sus propios proyectos de vida en el sentido de procurarse una rica vida afectiva, salud o simplemente vivir bien.

En la percepción juvenil, asimismo, la sociedad les resulta demasiado peligrosa, sus entornos son hostiles y poco confiables. Conviven la corrupción extrema, con la violencia y la inseguridad, al tiempo que la discriminación y las desigualdades de oportunidad. De ello su escepticismo y poca credibilidad general a su medio social.

Preferir la acción individual en busca de logros es una postura frente a la acción colectiva, la salida individual sería una de las banderas de la juventud actual. De ahí que importe poco proponer públicamente y, en todo caso, importe más proponer en ámbitos distintos como los culturales. En esta sensibilidad las formas genuinas de participación se hallan en el arte o en el juego, pues allí hay goce y emoción. Los jóvenes serían de alguna manera nihilistas al negar toda regla y todo valor de los ámbitos actuales de lo público, pero sobre todo por preguntarse profundamente por el sentido de todo lo que les atañe.

Complementariamente, se aduce para explicar todo aquello el peso que juegan las responsabilidades incumplidas por la sociedad y el Estado. De ser cierta esta sintomatología juvenil, ella sería producto de la falta de educación cívica, de la socialización en tendencias autoritarias y populistas conformantes de nuestra cultura política, de un aprendizaje en la comodidad de la sumisión y de un sentido mesiánico o providencialista por el cual se espera que otros produzcan los cambios necesarios. Los jóvenes estarían expresando además la falta de comunidad en estas sociedades, su falta de integración social o si se quiere sus tendencias anómicas. La solución es entonces integrar la sociedad e integrar a los jóvenes.

El conjunto de esta imagen de la problemática juvenil contemporánea provoca implicaciones distintas en cuanto a su significado profundo en el destino de las sociedades. ¿Qué sucede, en verdad, con los jóvenes y la política? ¿Se trata, acaso, si es posible, de reunir lo que ahora aparece separado? ¿Es la solución un problema sólo de integrar a los jóvenes o de un cambio más hondo en la sociedad? En efecto, no hay respuestas precisas. No obstante, una interpretación iría en el sentido de que lo que se niega no es la política en su conjunto, sino cierta forma de hacer política y que la reacción desafecta contiene un horizonte de utopía y en consecuencia de propuesta de algo mejor o superior. Se trataría en este caso de darle un lugar y un papel a los jóvenes en la construcción del futuro, pues tienen algo que ofrecer. Una interpretación paralela estribaría en la idea de un cambio radical de la importancia de la política en las preferencias juveniles. Culturalmente, los jóvenes actuales tienden hacia otro tipo de aspiraciones y actividades y logran precisar en sus percepciones una frontera clara entre la política y sus vidas. La política es de otros y no de ellos.

Respecto del caso colombiano no son tan evidentes los diagnósticos anteriores, ni las soluciones ni las interpretaciones mencionadas. En efecto, se sabe de los cambios culturales expresados en los movimientos y prácticas juveniles, pero menos, específicamente, con relación a la política⁹. Es pertinente aproximarse a la construcción subjetiva que hacen de ésta y al cómo justifican, acaso, su postura y sensibilidad. En las próximas secciones de este artículo se tratarán aquellas cuestiones, a la luz de los testimonios recogidos mediante entrevista. Se empezará por definir este campo y esta materia. Se seguirá con el análisis de la memoria histórica de la política para examinar su composición y extensión en el tiempo. En una tercera sección se revisará el concepto que tienen de los políticos y las virtudes que les gustaría ver en ellos. Se proseguirá con el diagnóstico que hacen de los partidos y se concluirá con una mirada a la conciencia y sensibilidad social de la juventud. En una sección aparte se propondrán algunas conclusiones.

¿Qué es la política?

En adelante interesa observar la forma como los jóvenes en cuestión desarrollan un concepto propio de la política. Interesa el punto de vista del actor, no el supuesto punto de vista de la sociedad o de la academia. En este sentido, habría que decir, en primer término, que los jóvenes saben de política, pueden hablar de política y, en efecto, no tienen problema en hacerlo. Se ve en ellos, respecto de la política, una región mental, un mapa conceptual que les es característico por ser producto de sus propias reflexiones. De esta manera, en los jóvenes no hay un vacío de política, hay un discurso y una reflexión sobre esta área de la vida social. Otra cosa, como luego se verá, es su postura y su actitud hacia la misma.

Lo que se ha encontrado en la subjetividad juvenil, es un concepto en que la política conforma un conjunto bien delimitado de acciones, circunstancias, instituciones y actores. El mundo de la política abarca una región compuesta preferentemente por el Estado, el gobierno, los partidos, los cargos públicos. De ahí no tiene más extensión, éste es su dominio central. Posiblemente, en este cuadro tan mínimo de la política se encuentren las claves de su sensibilidad actual. Bueno, la política tiene que ver con el poder, gobierno, con ministros, presidente y todos los funcionarios gubernamentales. Tiene que ver también mucho con corrupción, con falta de identidad de los gobernantes y, digamos, de aislamiento del pueblo con los gobernantes. No identifico pueblo con política, sólo gobernantes.

Bueno, pues, para mí política es como poder, como algo así de mando, de quien manda la parada en el país. Y todos esos los que están en el gobierno son los que manejan la política.

La política es comúnmente definida como un espacio restringido y restrictivo de acciones, es por definición una actividad de pocos. La mejor imagen que condensa este punto de vista es la de una pirámide con una cúspide en la que muy pocos tienen mucho poder. En realidad, es una pirámide seccionada, puesto que la base se halla desconectada del extremo superior. Este carácter de la política es histórico, en algún momento la división no existía o no era tan marcada; poco a poco se fue desprendiendo la sociedad de los políticos y la política, de la sociedad en su conjunto. En este cuadro, la política se fue haciendo, crecientemente, cada vez más lejana al resto de la comunidad. Es por ello que la percepción de los jóvenes apunta también a una suerte de índole intermitente de la vida política: ésta se revela para todos al menos cada cierto tiempo, por ejemplo, cada cuatro años, cuando hay elecciones.

Pues, ¿que yo recuerde algo político? No sé, las elecciones... y hechos como el de Gaitán o el de Galán. Eso me recuerda algo político. Tal vez, lo del M-19.

Sí, cuando se habla de política en este país, recuerdo movimientos de masas, manifestaciones, regalos para la gente y siempre la asocio con campañas ...Sí, para mí la política aparece cada cuatro años, acá en este país.

Preferentemente, la política tiende a ser definida por sus carencias, defectos y por su perfidia. Aparte de todo lo mencionado antes, es un espacio desordenado de acciones o de prácticas y es, al mismo tiempo, el espacio por excelencia de la acción ilícita: la corrupción se menciona como la forma generalizada de hacer política. Los testimonios muestran, además, un significado para la cuestión relativo a los juegos de compras de voluntades, a las transas, concesiones y arreglos turbios. Si hay que definir la política es inevitable mencionar este aspecto que haría su naturaleza. En todo caso, aquí se juegan otros asuntos que también le son relativos. El manejo y la división del poder son los objetivos inherentes de la política, así como la lucha ideológica o la confrontación de ideas.

¿Cómo funciona la política? Mal, funciona mal. Porque la gente, la gente cree que política es sólo llegar al poder y ya. La gente no se ha dado cuenta que la política también es oposición a ese poder. La gente cree que la política es sólo estar en ese puesto y salir en entrevistas y salir en televisión y hacer cualquier fantochada con tal que se den cuenta que él es el gran político.

Pues, no sé, pues. Evidentemente hay un círculo vicioso donde la política está mal porque la gente no participa. La gente no participa porque la política es en realidad politiquería y corrupción y descaro y cinismo y etcétera...

Lo que llama más la atención es que, pese a todo lo mencionado, para los jóvenes este es un campo de complicaciones y sin sentido aparente. Las percepciones expresan lo poco clara o lo muy opaca que aquélla puede ser. La política, pese a todo, es un misterio o deviene misteriosa. Se puede decir que resulta complicado referirla.

La política y la memoria histórica

Varios problemas pueden analizarse respecto del recuerdo que tienen los jóvenes entrevistados de la política en Colombia. Interesa particularmente observar de qué está hecha esta memoria, hasta dónde se extiende en el tiempo y cómo marca su percepción de la política en el país.

Cuando se acude a los jóvenes para preguntarles lo primero que recuerdan de la cuestión política, resulta de ello, sintomáticamente, la alusión a acontecimientos precisos y no tanto a procesos o circunstancias con cierto tiempo de duración. La memoria del joven reside en los acontecimientos, esos que cierta historiografía se ha encargado de resaltar o que los medios han subrayado. Aparecen alusiones a acontecimientos del tipo “revolución francesa”, “el frente nacional”. No obstante, se hacen más importantes los recuerdos recurrentes a los fracasos, pérdidas y oportunidades desperdiciadas en la sociedad colombiana. La muerte de Gaitán, la de Pizarra y Galán, al tiempo que el Bogotazo, son lugares comunes y dan cuenta de un estigma en el recuerdo cuyo signo es la desilusión y la sensación de que históricamente ciertas buenas ocasiones que pudieron haber definido otra historia abortaron.

¿Pienso, a ver, si me dicen política? Pienso mucho en creación de leyes, pienso, bueno, en la situación política actual, pienso en la burocracia, pienso en las dificultades que tenemos en este momento a nivel político, pienso en los diferentes partidos y como me parece eso tan absurdo a veces, porque nunca llegan a unirse, y pienso en intereses diferentes, mejor dicho, en los partidos políticos que tienen diferentes intereses y, por lo tanto, siempre hay una pelea entre ellos...

El desfalco del Guavio, la corrupción en el Congreso, todo eso, pues. Yo a la política la asocio más con corrupción ...que con desarrollo de las leyes y acatamiento de las mismas.

La memoria política de los jóvenes es inevitablemente pesimista, al mirarla predomina lo más negativo. Mezcla la posibilidad desperdiciada con destellos aislados de las posibilidades recientes de cambio. Es decir, en su visión, sobre todo en los últimos diez años han surgido elementos que atisban, de no volverse a cometer los mismos errores, una orientación diferente para esta sociedad. La Constituyente, por ejemplo, y la misma existencia de una Noemí Sanín son referidas

como esas nuevas señales de un futuro diferente.

Pues, la verdad, yo nunca he estado metido en política ni me interesa esa vaina. Para mí eso es de unos pocos que tienen el poder y el manejo del país. Los corruptos son los que manejan la vaina gruesa del país. Me recuerdo los chancucos en el Congreso y por allá en los pueblos robándose la plata. Toda esa gente, senadores y por allá los alcaldes medio se les da algo y ya lo están repartiendo a su acomodo. Es que yo digo que un acontecimiento político no son las votaciones. La política es lo que hacen todos los días cuando cogen y disponen de la plata para echársela ellos al bolsillo.

Pero la memoria que analizamos agrega otros elementos más a su estructura, elementos que permiten observar cómo se mueve el tiempo histórico, sus ciclos y su orientación. Los testimonios muestran una percepción de falta de movimiento en el tiempo de la política, en el sentido de que el cambio es lento o inexistente. La historia de la política es la misma historia de siempre, su funcionamiento no parece cambiar. El tiempo de la política tendría la fatalidad del eterno retorno:

Pues, no sé, yo estaba pensando en la época del Bogotazo que hubo básicamente una revolución, pero, pero al final todo siguió más o menos igual. Después de eso la revolución y toda la cosa seguimos más o menos en la misma forma y, de hecho, grandes cambios en el manejo de la política yo no puedo observar.

Bueno, en la mayoría, en casi todo el tiempo, yo creo que se ha regido por los parámetros de una política entre familias y entre gente que tiene mucho poder. Pero, tal vez, últimamente, se dio un cambio hace algunos años, cuando, digamos, elegimos a Mockus como alcalde. Yo creo que la gente ahí intentó hacer algún cambio por alguien que representara sus ideas, que representara al pueblo y que pudiera hacer algo diferente de lo que habían hecho los políticos tradicionales. También, creo, cuando hubo la gran votación por Noemí Sanín se nota cómo la gente quiere un cambio y vota por alguien muy diferente que no representa a los partidos tradicionales.

Ciertas imágenes son clave en la caracterización de la memoria política de los jóvenes. Una de ellas es Samper como imagen: representa la profundización de todos los males; la otra, es Galán: quien simboliza las oportunidades históricas perdidas. Junto a ellas aparecen entidades que expresan lo que el joven sintetiza como la esencia de la vida política nacional. Es imposible olvidar las maquinarias y las roscas, pues señalan lo sustantivo y la falta de cambio. Las maquinarias y las roscas son una constante que simboliza de una vez la índole recurrente de las cosas.

¿Qué es un político? No existe político Ideal

Los jóvenes desarrollan un concepto negativo de los políticos, muy congruente a su imagen de la política. Son pocos los políticos que tienen su aprobación y que causan su admiración. El tipo de político que admiran puede verse en el cuadro a continuación. Estas menciones pueden resultar paradójicas y difíciles de analizar. Sin embargo, parece desprenderse de ellas algunas constantes. Se puede ver entre estos políticos apelaciones al orden y la autoridad, a la consecuencia, a la rebeldía y la reivindicación. Significan también paz, igualmente capacidad estratégica e inteligencia. En cualquier caso, es difícil comprender por qué entre los jóvenes entrevistados fue difícil realizar un ejercicio mental que llevara a mostrar las características de un posible político ideal. El problema residía en el escepticismo general acerca de encontrar en algún momento una persona que pudiera satisfacer sus expectativas. El político ideal del joven es conceptualizado como una quimera, como un ideal platónico. No obstante, se hicieron muchas menciones acerca de los valores, la conducta y los conocimientos del político virtuoso.

En los políticos que ellos observan están escasos como valores la sinceridad, la ética, el sentido nacional. En los políticos reales predomina el dogmatismo, la falta de respeto a las reglas de juego y la no receptividad. En cuanto a su conducta éstos no son sencillos ni modestos, tampoco

co transparentes. Les falta desarrollar, además, una conducta en el cumplimiento, en la limpieza y la consagración. Las deducciones de este tipo pueden seguir.

En cuanto al conocimiento y capacidad del político los jóvenes perciben su falta de ideales, su desconocimiento de la necesidad de tener ideales para la acción, su falta de comprensión de la realidad y, en general, su falta de capacidad para el desempeño político. No es forzado inferir de todo este cuadro un anhelo de cambio, aunque éste les parezca imposible.

Yo creo que los políticos no por el hecho de ser políticos, sino por el hecho de ser personas y porque de pronto, en algún momento de su vida pensaron en hacer algo bueno, tienen que respetarse. Lo que pasa es que a lo largo de ese camino se van torciendo. Se van torciendo y dejan esa cantidad de ideales. Ahora, ¿político que respete a nivel internacional? En Latinoamérica, definitivamente ninguno, ninguno, ninguno. Y en Europa todos están tirando a su mismo lado. De pronto... no, no es que no veo a nadie. De pronto Kissinger, Kissinger si es un bárbaro.

Pues, así como que admire y respete y que tenga fotos de él en mi cuarto y esas cosas, pues realmente, no. Pero me parece una persona íntegra, bueno, no tan íntegra, pero bueno no me cae mal, no me cae mal Fidel Castro. Me parece chévere. Me parece que es una figura política fuerte, que se ha mantenido para bien y para mal en lo que él cree que está bien y, pues, me parece chévere. Y me gustan mucho los... ¿será que son?... si son políticos, los que están en los gobiernos orientales. Me parecen personas muy fuertes, me gustan. Es que no creo en la democracia, comencemos por eso.

La imaginaria existencia de los partidos: Ya no son nada

Hay una percepción y evaluación lapidaria de los jóvenes hacia los partidos políticos colombianos. Es una crítica al partido en sí, como institución, y a los partidos concretos existentes. Lo más relevante en esta percepción se expresa en cuanto a la función social y al funcionamiento propio de los partidos. Existe, no es obvio decirlo, una imagen clara y un concepto de la acción que caracteriza a los partidos en la sociedad.

¿Qué papel? Uh, muy importante, porque los dos partidos políticos tradicionales manejan ideales comunes. Ellos son los que movilizan al pueblo y quienes, se supone, son los que nos representan, más mal que bien. Se les olvida, una vez en el poder, a quién le deben el estar ahí.

Estas entidades habrían ido perdiendo funcionalidad en el juego de la historia. La funcionalidad es relativa a su utilidad: los partidos han devenido en inútiles, cumplen funciones distintas a las esperadas o simplemente no cumplen función significativa alguna. Los testimonios son insistentes en un diagnóstico que arroja una crisis general de los partidos en Colombia, consecuentemente la valoración de los jóvenes es mínima o nula para aquéllos. No sería erróneo afirmar la existencia de un marcado desencanto y desafección para con los partidos. Actualmente, en esta postura, resulta muy difícil conferir valoraciones positivas a estos actores políticos.

Yo creo que los partidos políticos en la sociedad lo único que están haciendo, en vez de buscar una unión general, están buscando una sectarización de las personas por su modo de pensar, en vez de pensar en un bien común.

Los partidos se caracterizan por varios rasgos que explican su crisis y asimismo el porqué de la desafección de los jóvenes. Son instituciones arcaicas, pasadas de moda, retenidas en el tiempo, sin capacidad de renovación. Al igual que en los políticos, manifiestan un actuar improvisado, oportunista, sin un norte referente a alguna voluntad general. En los partidos hay una degradación en este sentido. Junto a estas características hay una alusión a la carencia ideológica de que adolecen: los ideales distintivos, los ideales que hacen la razón de ser de los partidos también es una ausencia que resienten los jóvenes. Lo que hay, al contrario, son orientaciones pragmáticas, definidas por intereses particulares personales o a instancias de la propia necesidad de reproducir

ción o supervivencia partidaria. En cuanto a esto y en cuanto a su falta de ideología, los jóvenes no encuentran diferencias entre los partidos colombianos. Los partidos se han vuelto iguales e intercambiables.

En Colombia, como te dije, lo que más se ve es el partido Liberal y el Conservador. Yo creo que las propuestas de los dos partidos son exactamente las mismas, pero con palabras diferentes y el que representa a la colectividad conservadora o liberal tiene cara diferente, pero de resto las propuestas no son muy diferentes. Y tú no ves algo en el fondo que te diga esto es mejor que esto. No se ve. Considero que hay muchos partidos que tal vez podrían dar ideas diferentes, pero son los partidos de los políticos independientes que, pues, no tienen un espacio en el que puedan expresarse tanto como el partido Liberal y el Conservador, que tienen un nivel económico alto y tienen un poder alto que no tiene el resto de los partidos...

En el discurso juvenil se ofrecen elementos que expresan a la vez una crisis de representación y, por oposición, denotan un fenómeno creciente de autorrepresentación. En los jóvenes la cuestión es sencilla y clara: los partidos no representan los intereses de la sociedad y han terminado en una representación limitada, circunscrita a sus propios intereses. Éstos se representan a sí mismos. Tales fenómenos tendrían varias causas manifiestas. Una de ellas es propia de las pocas funciones reales que han venido desarrollando en los últimos años, el ser trampolines de poder y en procurar poder a sus miembros. Otra, está relacionada con una especie de desintegración interna por la cual el interés privado y personal prima sobre el mismo supuesto interés partidario.

Los partidos políticos, a mí me parece una cosa chistosa y así no voy a responder de una forma directa a la pregunta, pero me parece una cosa chistosa que uno tenga derecho a formar un partido político como y cuando a uno se le ocurra. Eso ha degenerado la condición de aglutinamiento, de fuerzas de los partidos, porque como ahora todos pueden entonces todos quieren. El papel que cumplen es como el de un club. El papel del club es: uno va al club, paga por su acción, tiene sus beneficios, derecho a piscina, sauna, jacuzzi y algún día puede convertirse en directivo del club. No sé si me explique bien, pero es la posibilidad de entraren un juego donde se manejan determinados intereses y determinadas cosas que después van a generarme beneficios. Para mí tiene que ser un papel aglutinante y representativo.

Los partidos se parecen más a un club social y son instituciones oligárquicas. Son estructuras cerradas a la manera de argollas, con fuertes relaciones verticales en su interior. Como sistema los partidos han cerrado cualquier posibilidad de acceso o intervención de nuevas fuerzas políticas. En todo caso, en la percepción de los jóvenes los partidos siguen siendo poderosos.

Política y conciencia social juvenil: El dinero determina

Los jóvenes desarrollan una idea crítica de la sociedad. Es una idea con un profundo realismo y conciencia de justicia social. Es una postura de desacuerdo con el estado de cosas que simultáneamente encuentra dificultades para una propuesta de transformación. Los testimonios muestran una sensibilidad social expresa y desinteresada: en este país las cosas están mal porque no hay equidad, porque no hay igualdad. Uno de los asuntos que no camina bien es la relación entre poder y clases sociales, entre política y clases sociales. En la valoración juvenil es demasiado estrecho y demasiado desproporcionado este vínculo.



La relación es directamente proporcional: mejor base social, mayor poder. Entonces, por ejemplo, cuando uno está en una clase social privilegiada uno asiste a ciertos colegios o ciertas universidades y esto le genera a uno determinados beneficios que inciden en la posición que uno va a tener en el futuro y esa posición se llama poder.

Pero las diferencias sociales se dan por el gobierno básicamente, por las políticas que existen ahorita. A ver, yo creo que ahorita hay más gente, pues como existen ciertos intereses, hay gente que, pues, que se lleva por esos intereses y desde antes ya tienen algo de dinero acumulado, ya tienen algo de poder y ellos agrandan ese poder intentando manipular el gobierno y pues consiguiendo sus intereses básicamente, y así adquirir más poder.

El abismo social es otra mención importante en su discurso crítico. Se reitera una imagen de las hondas diferencias y discrepancias entre riqueza y pobreza. En esta sociedad los pobres son muy pobres y los ricos son muy ricos. Pero, se les hace más preocupante aún la creciente pérdida de compasión o de interés por parte de los más privilegiados. En la sociedad que observan falta unión y solidaridad.

Pues, a mí me parece que... quisiera que la tierra fuera mejor repartida entre la gente, o sea, que está mal repartida, porque los que tienen mucho tienen mucha propiedad y los que tienen poca no tienen nada. No sé, como repartirla un poquito mejor.

No, pienso que está muy mal repartida. Eso se ve en la miseria y en la opulencia. Hay gente que tiene demasiado y hay una gente que no tiene nada, ni dónde caerse muerto y hay gente que lo tiene ya exagerado.

Reflexiones finales

Después de este recorrido por la conciencia juvenil es difícil sostener que hay un vacío de política en y entre los jóvenes. El tema y la preocupación existen, aunque tienen un desarrollo

particular. Por lo pronto, también, de acuerdo con esta sentencia inicial, se hace preciso volver a pensar en la supuesta apoliticidad de la juventud y en el supuesto apoliticismo de los jóvenes. Lo mismo sucede con el concepto de desafección política, pues a lo que parecen ser desafectos es a una forma específica de realizar la política.

La indiferencia juvenil hacia la política y la posible apatía no son actitudes per se de la juventud actual, son opciones que se toman a partir del propio diagnóstico, percepción o lectura que hacen de la realidad. En efecto, es una percepción en que predomina lo más negativo, lo más oscuro y lo más sórdido de lo que ésta puede llegar a ser. Cabe preguntarse ¿podrían los jóvenes ver las cosas de otra manera?

Entre los jóvenes el diagnóstico y la crítica parecen superar a la práctica o, si se quiere, a la acción. Así como es posible encontrar todo un desarrollo sobre cómo es la política, los partidos y la injusticia social, es menos probable hallar un desarrollo en que se vean como actores o autores en su realidad social. No es erróneo concluir que hay una ausencia de quehacer en la juventud. El viejo aforismo que pregona que al pesimismo de la realidad hay que oponerle el optimismo de la acción no parece encontrar lugar en la sensibilidad juvenil. De hecho, si acaso se da, se muestra asimétricamente: al pesimismo de la realidad política del país se opone el optimismo de la acción fuera de la política.

Si se sigue la lógica juvenil y se le presta la atención debida, la reconciliación entre política y juventud no es exclusivamente una cuestión de educación cívica. Los jóvenes, en realidad, están haciendo un llamado a una transformación radical. ¿De qué valdría explicarles que la política es algo más (seguramente mejor) de lo que ellos piensan que es, si, para sus ojos cotidianos, todo sigue igual? La mejor educación cívica sería la que empezara mostrando el cambio.

La labor investigativa debe continuar en varios frentes. Los resultados mostrados son producto de una primera aproximación a la realidad juvenil, de la que únicamente es pertinente establecer conjeturas más o menos confiables. En general, la investigación debe ir más allá de ciertas aproximaciones convencionales de tipo teórico y metodológico respecto de la juventud. En especial, superar una aproximación deductivista y sistémica, en la cual la vivencia de la política, particularmente en los jóvenes, es el resultado directo del entorno macrosocial y macropolítico y de un sesgo generacional; debe recuperar la capacidad de autonomía y elección de los jóvenes en su análisis como actores sociales, desmitificando las interpretaciones estrechas que los muestran como sujetos aún incompletos, dentro de una escala evolutiva y convencional de la vida humana; y debe mostrar en el análisis la complejidad y riqueza de la subjetividad juvenil descrita desde su propia perspectiva y no desde el mundo adulto. En este sentido, se valida que el lenguaje, los razonamientos y pensamientos de los jóvenes, son las claves para interpretar y justificar su percepción política, y en particular, sus posturas desafectadas. Para resolver el problema en cuestión, es apropiado una "investigación de frontera", cuyo propósito sea trascender las perspectivas de análisis de la ciencia política complementándolas con teorías y métodos más usuales en disciplinas como la historia, la antropología, la sociología y la lingüística.

Juventudes: Una Reflexión desde la Experiencia de la Exclusión y la Cultura

José Guadalupe Rivera-González¹

Un punto clave en este trabajo es señalar que hablar de las juventudes va más allá de la cuestión de edades. La juventud debe ser entendida como una experiencia de vida que se encuentra cada vez más determinada o condicionada por una serie de factores de carácter social, económico y cultural; sin embargo, también asume un papel creativo y transformador de las instituciones. Así, la juventud se presenta también como un sector importante, portador de cambios vertiginosos; es decir, no solo es espectador pasivo, al contrario, se presenta como un cuestionador de todo aquello que las generaciones pasadas veían como lo tradicional y, por lo tanto, lo incuestionable.

La juventud se adapta, incorpora, crea y transforma su entorno social y cultural más íntimo, más inmediato.

Además, en el imaginario social persiste la idea de que la etapa de la juventud debe estar acompañada por el acceso a la educación, al ocio, a la diversión, al empleo, a la cultura, a la libertad y, por ende, a estar en condiciones de poder contar con una movilidad socioeconómica. Sin embargo, estas expectativas en muy pocos casos se pueden hacer realidad, pues en México cada vez menos personas pueden acceder a estas oportunidades, y la experiencia cotidiana de millones de jóvenes se caracteriza por los contextos y las experiencias de exclusión, pobreza, violencia y crecientes desigualdades.

A la par de este numeroso sector de la población joven que carece de las condiciones para acceder a espacios en las escuelas y que sobrevive laboralmente en el mercado de la informalidad, existe una minoría que por su condición privilegiada puede acceder a largas trayectorias educativas y tiene también asegurada una larga y exitosa trayectoria laboral, lo cual le dará la posibilidad de lograr una movilidad socioeconómica y, por lo tanto, las expectativas de éxito y de estabilidad podrían cumplirse, a diferencia de lo que viven miles de jóvenes que han aprendido a sobrevivir en medio de las carencias.

Reitero, por lo tanto, la condición o la etiqueta de ser joven debería de aplicarse no solo a un proceso biológico, más bien debe de entenderse como una condición que los individuos experimentan a partir de procesos con características concretas que hacen que la condición de la juventud se exprese y se experimente de maneras diversas, complejas y sumamente heterogéneas. Al respecto, en diversos textos de reciente publicación por parte de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), se destacó que la juventud se caracteriza por altos niveles de heterogeneidad en los estilos de vida. Dichos estilos a su vez se identifican por las condiciones de integración/exclusión, mismas que se expresan de formas y maneras muy diversas.

Al respecto, un documento elaborado por la CEPAL diagnosticó lo siguiente: Igualmente, la juventud iberoamericana se caracteriza por altos niveles de heterogeneidad y desigualdad que se expresa en condiciones, visiones y prácticas diversas. Esas diferencias y desigualdades están relacionadas con procesos históricos y de carácter más reciente. Es en razón de tal heterogeneidad y desigualdad que es preferible hablar de múltiples juventudes. En suma, hay juventudes múltiples en sociedades desiguales.

1 Revista Papeles de población. Vol. XIX, No. 75, enero-marzo del 2013. Págs. 1-17



Estas diferentes maneras en las que se expresa y se vive la juventud se deben entender como el resultado una serie de diversos procesos históricos de existencia muy reciente y que han generado efectos muy heterogéneos en las condiciones de reproducción social de distintos sectores de la población. En razón de lo anterior, se vuelve cada vez más factible y preferible hablar de diversas, múltiples y complejas juventudes. Por lo tanto, hay tantas juventudes como experiencias y contextos socioeconómicos, simbólico-culturales y laborales.

Al respecto, creo pertinente retomar un aspecto señalado en un texto de Reguillo, donde destaca que hacer referencia a un sujeto joven supone la elaboración de múltiples articulaciones. Además, la sociedad actual se caracteriza por una multiplicidad de sentidos que dislocan los dispositivos cohesionadores de la vida social.

Los actores juveniles se tienen que adaptar a la actual crisis/reestructuración de las instituciones que otorgaban certidumbre y estabilidad, ahora muchos de ellos saben que lo único que tienen seguro es que no hay nada seguro.

Frente a este contexto, el actor joven no debe verse como un sujeto que puede ser etiquetado como un actor homogéneo, estamos viendo la construcción de actores complejos y heterogéneos que se agrupan y se desagrupan en numerosos colectivos en donde se defienden diferentes intereses: la ecología-medio ambiente, la libertad sexual, la paz, los derechos humanos, la defensa de los grupos indígenas, el *rock*. Para otros más, los desconectados, los marginados, los excluidos solo quedan las salidas o las vías más drásticas, la migración, la violencia, la delincuencia, la droga y, al final, la muerte.

Sin embargo, muchos jóvenes, independientemente de su condición de clase, comparten una idea sobre la precariedad del presente y del futuro. La incertidumbre en la que se desarrolla la vida cotidiana de los jóvenes se da en contextos en los que las instituciones están en un momento de ajustes, de cambios, de reestructuración. Ejemplo de lo anterior son: la escuela, la política, la

familia, la religión y el empleo. ¿Qué hacen todas estas instituciones para asimilar los cambios?, y ¿qué hacen para tratar de integrar a los más desposeídos o marginados?, ¿qué posibilidades de certidumbre encuentra el joven en estos espacios? Los barrios están muchas veces envueltos y controlados por la violencia y la adicción. La familia es el espacio en donde se golpea, donde se margina, se excluye a sus propios miembros.

Al entender a las juventudes como un conjunto de actores que sufren una serie de transiciones, también se debe de entender a los jóvenes como los portadores y generadores de una serie de experiencias encaminadas a desarrollar diversas estrategias de adaptación a las condiciones que les son impuestas en los cambiantes y complejos entornos en los que cotidianamente tienen que vivir. Esta situación ha contribuido a que las brechas de la desigualdad social sean cada vez mayores y con ello se hagan también más evidentes los vacíos en la protección social para amplios sectores de la población, en especial para la población joven. Por lo tanto, es relevante destacar que las juventudes actualmente están sujetas a un conjunto de fuerzas y procesos sociales, económicos, políticos y culturales que colocan a muchos de ellos en la incertidumbre, agudizando los riesgos de padecer desigualdad y, con ello, la posibilidad de experimentar una situación de exclusión social.

Tomar una postura de esta naturaleza implica entender que las condiciones bajo las cuales se efectúa la transición de la juventud a la adultez son distintas y el mismo proceso está determinado por las particularidades de una determinada etapa o contexto histórico, el cual impone diferentes condiciones para que se lleve a cabo la reproducción de este sector de la población.

En este sentido se vuelve también relevante entender que las transiciones que experimentan los jóvenes actualmente acontecen en contextos diferenciados, algunos pueden ser de igualdad y de oportunidad, pero también para otros pueden ser de marginación, vulnerabilidad y pudieran traducirse en experiencias de exclusión. Ante esto, las situaciones y experiencias del curso biográfico de los jóvenes latinoamericanos son diversas y heterogéneas en un contexto de creciente fragmentación social.

La juventud es la experiencia de un proceso histórico que se traduce en un fenómeno de carácter biográfico o individual; es decir, la experiencia cotidiana de los jóvenes se desarrolla en diversos escenarios en los cuales interactúan. Algunos de los escenarios más relevantes para la vida cotidiana de los jóvenes son la familia, la escuela, el barrio, la pandilla o los grupos de pares; en estos se construyen y reconstruyen las biografías y se refuerza la idea de la integración, pero en estos mismos escenarios pueden iniciar las experiencias que conllevan a una vulnerabilidad o la exclusión.

En los tiempos del llamado modelo estatista las transiciones o las experiencias de vida de los jóvenes se realizaban hasta cierto punto en forma estandarizada y más o menos homogénea; además se producían en tiempos más cortos y de manera más estable y menos traumática; sin embargo, este patrón ha experimentado importantes modificaciones, la transición es cada vez más tardía en la actualidad y los eventos que la enmarcan poseen ciertas particularidades. Esto indica que la experiencia de la juventud se ha prolongado, también los cambios de estatus se generan sin un orden determinado, lo que hace al proceso de transición complejo e incierto.

Ciertamente, la mayor parte de los países de América Latina que han enfrentado la reestructuración de sus políticas económicas han contribuido con esto a que sus jóvenes se enfrenten a nuevos riesgos y tensiones, como quedará ejemplificado más adelante con los datos que ofrecen la CEPAL y la Organización Iberoamericana de la Juventud. Es decir, las experiencias de vida y de transición de los muchos jóvenes son más accidentadas, menos previsibles, más extensas y más fracturadas, lo que se ha traducido en un incremento de la desigualdad y la vulnerabilidad individual, así como de la polarización y la exclusión de estos sectores de la sociedad. En este proceso de crisis en las transiciones de los jóvenes a la vida adulta hay que destacar la centralidad de al

menos tres ámbitos: formar una nueva familia, el paso de la escuela-educación a la obtención de un empleo y la construcción de una identidad propia. Es precisamente en el análisis de estos componentes donde debe centrarse el interés hacia los jóvenes, ya que resultan aspectos claves para analizar la manera en la que se desarrollan y experimentan los procesos de vulnerabilidad, desigualdad, exclusión y fragmentación social.

¿Qué características presenta el proceso bajo el que se construye la experiencia de exclusión de los jóvenes? Es un hecho que en la actualidad la población en general, pero las juventudes en particular, experimentan una serie de situaciones que hacen cada vez más complicado y difícil el proceso de transición a la adultez, ya que actualmente los contextos sociales, familiares, educativos y laborales presentan situaciones de riesgo y vulnerabilidad, lo cual hace que las juventudes se encuentren en grave desventaja. Las condiciones bajo las cuales se llevan a cabo las transiciones de las juventudes se realizan en condiciones poco favorables; sin embargo, también es importante destacar que las situaciones de la exclusión y el desamparo no pueden ser las mismas para todos, ya que las biografías individuales ejercen una notable influencia. Al respecto, resultan pertinentes algunos señalamientos que hace Bauman, quien destaca que en los contextos contemporáneos lograr el acceso a la seguridad existencial, alcanzar un lugar digno en la sociedad y, por lo tanto, hacer frente a la experiencia de la exclusión ha sido dejado en manos de cada una de las personas, para ello estas deben de valerse de sus propios recursos y habilidades. Sin embargo, esta situación coloca a las personas en una lógica de una eterna competencia, creándose la percepción de que cualquier asomo de solidaridad familiar o comunitaria resulta contraproducente o irrelevante.

En la actualidad se pueden experimentar varias formas de exclusión, si bien es cierto que los jóvenes no se encuentran totalmente excluidos, ya que están parcialmente integrados a muchas instituciones, aunque en clara desventaja y en condiciones totalmente desfavorables. Integración-exclusión son dos situaciones que se experimentan individualmente, pero como resultado de condiciones que se desarrollan en un ámbito más amplio. De igual forma estas experiencias de inclusión-exclusión tendrán no solo un impacto en las trayectorias de vida o en las biografías personales, sino en un contexto social más amplio, ya que de estas experiencias personales-individuales se alimentarán los escenarios de una fragmentación del llamado capital social. En este sentido, hay que destacar el impacto dejado por las reformas económicas de las últimas décadas y que trajeron como resultado importantes modificaciones en las condiciones de reproducción de la sociedad y también motivaron una alteración de las condiciones en las que operaba el mercado de trabajo; todo esto transformó las maneras en las que se desarrollaba la relación-vinculación-pertenencia de los individuos con su entorno social más amplio.

El resultado de las investigaciones realizadas sobre esta situación ha llevado a entender que la exclusión social es el resultado de una amplia gama de situaciones. La exclusión no solo está dada por una variable de carácter económico, aunque ejerce un gran peso, están presentes otros factores; es decir, hay fracturas en otros frentes y no solo en el económico, como el frente social y el simbólico. Hay dimensiones objetivas y subjetivas en el proceso de la exclusión. La exclusión se manifiesta como la acumulación de desventajas que van minando la relación individuo-sociedad, puede entonces ser entendida como el resultado de una sucesiva acumulación de procesos generadores de rupturas que poco a poco van limitando la capacidad del individuo para integrarse en redes de carácter social, económico, político y en redes de carácter simbólico-cultural. Esta situación aleja al individuo de su posible integración a las redes señaladas, lo margina de una posible participación en grupos y lo imposibilita para tener acceso a bienes materiales que le otorguen un prestigio y que le construyan una identidad. Por todo esto se afirma que la situación de exclusión es el resultado de un proceso multidimensional.

El estudio de la exclusión debe contemplar que los jóvenes, a la par que conviven con la desigualdad y la marginación, también construyen, reaccionan, innovan, crean y reestructuran. Es decir, la investigación debe considerar las nuevas formas sociales de integración que experimen-

tan los jóvenes, puede ser que actualmente los jóvenes enfrenten una situación de marginación o muestren poca o nula participación política en los espacios tradicionales (partidos políticos), pero pueden tener un gran involucramiento en diversas causas a partir de las redes sociales, esto quiere decir que, si bien entre los jóvenes se experimentan situaciones de exclusión y de vulnerabilidad, también se enfrentan situaciones de integración.

De esta forma, hablar o referirse a la experiencia de la exclusión implica hacer referencia a una gama muy amplia y variada de situaciones que son experimentadas por un individuo o persona a lo largo de una trayectoria de vida. Las juventudes deben de entenderse como un fenómeno de carácter dinámico y de continuos cambios. En este sentido, hay que destacar que la situación de los jóvenes en la actualidad se caracteriza y distingue por experimentar una serie de transiciones y estas se constituyen en experiencias cada vez más críticas y que en vez de otorgarles mayor certidumbre los coloca frente a escenarios de mayor incertidumbre y de mayor vulnerabilidad.

Desde hace algunos años diversas instituciones de carácter nacional e internacional se han dado a la tarea de generar información en torno a las expectativas de los jóvenes de América Latina en los contextos contemporáneos. Cabe destacar que estos últimos años se han caracterizado por un lento crecimiento económico, poca o nula generación de espacios laborales, un incremento de la violencia y una crisis de las instituciones tradicionales que eran generadoras de cohesión social; todo esto ha motivado que desde diferentes instancias gubernamentales y también desde la sociedad civil se realizaran importantes esfuerzos encaminados a conocer en detalle los problemas y las percepciones que tienen los jóvenes sobre aquellos sucesos que se desarrollan en su entorno cotidiano y de los cuales son directamente partícipes y que sin duda tienen un impacto en diversos ámbitos de su vida personal y grupal.

Parte de este esfuerzo está contenido en el documento denominado *La juventud en Iberoamérica: tendencias y urgencias*, este y otros textos más se han generado a partir del creciente interés de diversas instituciones de carácter nacional e internacional que se han dado a la tarea de generar información en torno a las expectativas y las situaciones que enfrentan los jóvenes de América Latina en los contextos contemporáneos. A partir de estos diagnósticos de carácter multidisciplinario se pretende ahondar en el conocimiento acerca de las nuevas paradojas, tensiones y conflictos que enfrentan los jóvenes en América Latina. En este documento se plasma la evolución que han mantenido una serie de indicadores y que en su conjunto permiten distinguir tendencias y cambios en aspectos relacionados al mundo de los jóvenes. En el texto se presentan los resultados a partir de los diferentes escenarios que los jóvenes experimentan en los últimos años en los países de América Latina. En este trabajo, la realidad de muchos jóvenes se resume en los siguientes 10 puntos y cada uno refleja nuevas formas de exclusión/integración.

Actualmente los jóvenes han logrado alcanzar un mayor acceso a la educación, pero contradictoriamente los mismos jóvenes tienen menos acceso a un empleo. En efecto, estos sectores de la población han tenido en los tiempos recientes una mayor escolaridad en comparación con las anteriores generaciones; pero a la vez, reitero, de manera contradictoria enfrentan y padecen altos porcentajes de desempleo. En concreto, las recientes generaciones han adquirido mayores conocimientos, pero se encuentran cada vez más excluidas del mundo laboral y de fuentes de trabajo que puedan generarles ingresos económicos capaces de mejorar sus condiciones de vida. A diferencia de las anteriores generaciones, hoy contar con una mayor educación no se traduce en mayor estabilidad laboral. Además, cuando los jóvenes logran tener acceso a un empleo la mayoría lo hace en condiciones de precariedad.

Los jóvenes poseen más habilidades y capacidades en el presente, pero a la vez la creciente marginación urbana, la falta de acceso a canales de movilidad social y económica, y la constante negación al consumo material los ha colocado en situaciones en las cuales la violencia y el delito a edades muy tempranas aparecen como las pocas alternativas de vida. Es decir, el hecho de que

algunas metas no se pueden alcanzar termina por incidir en los altos niveles de violencia entre los sectores juveniles. No obstante, las pandillas y otros grupos que se conforman sobre la base de la violencia, pueden estar operando, a la vez, como sistemas de integración social a un nivel micro. Ante la carencia de un capital social integrador y generador de solidaridad, algunos grupos de la delincuencia organizada otorgan un espacio alternativo de socialización a jóvenes excluidos de la educación, la familia y el trabajo; es decir, aparecen como un espacio alternativo de socialización.

En los tiempos actuales los jóvenes tienen un mayor acceso a la información, pero a la vez tienen menos acceso al poder y a las instancias en donde se toman decisiones que resultan ser fundamentales para su desarrollo. En tiempos recientes la información se da fundamentalmente a través del acceso a redes virtuales, en este sentido, hay una mayor inclusión en torno a la información que se encuentra disponible en los medios virtuales. También un aspecto central para la mayoría de los jóvenes es que estos no se sienten representados por los órganos o por las instancias del sistema político que toman las decisiones que impactan su vida educativa y laboral, entre muchas más. Esta situación se traduce en una mayor dificultad para que los jóvenes tengan una deficiente formación en lo que se refiere a una ciudadanía política más participativa.

Los jóvenes poseen mayores expectativas de autonomía, pero los apoyos para materializarlas son menores. En este sentido, es importante destacar que los jóvenes, gracias a sus amplias trayectorias educativas, tienen ahora mayores destrezas y habilidades en el manejo de las nuevas tecnologías de la información, paradójicamente amplios sectores de la juventud en América Latina y en México se encuentran excluidos de los espacios y de las oportunidades que podrían traducirse en mejores condiciones de vida y de trabajo; es decir, poder alcanzar verdaderas vidas autónomas. Esta es una situación que contribuye a que se acreciente la crisis de expectativas de los jóvenes.

Los jóvenes se hallan provistos de mejores condiciones de salud. En la actualidad existe menor posibilidad de morir joven por causas de alguna enfermedad; sin embargo, los jóvenes son una población vulnerable a sufrir muerte por otras causas.

En la actualidad los jóvenes despliegan una conducta más dúctil y son ellos mismos más propensos a ser más móviles, pero también en los últimos tiempos hemos visto como los jóvenes se involucran cada vez más en trayectorias migratorias que se caracterizan por ser más violentas y peligrosas. Es importante destacar que la experiencia migratoria ha desembocado en diversos problemas de inclusión/ exclusión social, de tal forma que una amplia capa de los migrantes son marginados en los lugares de destino, ya que ahí no cuentan con los mismos derechos que en sus lugares de origen; enfrentan severos problemas para integrarse a nuevos territorios y, por lo tanto, a nuevas manifestaciones culturales y de identidad.

La experiencia demuestra que los jóvenes son más cohesionados hacia adentro, pero paradójicamente, son menos tolerantes hacia el resto de la población. En este sentido, entre los jóvenes se generan nuevas identidades colectivas y participan en nuevos y variados universos simbólicos, los cuales se han caracterizado en los años recientes por ser efímeros y cambiantes. Este comportamiento ha terminado por materializarse en identidades poco consolidadas, muy fragmentarias, cerradas y sumamente excluyentes, lo cual termina por generar conflictos con otras identidades, incluso también con otros grupos de jóvenes.

Actualmente los jóvenes parecen estar más aptos para el cambio productivo, sin embargo, se encuentran excluidos de oportunidades en donde puedan poner en operación dichas ventajas. Todo este capital está siendo desaprovechado, los adultos ven con descontento y desconfianza el mundo de las transformaciones.

Si en generaciones pasadas los jóvenes fueron portadores y portavoces del cambio, es evidente que en la actualidad los jóvenes han contribuido de manera significativa a redefinir estos papeles, ya que ahora estos son percibidos como actores vulnerables, carentes de opciones y de

alternativas. Actualmente en la mayoría de los países de América Latina los jóvenes son vistos y percibidos como un sector de la población al que hay que proteger, brindarles servicios y desarrollar políticas y programas especiales para atender sus demandas y sus necesidades. Sin embargo, es un hecho que los jóvenes parecen estarse volcando cada vez más sobre sus mundos y estilos de vida de una manera más cotidiana y menos épica. En este sentido resultan ser los creadores-generadores de nuevas sensibilidades y de nuevas identidades.

Los jóvenes de hoy resultan ser más consumidores, y creadores a la vez, de bienes simbólicos; mientras que, a causa de las carencias y las limitaciones que enfrentan, viven restringiendo mucho su consumo material. Son altamente consumidores de imágenes, pero ven cómo las oportunidades de acceder a un nuevo y mejor empleo pasan de largo en sus trayectorias. La mayoría de las sociedades de Iberoamérica se caracterizan por una marcada concentración de los ingresos en muy pocas familias y esto termina orillando a muchas personas a vivir marginadas de los espacios de la promoción.

Derivado de todos los elementos arriba señalados, se destaca que los jóvenes son percibidos con una mayor autodeterminación y un mayor protagonismo; sin embargo, se percibe también una mayor precariedad y una mayor vulnerabilidad y desmovilización. Es cierto que proyectan con mayor facilidad sus ideas y sus expectativas, se crean mayores y nuevos espacios de comunicación; sin embargo, resulta importante hacer ver que la participación de los jóvenes se hace desde las redes virtuales, los jóvenes se movilizan en torno a nuevos temas y en torno a nuevas agendas, de esta forma se construyen nuevos colectivos y se redefine su participación en el nuevo mapa de la cohesión social colectiva. Es decir, todo esto forma parte de su nuevo mapa de la cohesión social, más no de su negación, así de esta manera muchas de sus iniciativas encuentran en los jóvenes a sus más decididos protagonistas. Sin embargo, en el reverso de la moneda los encontramos siendo altamente estigmatizados y percibidos como violentos, como potenciales trastocadores del orden social, poco interesados en la política y poco motivados por involucrarse en acciones concretas que contribuyan a dotarles de una mejor ciudadanía política. Viven con mucha apatía y con desconfianza.

Los datos arrojados por los diagnósticos tanto de la CEPAL como de la OIJ son contundentes y nos hacen saber que la cotidianidad de los jóvenes en América Latina se desarrolla en un contexto de luces y de sombras, es una realidad que se distingue como las paradojas y las contradicciones del mundo juvenil frente al mundo moderno y globalizado. También es verdad que para muchos jóvenes esta es una etapa en donde se presentan las oportunidades para desarrollar nuevas habilidades y adquirir nuevos conocimientos a partir de su contacto con nuevas tecnologías de la información; sin embargo, eso también ha contribuido al incremento de las desigualdades y ha hecho que amplios sectores se encuentren en una situación de mayor vulnerabilidad.

Resulta bastante significativo observar que no obstante muchas de las nuevas ventajas de la población juvenil, en la actualidad amplios sectores se enfrentan y padecen experiencias de un mayor desempleo, reciben salarios más bajos que el resto de la población trabajadora y también son excluidos de muchas prestaciones laborales. Aquí podemos encontrar uno de los mecanismos que hacen que las condiciones de pobreza que enfrentan los jóvenes junto con el resto de sus familias no se puedan resolver en el corto y mediano plazo, al estar imposibilitados para tener acceso a los ingresos que ayuden a salir de la pobreza y acceder a mejores condiciones de vida.

No obstante, los documentos aquí revisados señalan que los niveles de desempleo entre los jóvenes disminuyeron en los últimos años en la mayoría de los países de América Latina; sin embargo, lo anterior no ha sido suficiente para erradicar la pobreza, además, las tensiones y desigualdades que enfrentan los jóvenes frente al resto de la sociedad, se hacen extensivas y evidentes entre los sectores de la población juvenil. Es decir, hay jóvenes con mayores carencias y con mayores problemas para vivir que otros jóvenes.

En América Latina la diversidad juvenil constituye una pieza sociocultural más que se integra a los matices de los países de la región, que se caracterizan fundamentalmente por la multiculturalidad. Esta idea de lo diverso se suma a los procesos complejos que conforman y representan en gran medida las transiciones que se experimentan al inicio del siglo XXI; sin embargo, es un hecho que esa experiencia multicultural no ha sido suficientemente analizada por parte de los juvenólogos, como argumentaré más adelante.

En este sentido, es un hecho que la diversidad y la complejidad de las expresiones discursivas de los jóvenes, así como sus prácticas culturales específicas, los ha hecho, sin lugar a dudas, un tema de gran interés para los investigadores de distintas disciplinas; así lo corrobora una amplia y variada bibliografía sobre diversas temáticas en torno a este sector de la población. Entre las temáticas de estudio destacan las siguientes: consumo cultural, apropiación y producción de bienes simbólicos, nuevas tecnologías de comunicación, tiempo y espacios juveniles, cultura juvenil, estéticas corporales, cultura juvenil de la noche, identidades juveniles, identidades de lo masculino y lo femenino, la situación de los jóvenes en las fronteras, nuevas percepciones juveniles acerca de la familia, la escuela, el trabajo y la política.

Además, algunos investigadores han coincidido en señalar que el mundo de los jóvenes posee características propias y diferentes a otros grupos sociales, de ahí que se involucren en diferentes proyectos en los cuales vean reflejados sus intereses y sus perspectivas del mundo. Ejemplos cotidianos son los que describimos arriba y además en otros como: murales, grafitis, cómics, fanzines, *performance* y música, solo por mencionar algunos. Este proceso se ha traducido en el concepto de subculturas juveniles. Según Feixa, se considera cultura a la manera en que las expresiones sociales de los jóvenes son manifestadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintos, dichas expresiones se localizan fundamentalmente en el tiempo libre o en los espacios intersociales de la vida convencional.

Los estilos a los cuales hace referencia Feixa tienen que ver con la imagen socio-corporal que es desplegada en los ámbitos públicos en lo que va incluido un determinado lenguaje a través del cual los jóvenes plasman y conceptualizan una visión particular del mundo, en donde ellos pueden ironizar a los elementos que provienen de la llamada cultura oficial, la cual es hecha por los adultos. De tal forma que estos estilos de vida proveen de una identidad a los sujetos. Ejemplos de estos grupos son: punks, indis, skatos, cholos, rockers, fresas, snobs, fashion, darks, góticos, emos, reguetoneros, metaleros, etcétera. Estas identidades se reafirman con la creación y el uso de una serie de accesorios o artefactos que acompañan y que en mucho contribuyen a su creación, ejemplo de esto son la música, el lenguaje, la estética corporal, la ropa y diversas producciones.

Por lo tanto, bajo estos presupuestos es importante destacar que la identidad es el resultado de diversas y múltiples combinaciones. En un estilo pueden estar presentes emblemas o sintetizados otros estilos. Así, los jóvenes en sus rituales y acciones cotidianas tienen la capacidad de mezclar y de combinar sentidos, mensajes, significados, símbolos, los cuales aparentemente pueden tener significados contradictorios entre sí.

Hacer referencia a este importante sector de la población en la actualidad es hablar también de una fractura de los sentidos y de los significados que articulaban la vida social de varias generaciones, de igual forma hablar de la juventud es hablar de una creciente situación o experiencia de exclusión de todo o casi todo. Las culturas juveniles tienen más que ver con el proceso o la manera en que las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas en colectivo mediante o a través de estilos de vida distintivos, localizados en los espacios o en el tiempo libre o en aquellos espacios diferentes a los de la vida institucional.

Tenemos entonces el surgimiento de estas culturas juveniles que se construyen o se apropian para ello de espacios, tiempos y rituales específicos. En todo ello los jóvenes recurren a imágenes, símbolos, discursos, estilos juveniles transnacionales, aunque a un nivel local son re-

pensados y readaptados por las amplias capas de las juventudes a nivel nacional, regional y local. Algunos estudios revelan el interés sobre aspectos de género en las culturas juveniles, hecho que apunta hacia los cambios que experimentan las sociedades actuales.

Las diversas culturas juveniles representan desde sus orígenes una de las más claras expresiones de la globalización cultural; sin embargo, esto no representa una homogenización planetaria, al contrario, estas culturas simbolizan o representan no solo un aspecto vinculado a la modernización, sino que también en ellas se condensan y ellas mismas reflejan problemáticas locales, nacionales y estatales muy específicas. Las culturas juveniles deben entenderse como un proceso de formación y de dotación de sentido y de significado de identidad a una escala individual y grupal. La mediación juvenil se manifiesta en la forma creativa en la que se desarrolla, construye y reconstruye la identidad de los grupos y los significados que ella conlleva. En este proceso las llamadas culturas se aprovechan de una amplia gama de posibilidades y de influencias estéticas. Además, es importante destacar el hecho de que actualmente los jóvenes cuentan con muchos recursos que contribuyen al movimiento y al contacto a nivel global, se cuenta con recursos globales para la creatividad local. Por lo tanto, las culturas globales y locales aparecen como una reacción a las percepciones del riesgo generacional en la globalización contemporánea.

Al considerar la importancia del factor simbólico-cultural en los procesos cotidianos de construcción de un referente identitario, Rossana Reguillo señala que la condición juvenil en la actualidad debe de ser entendida como un conjunto multidimensional de formas particulares, diferenciadas y culturalmente acordadas que otorgan, definen, marcan, establecen límites y parámetros a la experiencia subjetiva y social de los jóvenes. De tal forma que la condición juvenil se refiere entonces a posiciones, categorías, clases, situaciones, prácticas, autorizaciones y prescripciones que se asumen como naturales al orden vigente y tienden a naturalizarse como propias o inherentes a esta franja etaria. Entonces la condición juvenil alude a los mecanismos tanto estructurales como —especialmente— culturales que enmarcan el proceso de inserción de sujetos concretos, considerados jóvenes en una dinámica sociocultural histórica y geopolíticamente configurada.

En este sentido, se vuelve clave desarrollar análisis que partan o que privilegien una doble ruta que no eluda los marcos constrictivos de las estructuras sociales, pero que a la vez también sean capaces de incorporar la dimensión subjetiva de los jóvenes como actores sociales en su proceso de construcción. Partiendo de esto, adquieren importancia las entrevistas que se desarrollan para retratar y construir la historia desde el punto de vista de los jóvenes. Las entrevistas, aunque solo hagan alusión a una breve parte de sus experiencias son bastante significativas, ya que ahí llegan a plasmar una visión de lo que hasta ese momento ha sido su vida.

Reitero, desde un mundo lleno de contingencias, carencias e incertidumbres, se ha vuelto clave el análisis sobre cómo y a través de que instancias los jóvenes pueden alcanzar significados, sentidos y mínimas certezas en el contexto actual. En este sentido, la propia Rossana Reguillo ha destacado que ante la situación de carencias e incertidumbres de los jóvenes, estos se han visto orillados a desarrollar las siguientes opciones como una alternativa a las carencias que enfrentan de manera cotidiana.

Estas instancias que al joven se le presentan como opciones en el proceso de reapropiarse del “yo” en los contextos contemporáneos. Estas tres alternativas se han vuelto clave en el proceso de construcción de la biografía de miles de jóvenes, a quienes se les atribuye la responsabilidad de su condición de vida. Bajo esta perspectiva, para algunos actores-sectores de la sociedad es claro que son los propios jóvenes quienes resultan incapaces para adaptarse al orden-desorden social que impera actualmente, por lo tanto, se privilegia la solución biográfica o individual de los jóvenes a las contradicciones sistémicas. Aquí se destaca el hecho de que sean los sujetos los responsables de crear sus propias soluciones personales a las condiciones de exclusión, pobreza y marginación que les han sido impuestas por intereses y fuerzas sociales y económicas de las

cuales ellos, en su mayoría, no forman parte.

Como lo señala Perea, lo central en el proceso de búsqueda de compensación frente al vacío dejado por el deterioro y la crisis de las instituciones, se realiza ya no desde la ciudadanía o desde la demanda política del reconocimiento del “yo” del actor, sino a partir de las múltiples y complejas pertenencias del sujeto juvenil, desde el culto a la santa muerte hasta su participación en organizaciones de jóvenes empresarios; pasando por los textos de autoayuda.

También hay que enfatizar el hecho de que los jóvenes buscan conformar espacios o circunstancias para alcanzar una mayor sociabilidad (maneras de estar juntos, comunicarse, encontrarse, maneras de sentirse juntos y de estar seguros). En este sentido, se vuelve clave el análisis del mercado, del consumo, del ocio y de las variadas actividades de entretenimiento que desarrollan los jóvenes, y que aparecen como una de las alternativas para lograr lo que anteriormente se señaló.

En particular en México a partir del resultado de la Encuesta Nacional de Juventud 2000 se pudo constatar el peso que para todos los jóvenes han adquirido ciertas formas de consumo. En este sentido, la ropa, otros accesorios y la música se constituyen en algunos de los bienes más deseados por parte de los jóvenes. Aspectos como la apariencia y la moda, seguidos del lenguaje, la música y los gustos aparecen como opciones que están muy por encima de muchas otras encaminadas a desarrollar una actitud de mayor participación o toma de conciencia, responsabilidad y compromiso. Un claro ejemplo de lo anterior es el escaso o nulo interés de los jóvenes por participar en actividades con grupos políticos. Reguillo, al igual que otros investigadores, destaca que el consumo se ha constituido como un marcador central en el proceso de construcción/reconstrucción de las identidades juveniles en el capitalismo actual. En este sentido, el consumo se ha abierto paso como un espacio que permite a los jóvenes afirmar la inclusión, la pertenencia, la membresía social. Las marcas comerciales aparecen como un dispositivo de diferenciación social, como mecanismo de distinción, como emblema de pertenencia.

El gusto por algún tipo de música o músico en particular significa para muchos jóvenes la adscripción a una agrupación, en la cual se congregan otros con quienes se comparte el mismo interés y se desarrollan otras actividades claves en el proceso de la socialización. Incluso otro aspecto que hace necesario el análisis del consumo y de los medios de comunicación es que estos se constituyen en instancias educadoras anónimas; es decir, en los espacios fuera del hogar como las calles, el barrio, los centros comerciales y, particularmente, los medios de comunicación los jóvenes se conectan y se interrelacionan generando nuevos mensajes, y de igual forma se construyen nuevas maneras de interactuar y socializar. Estos espacios, junto con la escuela, se constituyen como verdaderos agentes culturales y de socialización y las prácticas que ahí se generan, por lo tanto, deben de ser consideradas configuradoras de visiones de mundo y de prácticas culturales y sociales de los jóvenes en los tiempos recientes. Por lo tanto, se entiende en estos momentos que los jóvenes trazan su identidad en el proceso de la intersección de los procesos cotidianos que desarrollan en su hogar, en la escuela, en sus centros de trabajo, pero también en lo que ellos consumen en las pantallas, las redes sociales y los centros comerciales. Todo ello contribuye a crear y a modificar la apreciación que tienen del mundo y la realidad que los rodea.

Además, hay que destacar lo señalado por García Canclini en lo que se refiere al consumo. Este autor enfatiza que el acceso de los jóvenes a determinados bienes se hace a partir de la informalidad, es decir, el consumo que hacen los jóvenes de ciertos bienes como: ropa, calzado, música y otras mercancías. Incluso destaca que el acceso a una fuente de trabajo se alcanza a partir de los contactos o las redes familiares. Además, es una realidad que la mayoría de los jóvenes excluidos solo pueden tener acceso a muchos bienes a través de las vías de la informalidad, siendo esta una de las características más significativas y distintivas del consumo entre la población joven en el país.

Conclusión

Entre los resultados más significativos que ofrecen las investigaciones consultadas se encuentra el hecho de que las economías de los países latinoamericanos tienen que atacar las causas estructurales que han generado el incremento del desempleo en la región, situación que ha impactado de manera negativa en las aspiraciones de movilidad entre la población juvenil. Esta falta de movilidad, lo complicado que resulta alcanzar un puesto de trabajo y lograr estabilidad en el mismo, como muestran las investigaciones, termina por impactar en diversos ámbitos de la vida cotidiana, por ejemplo, en el incremento de la violencia. Es decir, las economías de América Latina tienen que instrumentar medidas encaminadas a generar los empleos que requiere la población juvenil que busca integrarse al mercado laboral. De igual forma se hace necesaria la instrumentación de reformas que promuevan una mejor distribución de la riqueza entre la población, es decir, reformas encaminadas a abatir las graves desigualdades económicas que se presentan al interior de las economías de los países latinoamericanos. Por lo tanto, resulta preocupante que en América Latina las economías no hayan sido capaces de generar estrategias que permitan un crecimiento económico sostenido y que logren abatir las graves desigualdades económicas que se padecen al interior de cada país. También es significativo ver como el libre mercado y la democracia no han sido, por sí solas, capaces de generar oportunidades para las mayorías; al contrario, hemos sido testigos de una tendencia que empuja a los jóvenes a vivir sin poder acceder a los privilegios de la educación, de un empleo seguro, lo que termina por abonar el terreno para el incremento de actividades violentas que encuentra en los jóvenes un campo fértil para su crecimiento.

En fin, los tiempos actuales son tiempos de mayores libertades para los jóvenes, pero a la vez son tiempos de tensión, de mayor hostilidad, y esto ha generado mayor incertidumbre, miedos, estrés y depresión.



Frente a los jóvenes de América Latina se presentan grandes retos que demandarán también importantes compromisos por parte de la sociedad. El estigma y el rechazo que siguen enfrentando muchas de las comunidades juveniles se debe no a la incapacidad de los jóvenes para

innovar y para adaptarse a las nuevas circunstancias. Dicha capacidad está demostrada, es una de las grandes ventajas y riquezas de la población juvenil contemporánea; sin embargo, estas ventajas y otras capacidades adquiridas por los jóvenes latinoamericanos se muestran también a la par del otro rostro de esta historia, el de la violencia, de la intolerancia, de un incremento significativo en el consumo de droga, de la sexualidad temprana y de muertes violentas. Las cosas no podrán ser de otra manera si el contexto y el espacio inmediato de los jóvenes se encuentra plagado de violencia que se padece y se genera desde el interior del hogar. Sin embargo, este tipo de prácticas se deben de entender como una respuesta ante una realidad que se desprende de un contexto económico y sociocultural más amplio y que se encuentra en crisis.

En este sentido, la criminalización y el rechazo que se hace de muchas prácticas en las que se ven envueltos los jóvenes son una manera poco afortunada de entender una realidad que por sí misma resulta ser difícil y compleja. Incluso uno de los aspectos interesantes que se comenta en el documento de la CEPAL y de la OIJ es que el importante incremento de agrupaciones juveniles-pandillas de los últimos tiempos y que muchos señalan como grupos en los que únicamente se promueve la violencia; sin embargo, para los autores de los documentos, la perspectiva que se tiene de las pandillas y otros grupos es muy diferente, ya que destacan que estas agrupaciones operan también como sistemas de integración social a un nivel micro.

Además, es importante señalar que estos grupos reflejan, compensan y refuerzan la desintegración social. Los grupos juveniles otorgan un espacio alternativo de socialización a jóvenes que han sido excluidos de oportunidades de empleo, educación y de alguna vida familiar "normal". Los grupos juveniles otorgan y aparecen como un espacio alternativo de socialización, otorgan un sentido de pertenencia, el cual se basa en acciones colectivas, las cuales van desde compartir el tiempo libre hasta llevar a cabo delitos. Desde esta perspectiva, las agrupaciones juveniles, conocidas también como pandillas, aparecen como un espacio de participación social, en donde se comparte un sistema de valores, y que contribuyen para que se afirmen o reafirmen las identidades personales o grupales por medio de códigos de comunicación. De esta manera los jóvenes desarrollan y experimentan nuevas formas de autoridad y de comunicación, siendo estas muy diferentes y distintas de aquellas que existen en el mundo de las instituciones formales o en el mundo de los adultos.

Por todo lo que aquí se ha presentado, es un hecho que los jóvenes enfrentan graves problemas en el mundo contemporáneo, se destaca el problema del empleo, que se hace mucho más grave a pesar de que esta nueva generación de jóvenes son el grupo etario con mayores niveles educativos y con un mayor acceso a la información a través de una mayor conectividad. No obstante, los jóvenes se mueven, recrean sus referentes de pertenencia, pero también enfrentan graves riesgos e incertidumbres. Todo ello sirve para reclamar formas, mecanismos y compromisos que permitan o posibiliten avanzar en la consecución de políticas o programas públicos que estén orientados al desarrollo, la participación y el bienestar integral de los jóvenes. Además, la mejoría que se puedan lograr en las condiciones de vida de los miles o millones de jóvenes dependerá también mejoramiento que logren alcanzar otros indicadores a nivel estructural. También es importante destacar que la responsabilidad de alcanzar mejores condiciones de vida para los jóvenes y sus familias no es solamente de las instituciones gubernamentales y de los organismos de la sociedad civil. Es también una responsabilidad que deben de asumir los propios jóvenes y sus propias familias.

Finalmente, frente a un contexto de crecientes desigualdades y exclusión, hay que destacar el aspecto creativo y propositivo de los jóvenes. Lo anterior, como quedó demostrado, ha encontrado en el ámbito de la cultura y el consumo espacios en donde se desarrollan actividades encaminadas a contribuir al proceso de construcción de las identidades de los jóvenes. Ellos han hallado ahí una oportunidad para encontrarse con sus pares y a partir de algunas prácticas asociadas al consumo, ocio y entretenimiento es que podemos decir que somos testigos de una reconfiguración de las identidades juveniles, mismas que están cada vez más articuladas a repertorios eclécticos,

diversos, personales y cada vez más desterritorializados. Lo anterior demuestra que el proceso de reconstrucción de la identidad de los jóvenes está cada vez más vinculado con las ofertas y con los discursos, ofertas y estrategias que provienen del mercado y fundamentalmente de un mercado cultural/simbólico internacional. Además, en todo esto se destaca el valor y la importancia de los medios de comunicación (fundamentalmente el uso de las redes sociales) en el proceso de la construcción del “yo”, es decir en el proceso de la reconstrucción de la identidad. De esta manera, es clave destacar que el tema de las nuevas tecnologías de la información se coloca como un importante actor en la vida cotidiana de los jóvenes. En este sentido, las redes sociales aparecen como un importante complemento en el proceso de aprendizaje, ya que los jóvenes invierten una buena cantidad de tiempo en “navegar”, y en los espacios virtuales acceden a información complementaria a la que obtienen de sus espacios de aprendizaje y se ha vuelto un importante espacio de socialización y de interacción con sus contrapartes de otras regiones y de otros países.

En el contexto de creciente marginación, las juventudes han revalorado el binomio espacio-tiempo, ya que resulta clave, pues sus diversos proyectos de vida y procesos de reformulación de identidad suceden en espacios flexibles/virtuales como las redes sociales. Sus referentes identitarios son referentes desterritorializados. No existe, por lo tanto, la idea de la existencia/pertenencia a un solo y único territorio, ya que una gran parte de los objetos, marcas/imágenes que consumen son globales; ante ello, el proceso de adscripción identitaria es el resultado de un consumo de lo global, además sus prácticas y tácticas son efímeras, cambiantes y diversas. Los jóvenes ya no son solamente jóvenes de esquina, o de sus barrios/ colonias, para muchos de ellos ya no hay fronteras para mantenerlos recluidos en sus espacios. Las identidades de los jóvenes encuentran sus insumos en bienes/ideas/símbolos globales. Los jóvenes se mueven en un entramado complejo, ya que se mueven en lo local, pero mucho de lo que ahí hacen y dicen encuentra su eje de influencia fuera de su territorio, esto se entiende por el efecto de la llegada de Internet, las redes sociales, y ello hace que los espacios-territorios-fronteras de los jóvenes se vuelvan difusos. Sin embargo, los espacios locales siguen siendo espacios clave, ya que es en los espacios locales en donde los jóvenes llevan a cabo sus acciones de resistencia y de negociación ante lo global.

El Acceso de los Jóvenes a la Cultura en la Era Digital

Guillermo Sunkel¹

En las últimas décadas se ha reunido evidencia sustantiva sobre el papel de la cultura en el desarrollo. La comunidad internacional ha constatado que la cultura contribuye de forma efectiva a las políticas, estrategias y programas que tienen por objeto el desarrollo económico y social inclusivo, la sostenibilidad medioambiental, la armonía, la paz y la seguridad. De ahí que la cultura ha pasado a ser concebida como un motor y un facilitador del desarrollo sostenible. El valor de la cultura para el desarrollo ha sido reconocido recientemente por el Equipo de Tareas del Sistema de las Naciones Unidas sobre la Agenda para el Desarrollo Después de 2015.

A partir de este reconocimiento, se sostiene que la cultura está vinculada, entre otros aspectos del desarrollo, a la inclusión social. En la perspectiva de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), “la inclusión social permite la realización y el disfrute progresivos de derechos que son fundamentales para alcanzar muchas de las aspiraciones de una sociedad segura, saludable y próspera en todo el planeta”. La cultura, como la educación o la salud, constituye un ámbito de ejercicio de derechos respecto del cual también se generan procesos de exclusión. El acceso de los jóvenes a la cultura —que constituye uno de los derechos culturales fundamentales— es una condición para la generación de oportunidades que posibiliten la expresión del sujeto de manera que este se desarrolle en toda su plenitud y participe activamente en la sociedad.



La inclusión en el ámbito de la cultura requiere promover el acceso a la cultura de los jóvenes en situación de exclusión, riesgo o vulnerabilidad, desde una perspectiva de consumo cultural y, de este modo, posibilitar que puedan expresarse, continuar creciendo como personas, transformar su situación e incidir en la sociedad. Ejercer el derecho de acceso y participación en la cultura contribuye al desarrollo humano y al bienestar de la juventud. Además, la participación en la vida cultural y la libertad de expresión artística son fundamentales para forjar sociedades inclusivas e igualitarias.

1 Trucco, Daniela. Juventud: realidades y retos para un desarrollo con igualdad. México: CEPAL. Serie libros de la CEPAL no, 137, 2015. Págs. 171-204

Plantear una definición única de cultura no es nada fácil. Se trata de uno de los conceptos más complejos de las ciencias sociales, en torno al cual se han desarrollado debates que se prolongan hasta hoy. Al intentar reconstruir la historia del concepto se aprecia cómo el término es abordado de distinta forma según los distintos campos de conocimiento y las diferentes escuelas. En la actualidad, es necesario reconocer que existe una tensión entre la noción antropológica de cultura y la noción cultural de Estado: mientras que para los Estados la cultura es un sector específico, en la visión antropológica no hay acciones humanas ni políticas públicas que no contengan en sí mismas dimensiones culturales constitutivas.

En este capítulo se asume la noción de cultura como un sector específico que incluye un amplio espectro de actividades. Estas abarcan desde las actividades artísticas —como las artes escénicas o visuales—, incluido el patrimonio material e inmaterial, hasta las industrias culturales o creativas (cinematográfica, editorial y musical, entre otras). El sector cultural actualmente también incluye a las nuevas tecnologías de la comunicación, o tecnologías digitales, en la medida en que estas han tenido un profundo impacto en las formas de producción, circulación y consumo de los bienes culturales. En todo caso, lo que distingue a las diversas actividades consideradas en el sector cultural y les da cierta unidad es que en todas ellas el valor simbólico predomina sobre el valor de cambio.

Dada la creciente importancia que las tecnologías digitales han adquirido en la vida cotidiana de la generación joven, sobre todo en las últimas décadas, es importante considerarlas en el concepto de cultura que aquí se utiliza. De hecho, si bien los cambios tecnológicos han tenido un impacto en toda la sociedad, este ha sido especialmente fuerte en la juventud y ha llegado a modificar su forma de estar en el mundo, su experiencia del espacio y del tiempo, y sus relaciones sociales.

El propósito central de este capítulo es examinar el acceso de los jóvenes a la cultura en la era digital en América Latina. Utilizamos la noción de acceso para referirnos específicamente a la dimensión de los usuarios, y no a los creadores o gestores culturales. Por una parte, esta aproximación se vincula con el tema de los derechos culturales, pues el acceso es, precisamente, un derecho fundamental. La exclusión del acceso de los jóvenes a la cultura —por ejemplo, debido a barreras socioeconómicas o educativas— es una vulneración de ese derecho. Se trata, por tanto, de examinar si existe equidad en el acceso; es decir, si los jóvenes ejercen ese derecho. Por otra parte, esta aproximación se vincula con la noción de “consumo cultural” que examina la cultura desde la óptica de los públicos y no, como era tradicional, a partir de la obra o de la “producción” de los objetos culturales. Los consumos culturales, como se señala más adelante, no obedecen a las preferencias de los individuos, sino que se relacionan con aspectos de la estructura de clases.

La principal fuente de información utilizada en este capítulo es el módulo de cultura del Latinobarómetro 2013, realizado por encargo de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI), que incluye un conjunto de preguntas específicas sobre cultura y consumos culturales². Estas preguntas se refieren, entre otras cosas, a la lectura de libros y diarios, la asistencia al cine y al teatro, la visualización de videos, la escucha de música grabada, el uso de la computadora, el correo electrónico e Internet, así como de las redes sociales, los lugares de conexión a Internet, las actividades realizadas cuando la persona se conecta a Internet, la visita a sitios patrimoniales, la participación en celebraciones comunitarias, la asistencia a recitales de música, el tiempo dedicado a ver televisión y el tiempo dedicado a escuchar radio.

Si bien el módulo de cultura encargado por la OEI ha permitido analizar los actuales consumos culturales juveniles, es importante resaltar la precariedad de las estadísticas sobre cultura. Debido a que en esta base de datos no existen series de tiempo, no es posible realizar análisis de tendencias ni desagregaciones por algunas variables sociodemográficas que permitan distinguir entre adolescentes y jóvenes, o entre consumos en el ámbito urbano y rural. Por otra parte, las encuestas de consumo cultural o las encuestas de juventud de los países presentan serios proble-

mas de comparabilidad y, por tanto, son fuentes muy limitadas para presentar una visión regional.

En la sección A de este capítulo se examina si se han producido cambios intergeneracionales en los patrones de consumo cultural y si existen brechas intrageneracionales en el acceso a los bienes culturales. En la sección B se analiza si los jóvenes de la región tienen un acceso equitativo a los medios digitales o si existen brechas de acceso y de uso que impiden que una proporción significativa de la juventud aproveche las oportunidades que brindan estos medios en el ámbito de la cultura en la era digital. En la sección C se revisa el papel de los medios digitales en la promoción del acceso a la cultura y el desarrollo de nuevas formas de acceso a los bienes y servicios culturales. Por último, en la sección D se presentan algunos tipos de programas culturales ilustrativos y se describen algunas de las principales iniciativas impulsadas desde el Estado y la sociedad civil.

¿Cuáles son las características de los patrones de consumo cultural de los jóvenes y cómo se compara este consumo con el de los adultos? ¿Cuán desigual es el acceso a bienes culturales entre jóvenes de distintos países y regiones, y entre jóvenes de diferentes estratos sociales? Para abordar estas interrogantes es necesario tener en claro tres conceptos básicos.

En primer lugar, hay que considerar que el consumo cultural se realiza en el denominado “tiempo libre”. Este se define como el tiempo que queda después de la carga de trabajo remunerado y no remunerado, y en el caso de los jóvenes se incluye el estudio. El tiempo libre es limitado y contempla, entre otras, actividades escogidas libremente que contribuyen al bienestar de las personas y que se vinculan con el descanso, el ocio, las actividades recreativas y creativas, y la convivencia familiar y con amigos. El consumo cultural es central en el uso del tiempo libre.

En segundo término, los patrones de consumo cultural no obedecen a diferencias arbitrarias en las preferencias de los individuos, sino que se relacionan con aspectos de la estructura de clases que inciden en la reproducción intergeneracional de los intereses culturales que afectan y moldean las preferencias estéticas. El contexto familiar y la socialización temprana a través del arte pueden aumentar la frecuencia de la asistencia a actos culturales. El nivel de educación formal es otro factor que incide en la participación en actividades artísticas y culturales. Según Bourdieu, la estratificación socioeconómica y el patrón de consumo cultural tienen una relación directa. La participación de algunos grupos en ciertas actividades, como las bellas artes, es un signo de distinción social, una señal que indica y refuerza la pertenencia a un estatus socioeconómico.

Como tercer punto, como se ha señalado, hay que considerar que el consumo cultural supone el acceso a bienes culturales, pero dicho acceso no asegura la apropiación. Este requiere destrezas y habilidades que son adquiridas a través de la socialización familiar y la educación formal. Es decir, el consumo cultural requiere de capital cultural. La noción de capital cultural hace referencia a competencias culturales o “corpus de conocimiento cultural que proporcionan modos de consumo cultural particulares, que se distinguen y que conforman a una relativamente sofisticada clasificación de la cultura y de los bienes simbólicos”. El capital cultural expresa conocimiento, gustos y disposiciones culturales especialmente asociadas al ámbito artístico. Además, el capital cultural es un activo para ejercer ciudadanía activa y también para comunicarse en la sociedad de la información. Es, por tanto, un recurso clave para la inclusión social.

Los jóvenes tienen mayor acceso que los adultos y los adultos mayores a todas las actividades culturales consideradas (con la excepción de la televisión, donde todos acceden por igual). En promedio, son el segmento que más lee libros (un 57% lee libros) con cierta frecuencia, frente a un 33% de los adultos mayores), que más asiste a recitales de música (un 40% de los jóvenes ha ido o asiste a un recital de música con cierta frecuencia, frente a un 22% de los adultos mayores), que más va al cine (un 49% ha ido o va al cine con cierta frecuencia, frente al 18% de los adultos mayores), que más ve videos (un 73% ve videos con cierta frecuencia, frente al 39% de los adultos mayores) y que más escucha música grabada (un 80% frente al 48% de los adultos mayores).

Este mayor acceso de la actual generación joven a las actividades culturales sugiere que nuevos sectores sociales —en especial jóvenes de clase media y, en alguna medida, de sectores de bajos recursos— están accediendo a consumos que tradicionalmente estaban restringidos a un público de elite, como el teatro, los museos o los recitales de música. También están accediendo a bienes de la industria cultural como el libro, el cine, la música grabada o el video.

La información indica, además, que los jóvenes son el segmento que más utiliza las tecnologías digitales: un 67% usa computadoras “con algún grado de frecuencia”, comparado con un 19% de los adultos mayores, y el 69% usa Internet “con algún grado de frecuencia”, comparado con un 17% de los adultos mayores.

Las notorias diferencias mencionadas reflejan la existencia de una brecha intergeneracional en el consumo cultural, en el sentido de que la actual generación joven en América Latina tiene mayores niveles de acceso a los bienes y servicios culturales que las generaciones adultas. Ello implica que una mayor proporción de jóvenes está ejerciendo el derecho de acceso y participación en la cultura, que es fundamental para alcanzar muchas de las aspiraciones de sociedades más justas y equitativas. El ejercicio de los derechos culturales se asocia con los mayores niveles educativos logrados por la población joven en las últimas décadas, lo que ha ampliado las capacidades de personas en situación de exclusión o vulnerabilidad. A su vez, estos mayores niveles educativos son un factor clave para modificar la reproducción intergeneracional de los intereses culturales de manera de conseguir una distribución menos desigual del capital cultural.

Es importante resaltar que, si bien ha habido avances en términos del acceso de los jóvenes a la cultura, estos son aún insuficientes. A diferencia de las actividades culturales que tienen lugar en el espacio privado y que registran altos niveles de participación (televisión, radio, video, computadora e Internet), las que se desarrollan en el espacio público (teatro, cine, sitios patrimoniales o recitales de música) registran niveles de participación relativamente bajos. Partiendo de la base de que existen diferencias entre países, solo un 34% de los jóvenes de América Latina ha presenciado una obra de teatro, un 39% ha ido a recitales de música, un 44% ha participado en celebraciones comunitarias y un 49% ha asistido al cine con cierta frecuencia.

Estos niveles relativamente bajos de participación en prácticas culturales que tienen lugar en espacios públicos indican la existencia de limitaciones al acceso. Las barreras de acceso a las actividades culturales que se desarrollan en el espacio público (teatro, cine, lugares patrimoniales o recitales de música) son de tipo económico, educativo y geográfico, dado que la oferta cultural tiende a estar concentrada en las grandes ciudades. Indudablemente, algunas de estas barreras (como las económicas) también operan en el caso de actividades que se realizan en el espacio privado (computadoras e Internet). Ello indica que para que la cultura se constituya en un ámbito clave de inclusión social en los países de la región se requiere de políticas orientadas a remover los obstáculos que limitan el acceso generalizado a ella.

Los jóvenes de los países centroamericanos tienen menor acceso que los jóvenes de las restantes subregiones en todas las actividades culturales consideradas (con la excepción de asistencia a recitales). Además, en algunos de estos países el acceso a los bienes culturales está muy por debajo de los promedios de la subregión (tal es el caso de El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua). Por ejemplo, el 22% de los jóvenes hondureños participan en celebraciones comunitarias, el 26% va al cine, el 15% asiste al teatro, el 13% acude a recitales de música, el 41% ve videos, el 33% usa computadoras y el 36% se conecta a Internet. En consecuencia, el ejercicio de los derechos culturales de los jóvenes en estos países se encuentra muy restringido, posiblemente debido a los menores niveles educativos, la magnitud de la pobreza, los problemas de integración social y la escasa oferta de bienes.

Las diferencias en el acceso según subregiones son notorias. El hecho de que la juventud en Centroamérica exhiba niveles de acceso inferiores a los de las demás subregiones y países

mencionados en todas las actividades culturales consideradas plantea una situación crítica en términos del ejercicio de los derechos culturales. Ahora bien, si se revisan las diversas actividades culturales, también hay diferencias o brechas intrageneracionales en las subregiones donde se observan mayores niveles de acceso. Por ejemplo, los jóvenes del Cono Sur muestran más acceso a Internet, computadoras, recitales y teatro, la juventud brasileña exhibe los mayores niveles de consumo de música, radio y video, y los mexicanos tienen los niveles más elevados de consumo de lectura y cine.

Las desigualdades en el acceso de la juventud a los bienes culturales sin duda se asocian con el nivel socioeconómico y educativo. De acuerdo con el informe *Cultura y desarrollo económico en Iberoamérica*, en algunos países de la región se ha ido ampliando el acceso a bienes culturales tradicionalmente restringidos a públicos de elite, como los museos, el teatro, los conciertos y recitales de música. No obstante, el nivel socioeconómico y educativo de las personas aún condiciona el acceso a estos bienes culturales y genera desigualdades. Por tanto, la mayor participación de públicos juveniles en las diversas expresiones artísticas continúa siendo un desafío desde el punto de vista del acceso a la cultura.

Algo similar ocurre con los bienes generados por la industria cultural. Según el citado informe, la lectura de libros está muy asociada con el nivel educativo (a mayor nivel educativo, mayor frecuencia de lectura de libros) y el nivel socioeconómico (a mayor nivel socioeconómico, mayor frecuencia de lectura de libros), lo que implica que estos factores continúan limitando el acceso de las personas que se encuentran en situación de mayor vulnerabilidad social y económica. El mismo proceso se observa en el consumo de otros bienes culturales, como el cine. En este caso, cuanto mayor es el nivel socioeconómico y de estudios, mayor es la asistencia y la frecuencia de asistencia al cine.

A continuación, se plantean algunos elementos que se desprenden del análisis realizado.

Una mayor proporción de jóvenes está ejerciendo el derecho de acceso y participación en la cultura, lo que es fundamental para forjar sociedades inclusivas e igualitarias. Esta democratización del acceso a los bienes culturales da cuenta de una brecha intergeneracional en el consumo cultural, que se encuentra asociada a los mayores niveles educativos de las actuales generaciones jóvenes.

Existen brechas intrageneracionales que se manifiestan en el acceso desigual de la juventud a los bienes culturales en los países de la región. Principalmente, aunque no de manera exclusiva, estas desigualdades se asocian a factores socioeconómicos y educativos.

América Latina es una región con un desarrollo muy desigual en términos de oportunidades de acceso a la cultura: hay países donde los jóvenes tienen una alta participación en varias de las actividades culturales consideradas y otros (como algunos países centroamericanos) donde el acceso está muy limitado.

El mayor acceso de los jóvenes a la cultura sin duda contribuye a la inclusión social de las nuevas generaciones. Sin embargo, existen obstáculos que limitan el acceso de muchos jóvenes que se mantienen alejados de la cultura por factores socioeconómicos y educativos o por la falta de tiempo libre. Aún persisten, por lo tanto, grandes desafíos para que efectivamente la cultura se constituya en un ámbito clave de inclusión social, lo que requiere de políticas orientadas a remover esos obstáculos.

¿Tienen los jóvenes de la región un acceso equitativo a los medios digitales o, por el contrario, existen brechas de acceso y de uso que impiden que una proporción significativa de la juventud aproveche las oportunidades que brindan estos medios? ¿Se ha producido una profundización de brechas con la masificación de las tecnologías digitales? Para abordar estas interrogantes son

necesarios un par de alcances conceptuales.

El primero alude a la noción de brecha digital: la diferencia entre las personas que tienen acceso a las tecnologías digitales y las que no lo tienen. Recientemente han surgido nuevos planteamientos que buscan ampliar y profundizar este concepto. La OCDE, por ejemplo, ha advertido sobre el surgimiento de una “segunda brecha digital”: la diferencia entre quienes cuentan con las habilidades y competencias necesarias para hacer un uso efectivo de las tecnologías digitales y aquellos que no. Asimismo, quienes plantean el concepto de segunda brecha digital afirman que dichas competencias dependen del capital económico, social y cultural de las personas. Al respecto, Selwyn utiliza la noción de “arcoíris de acceso”, haciendo alusión a la existencia de matices a partir de los cuales se genera el proceso de acceso a las tecnologías digitales. Por lo tanto, la brecha no está exclusivamente limitada al acceso físico, sino también a cómo las personas usan las tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC). El autor dice que el acceso a la tecnología es inútil sin las habilidades, los conocimientos y el apoyo para utilizarla de manera eficaz. En consecuencia, afirma que la brecha digital hace alusión tanto al acceso físico como a la capacidad de utilizar las tecnologías digitales y de darles un sentido.

En segundo lugar, se trata de la noción de cultura digital. La cultura digital se caracteriza, fundamentalmente, por entornos materiales electrónicos y entornos simbólicos digitales, es decir, numerizados en código binario. En la cultura digital, los entornos materiales decisivos están integrados por computadoras y equipos informáticos, así como por redes de computadores y telecomunicaciones. Los entornos simbólicos digitales comprenden la inmensa gama de informaciones y contenidos digitalizados que residen y circulan en los entornos materiales. A su vez, los entornos simbólicos interpretativos se refieren a los significados, las interpretaciones, las representaciones y los conocimientos correspondientes a los entornos simbólicos digitales o que tienen que ver con legitimaciones, objetivos o valores relacionados con ellos.

La brecha digital intrageneracional también está asociada con las diferentes posibilidades de acceso a la tecnología. En este sentido, se destaca que el hogar es el lugar donde se accede a la tecnología con mayor frecuencia e intensidad, pues posibilita una conexión permanente. Los jóvenes de sectores altos tienen casi cuatro veces más posibilidades de tener conexión a Internet en el hogar que los de sectores bajos, diferencia que se encuentra asociada al costo de la conexión. El cibercafé es una opción para quienes no tienen acceso desde el hogar, pero es limitada en términos de frecuencia e intensidad de uso. El uso de Internet en el trabajo encuentra mayores restricciones aún.

El acceso y uso de los medios digitales son condiciones necesarias para aprovechar las oportunidades que brindan las nuevas tecnologías, incluso en el ámbito de la cultura. Desde esta perspectiva, interesa examinar el papel de los medios digitales en la promoción del acceso a la cultura y su contribución al ejercicio de los derechos culturales. ¿Contribuyen las tecnologías digitales a la democratización del acceso a la cultura? ¿Generan oportunidades para la promoción del acceso a la cultura o más bien han generado nuevas brechas entre los jóvenes?

Para abordar estas interrogantes es necesario considerar que la digitalización —que es el fundamento de la cultura digital— ha tenido un fuerte impacto en la producción y circulación de los diversos ámbitos del sector cultural. Ello incluye desde el patrimonio (museos o artes escénicas, por ejemplo) hasta las industrias culturales (editorial, música o cine), incluidos los medios de comunicación (radio y televisión). La industria musical fue pionera en este proceso y es ejemplo de la profundidad que ha tenido el impacto de la digitalización. Al respecto, se ha señalado que la verdadera revolución que trajeron los avances tecnológicos de fines de la década de 1990 a la industria musical se asocia con el enorme potencial que desató el ascenso y la divulgación del soporte digital alrededor del mundo y, principalmente, con las posibilidades que proporciona la distribución digital de contenidos a través de la red. Entre los factores que hicieron posible esta revolución se destaca

la capacidad de los discos duros de las computadoras personales de almacenar miles de canciones mediante la utilización de sofisticadas técnicas de compresión de archivos de audio (como el MP3) y reproducción con excelente calidad, y la popularización de conexiones a Internet de alta velocidad que proveyeron el ancho de banda necesario para distribuir música de forma rápida y eficaz en los hogares.

El paradigma digital altera radicalmente la esencia de las grabaciones musicales. El proceso de digitalización las transforma de bienes tangibles (como discos compactos, cintas o discos de vinilo) a meras secuencias de ceros y unos comprendidas en un archivo digital. La distribución digital de música rompe con las estructuras establecidas al permitir que los usuarios elijan, almacenen y consuman su música preferida de manera inmediata y sin moverse de su casa. Asimismo, la digitalización posibilita la copia perfecta de los temas a costo cero.



El impacto de la digitalización en la producción y distribución de los diversos bienes culturales es objeto de un creciente número de investigaciones. Un ejemplo de estas investigaciones es “Los museos en la era digital. Uso de las nuevas tecnologías antes, durante y después de visitar un museo, centro cultural o galería de arte”, un estudio realizado por Dosdoce.com donde se pretende analizar cómo los museos, los centros culturales y las galerías de arte pueden aprovechar mejor las tecnologías de última generación con el fin de mejorar sus servicios y prestaciones, así como sus materiales y contenidos de manera virtual, enriqueciendo la experiencia de los espectadores en la visita. Otro ejemplo es la colección de trabajos contenidos en el Anuario AC/E de cultura digital. Focus 2014: Uso de las nuevas tecnologías en las artes escénicas, que tiene por objeto principal examinar el impacto de las nuevas tecnologías en las artes escénicas. En particular, se analiza la manera en que la cultura digital está cambiando la forma de diseñar, producir y exhibir teatro⁹.

En este nuevo modo de acceso a la cultura posibilitado por Internet —un acceso mediado digitalmente que representa una alternativa a las formas tradicionales— también existe una brecha intergeneracional. Los jóvenes tienen mayores niveles de acceso a la cultura a través de Internet

que las generaciones adultas y, por tanto, también ejercen el derecho de acceso y participación en la cultura a través de los medios digitales. Si en el caso de los modos tradicionales de consumo cultural el acceso juvenil se encuentra asociado a los mayores niveles educativos logrados por esta población en las últimas décadas, en el nuevo modo de acceso este se encuentra asociado a una nueva forma de capital cultural, un “capital tecno-cultural” que existe en las actitudes y disposiciones de los individuos hacia la tecnología y, particularmente, en ciertas competencias, conocimientos y habilidades.

Las habilidades digitales son centrales para dicho capital tecno-cultural y entre ellas hay dos que se destacan especialmente. En primer lugar, están las habilidades funcionales, generalmente conceptualizadas como “alfabetización digital”, que consideran un conjunto de competencias necesarias para utilizar algunas aplicaciones de estas tecnologías, entre las que se pueden señalar el procesador de palabras, la planilla de cálculo, el correo electrónico y el navegador de Internet. En segundo término, tenemos las “habilidades digitales para el aprendizaje” que van más allá del manejo funcional de ciertas aplicaciones para referirse a un uso creativo de estas y que permiten la adquisición de nuevos conocimientos. Aquí se incluyen, entre otras, la habilidad para navegar, buscar, evaluar críticamente y dar sentido a la información obtenida a través de los medios digitales.

El capital tecno-cultural conformado por estos dos tipos de habilidades digitales es fundamental para tener acceso y participar en actividades culturales a través de Internet. La juventud actual, cuya vida doméstica ha estado permeada por las nuevas tecnologías, se encuentra aquí en una clara posición de ventaja. Por otra parte, esto sugiere que la tendencia a utilizar Internet como un nuevo modo de acceso a la cultura —más incipiente en algunas actividades y más desarrollada en otras— abre la posibilidad de que participen jóvenes que antes no participaban por razones económicas, de distancia geográfica u otras y, por tanto, que los nuevos medios contribuyan a masificar el acceso a la cultura.

La Participación Política de los Jóvenes

Francisco Barrio Terraza¹

Estimados jóvenes panistas que nos visitan y jóvenes panistas chihuahuenses. para desarrollar mi tema sobre la participación de los jóvenes en política empezaré por decir que una política que tenga como fin impulsar la democracia y ejercer el poder democráticamente implica un enorme esfuerzo colectivo para lograr mejorar las condiciones de vida en todos los órdenes, tanto en lo material como en lo espiritual, a través de la participación individual y colectiva en forma permanente.

Para alcanzar el bien común en la sociedad, para que la riqueza sea compartida dentro de un clima de libertad. es necesario que coincidan tres factores: primero, un pueblo decidido a autogobernarse. un pueblo que tenga por meta transformarse a sí mismo y al gobierno. En segundo lugar, se requiere de la participación política, a través de partidos que consigan que los ciudadanos se organicen en forma permanente y con un propósito coherente para contender y acceder al poder. En tercer lugar, se requiere de líderes que alienten y conduzcan al pueblo y que a su vez sean motivados por el pueblo mismo.

En México estamos muy lejos de poder decir que vivimos en una sociedad justa, el hombre común y corriente de este país tiene miedo de participar en política, y quien tiene miedo no es líder. La corrupción es un mal endémico, tanto en la sociedad como en el gobierno. La represión sistemática que viola permanentemente los derechos humanos, es una realidad presente en nuestras vidas.

El desempleo y subempleo golpean a los sectores más pobres de nuestra patria. Los salarios no alcanzan para vivir dignamente. La educación es insuficiente y de mala calidad Frente a este cuadro tan grave que enfrentamos en México, nos encontramos con un inmenso número de hombres y de mujeres que resignadamente han aceptado la injusticia, el autoritarismo y la corrupción. Encontramos también, en grandes capas de la población, una inmensa dosis de apatía, indiferencia y. desgraciadamente, hay muchos mexicanos que han perdido toda esperanza, que no creen que el cambio puede darse y que los mexicanos no somos capaces de autotransformarnos.



1 Revista La Nación. Año L No. 1861, 24 de agosto de 1992. Pág. 13-14

El Reto es Grande

El reto de este país es enorme, se trata de cambiar a una sociedad que por siglos no ha participado en política, a una sociedad atemorizada por gobiernos dictatoriales y autoritarios, a una sociedad que en muchas ocasiones ha claudicado en sus derechos de autogobernarse. de cambiar aun gobierno y un sistema que se ha adjudicado el poder como propio. Una sociedad que a través de muchas formas ha sido cómplice de tal situación.

La política en México tiene que ser, primero que nada, una actividad liberadora que sacuda taras, inseguridades y desconfianzas. Esta es una tarea primaria para quienes hacemos política en este país. La política en México tiene que plantear necesariamente un país nuevo, una patria nueva, verdaderamente ordenada y verdaderamente generosa, como lo reza nuestro lema. Hay que trabajar con alegría y entusiasmo, porque cuando pensamos que podemos hacer las cosas y que nos va a ir bien a todos, es cuando se triunfa. Para esto se requiere de un corazón verdaderamente grande que se motive con la esperanza de que sí se puede cambiar, que siempre hay una primera vez. Se requiere de hombres y mujeres con corazón de joven, a los que ninguna empresa, por compleja que sea. los asuste ni atemorice, sino que represente un estímulo para la acción.

Hace diez años, era increíble pensar que los países comunistas podrían cambiar. Por ejemplo, en Polonia hubo un líder, Lech Walesa, un hombre joven que tuvo el coraje necesario y un corazón suficientemente grande para luchar contra un sistema represor y totalitario que parecía invencible; a él lo siguieron no solamente los obreros de Polonia, sino también los jóvenes, muchos creyeron en él y Polonia fue el principio del cambio en el mundo comunista.

En México, hace 70 años, José Vasconcelos, desde la Secretaría de Educación Pública, convocó a los jóvenes y les dio una misión: alfabetizar a los iletrados. Los fines de semana salían éstos a tocar puertas de vecindades pobres, de rancherías, para cumplir con su objetivo. Posteriormente muchos de ellos hicieron a Vasconcelos candidato a la presidencia de la República y éste les dio otra misión: despertar las conciencias de los hombres del pueblo. Vasconcelos hizo una campaña presidencial valiente, y de aquel movimiento salieron líderes sociales y partidos políticos. Sin esos jóvenes, entre los que se encontraba Manuel Gómez Morin, el vasconcelismo no podría entenderse.

El Joven Anima la Lucha

La participación del joven en la política anima la lucha, le inyecta alegría y entusiasmo, despierta al apático y al resignado, al desesperanzado le devuelve la fe perdida.

La participación de la juventud dentro de la política sirve también para preparar al ciudadano del mañana, a ese mexicano nuevo del que ahora hablábamos, interesado en su comunidad y comprometido en serio con la verdad y la justicia. A un mexicano que se fije objetivos grandes y de largo alcance, a un mexicano crítico y propositivo. En la política es donde se forja ese tipo nuevo de mexicano.

La participación del joven en los partidos políticos promueve la superación general del pueblo, y lo hace tomar su compromiso y cumplir su misión. No tengo duda de que la aventura vasconcelista fue la semilla de muchos líderes, incluidos los fundadores del partido en el que ahora trabajamos. La participación de los jóvenes en política partidista tiene su razón de ser, y es que a través de la actividad y de la acción en la política se da la formación de los líderes del mañana.

Vasconcelos

Vasconcelos fue un joven activista en la campaña política de Francisco I. Madero, como Gómez Morin lo fue en la campaña de Vasconcelos, y hace tiempo don Luis H. Álvarez declaró a la prensa que su primera motivación para participar en política fue en su niñez, cuando asistió con un

familiar a un mitin que Vasconcelos realizó en su pueblo natal. Hoy en día, muchos de los candidatos y dirigentes de Acción Nacional fueron activistas en las campañas de don Luis. Se sorprenderían ustedes de cuánta gente me encuentro en los pueblos del estado y me dice: “Yo ingresé al PAN cuando don Luis fue candidato a gobernador, o en la campaña para la presidencia de la República.

En lo personal, la participación de mis padres en el partido Acción Nacional fue mi primer aliciente y un factor fundamental, que años después me hizo ingresar a las filas de este partido. Los líderes no se inventan, se forman, por eso el joven que tenga inquietudes debe participar en política e inyectar a las generaciones venideras idealismo y alegría para formar un nuevo ciudadano

Los jóvenes deben pensar también que para ser un buen ciudadano se requiere haber sido un buen estudiante. El joven debe ser fiel a su juventud, como también a sus deberes como estudiante y como ciudadano, porque un político sin conocimientos o sin una sólida base moral cultivada día con día es fácil que caiga en la demagogia y olvide el ideal de su juventud. Esto de olvidar los ideales de la juventud no es nada remoto. Gómez Morin fue un extraordinario político, pero antes fue un estudiante excelente y un ciudadano ejemplar.



La política interviene en toda la vida social, pero considero también que la política partidista debe tener sus límites. Cada uno de ustedes, en su ámbito, debe ser un luchador de sus principios, pero no deben tener como misión llevar a su partido a nivel académico, ni convertir a la universidad o a la escuela en un coto particular de sus propias ideas. Una universidad politizada es sinónimo de universidad con deficiencias académicas. Una universidad consciente y promotora del respeto tolerante de la pluralidad social es sinónimo de una universidad democrática.

El joven debe participar en política para iniciar su formación como líder político. Trabajen y capacítense siempre para pulir las distintas aristas de su personalidad. Traten todos los días de superarse, ser mejores, de ir forjando en ustedes a los líderes que México necesita. Estoy seguro que aquí en este auditorio están los Maquíos, los Luises Álvarez, los Ernestos Ruffo del mañana. Veo que está asegurado el relevo, en el momento en que los adultos ya no podemos seguir llevando la bandera de nuestras ideas. Hay un ejército de líderes listos para continuar con la tarea, esto robustece y reafirma nuestro ideal de una patria ordenada y generosa, y de una vida mejor y más digna para todos.

María Eugenia Pico Merchán¹

José Honver Vanegas García

La condición juvenil y sus múltiples aristas

Aunque todavía no existe un acuerdo entre los autores acerca de cuándo se dio la construcción y legitimación del concepto juventud, sí existen ya apuestas teóricas muy sólidas que dejan entrever momentos, acontecimientos y vertientes que empezaron a visualizar y justificar una etapa en la vida de los seres humanos que caracterizaba la manera de vivir y visionar el mundo de aquellas personas que no se podían ubicar ni como niños, ni como adultos.

En las siguientes líneas se presentan los desplazamientos teóricos de la juventud en la medida que se da una apropiación del conocimiento sobre los jóvenes en diferentes momentos históricos y la distinción entre los poderes en disputa por parte de las disciplinas frente a dicho conocimiento sobre los y las jóvenes. Desde esta perspectiva, se establece en este artículo la postura o punto de vista relacional e histórico, que ha permitido, la configuración de la juventud permeada por la producción de sujetos que han sido clasificados de diferentes maneras (biológica, demográfica, psicológica y desde las políticas) no ya referido concretamente a la producción de los jóvenes, sino a la producción de sujetos en condición juvenil.



Así se ha concebido la juventud bajo las posturas de: 1) La juventud desde su concepción psicobiológica. Se trata de la visión que apunta a los cambios psicológicos, psíquicos y biológicos que se suceden en el desarrollo de la persona, de forma cíclica, progresiva, en lo que se define como adolescencia” -acepción que significa que “adolece” de las formas estructuradas y procesos propios que ya han alcanzado los adultos- perspectiva influenciada por la psicología del desarrollo,

1 Revista Polis Latinoamericana. No. 39, enero del 2015. Págs. 1-20

el psicoanálisis y los estudios sociológicos de enfoque funcionalista, a la vez que involucra las características “normales” y “anormales” en el comportamiento de una persona joven o adolescente, vista la juventud como una etapa de “riesgo” o “peligro”. La juventud vista como dato sociodemográfico. Esta mirada se desarrolló en la segunda mitad del siglo XX, en la que se ubicó a la juventud como grupo de edad para efectos de estudio y análisis desde lo poblacional, visto como grupo homogéneo, sujeto de las estadísticas, de manera marcada integrado por todas las personas que coinciden en un grupo de edad definido por cortes resultantes de intereses de carácter de medición para control poblacional, de la inserción productiva o aun por formas de caracterización de los comportamientos de los jóvenes de manera general, con lo que se invisibilizan la diversidad y heterogeneidad en cuanto a condiciones y realidad de éstos.

3) La juventud desde la perspectiva de la moratoria social. Se relaciona con “un periodo de permisividad que media entre la madurez biológica y la madurez social”, decir, tiene que ver con el tiempo intermedio en el que los jóvenes, principalmente los de las clases privilegiadas y las medias, retrasan los compromisos de matrimonio, tener hijos y que pueden dedicar mayor tiempo para el estudio y la capacitación; por esto también se conoce como concepción pedagógica de la juventud, porque ésta se define como fase para la formación y de moratoria social o de estadio de la vida de espera o postergación de responsabilidades económicas sociales y familiares. Los de los sectores populares no tendrían condiciones para acceder a la moratoria social, porque éstos deben ingresar tempranamente al trabajo, generalmente de baja remuneración y estatus, quienes también asumen tempranamente obligaciones familiares (formar familia con hijos), incluso durante la adolescencia, como es el caso de las mujeres de estos sectores. Esta perspectiva al enfatizar en que sólo podrían ser considerados jóvenes los sujetos de los sectores privilegiados, “los otros carecerían de juventud”, introduce un factor de exclusión y diferenciación social.

4) La juventud como agente de cambio y problema del desarrollo, “objeto” de políticas sociales. Se consideran dos vertientes: una que va desde la influencia del materialismo histórico, que basada en la visión idealista de la juventud, la concibe como “agentes” y motores de la revolución reconocido su aporte en procesos de cambio social significativos (el mayo francés, la revolución cubana, los movimientos pacifistas). Se tiende hacia una postura de naturaleza positiva, que asigna a la juventud como depositaria de las esperanzas frente a los vientos de cambio de la realidad social. La otra vertiente se relaciona con problemas del desarrollo, debido a la presencia de condiciones sociales tales como el desempleo, el consumo de sustancias ilícitas, el embarazo en adolescentes, es decir, se identifica la población joven en riesgo o como grupo “vulnerable”, cuya integración es necesaria para el desarrollo socioeconómico, a lo cual se proponen políticas sociales dirigidas a esta población.

5) La juventud como construcción sociocultural desde los estudios de las ciencias sociales. Esta visión es más reciente e incluye diversas perspectivas como la postura antropológica del culturalismo estadounidense de Margaret Mead, quien analizó y comparó las vivencias marcadas por una transición suave y la educación impartida por la familia en las adolescentes nativas de la isla Tau, en Samoa, océano Pacífico, con la educación familiar y escolar, los conflictos, indecisiones e inestabilidades en esa misma etapa de la vida de las norteamericanas, en lo que encontró que eran muy disímiles, lo cual atribuyó a las diferencias entre culturas y los diferentes momentos de civilización que vivía cada sociedad. También Margaret Mead publicó una serie de ensayos conceptuales en los que elaboró una tipología de sociedades de acuerdo con las interrelaciones entre las nuevas y las viejas generaciones, llamó sociedad posfigurativa a la colectividad que tiene una transformación lenta y en la que los jóvenes aprenden de los adultos, sociedad cofigurativa a la que tiene cambio moderado y en la que los jóvenes y los adultos aprenden de sus pares, y sociedad prefigurativa a la de cambio acelerado y en la que los adultos aprenden de los jóvenes. Las diferencias entre la naturaleza y el comportamiento humano encontrando que existen una serie de mediaciones que parten de la cultura y que influyen en la conformación de contrastes y diferencias entre los individuos de acuerdo con los roles que desempeñan, tal es el caso de la condición del individuo como niño y como padre (joven/adulto), en la que se presentan las oposiciones responsabilidad-no responsabilidad, dominio-sumisión y sexualidad-asexualidad.

De la Escuela de Chicago fue Frederic Thrasher quien primero investigó sobre jóvenes. Su obra: *The gang. A study of 1313 gangs in Chicago*, está dedicada a analizar las formas de integración de las pandillas juveniles, su estructura organizativa, las ocupaciones de sus miembros, las normas que las rigen, sus prácticas, fines y propósitos desde una perspectiva microsociológica, llegando a la conclusión que las bandas les proporcionan a los jóvenes lo que la exclusión social les niega, como la protección, el acompañamiento y la solidaridad. Por su parte, William Foote Whyte estudió las condiciones de los jóvenes del vecindario de Corneville entre 1937-1940 distinguiendo a los habitantes de las esquinas por su desempleo y abandono escolar y los muchachos de colegio como los que tienen la posibilidad de educarse en niveles superiores y tener una vida de reconocimiento social y profesional. Whyte también describe y analiza las relaciones del líder con los integrantes del grupo y viceversa.

A partir de los desarrollos de la sociología siguiendo la pista de Pérez Islas, surge la propuesta de las generaciones, de José Ortega y Gasset quien expresa que una generación es un colectivo de hombres que coinciden en el mismo espacio y en el mismo tiempo, tienen la misma edad y poseen alguna relación vital; los periodos que caracterizan a cada generación pueden ser de dos tipos: épocas cumulativas, las que se caracterizan por la dirección de los ancianos y en las que los jóvenes se doblegan a ellos; y, las épocas eliminatorias y polémicas, en ellas son los jóvenes quienes llevan la dirección y orientación con su beligerancia constructiva. En *La rebelión de las masas*, Ortega y Gasset respondiendo a la pregunta de quién manda en el mundo, dice que en el siglo XX son los jóvenes quienes mantienen la preeminencia, porque es la época en que el hombre es productivo, lo cual le permite crear su particular forma de vivir, de esta manera lo que está expresando es que cada generación tiene su propio estilo de vida, de lo cual se desprende que la edad no es una fecha concreta, sino una época que entrelaza diversas fechas, en la que se suelen realizar ciertas especificidades de ese ciclo de la vida.

Karl Mannheim en su trabajo *El problema de las generaciones* cuestiona desde una teoría del relacionismo el planteamiento generacional de Comte por partir de un tiempo externalizarle, mecanicista, lineal y mensurable, y la posición histórico-romántica de Dilthey, por considerar que el vínculo que unificaba los miembros de una generación no era del todo comprensible como comunidad de influjo espiritual y social. Para proyectar su planteamiento de lo que debe pensarse como una generación, Mannheim considera el tiempo como algo vivencial, al que se tiene acceso por un sinnúmero de apreciaciones, de acuerdo con el estrato generacional en el que se hallen los individuos; es decir, desde una situación social, lugar o estado específico que se ocupe en la sociedad, “en su sentido más amplio, se puede entender por situación de clase la afinidad de posición que están destinados a tener determinados individuos dentro de la contextura económica y de poder de su respectiva sociedad”, como quien dice, desde la posición social en la que se encuentren las personas en su colectividad, éstas tendrán unas vivencias y unos pensamientos determinados que les permite encuadrarse en un proceso histórico concreto; la conexión generacional se da por la adhesión que se presenta en los individuos al participar en sucesos y vivencias comunes vinculadas en el mismo momento histórico-social, lo que también coadyuda a establecer la unidad generacional; y sólo se puede decir que existe conexión generacional si los contenidos sociales reales y los contenidos espirituales tienen un vínculo efectivo para los sujetos que se hallan en la misma posición generacional.

Del enfoque funcionalista se puede mencionar a algunos autores, entre ellos Talcott Parsons, James Coleman y Shmel Eisenstadt. En este sentido, Parsons afrontó la temática de juventud al considerar el rol como interacción social de la persona con el sistema en el que vive; en dicho sistema cada individuo tiene una serie de roles que cumplir, los cuales se caracterizan por ser funcionales y contribuir a la integración del todo social; es decir, el rol es un papel que desempeña la persona como actor de un campo determinado del sistema social desde un interés particular de acción e interacción.

Entre los años setenta y ochenta, los ingleses del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos —CCCS—, por sus siglas en inglés, de la Universidad de Birmingham aportan a la temática juvenil y en sus trabajos investigativos revelan los conflictos de las nacientes subculturas juveniles de clase media ocasionados por los cambios estructurales que se dieron en la Inglaterra de la posguerra; en ellos proyectan su mirada sobre el fenómeno que encarna la lucha de los jóvenes por el reconocimiento de sus subculturas por parte de las clases hegemónicas desde una perspectiva sociohistórica, en que las tensiones se libran desde espacios como los simbolismos, los estilos y las modas, y las formas de ser, que son el reflejo de las transformaciones y los cambios sociales de un nuevo sensorium juvenil que empieza a reconocerse como una nueva modernidad. Se destacan como autores a: que analizaron a los subgrupos juveniles como contraculturas y formas de resistencia simbólica frente a las clases dominantes.

La emergencia de la noción de condición juvenil

Ahora, la condición juvenil ha emergido como una categoría central en los estudios socioculturales de Iberoamérica y empieza a ser reconceptualizada, a partir de los desarrollos teóricos de diferentes científicos sociales; quienes han incursionado desde las experiencias de los y las jóvenes en los contextos situados de América Latina y de algunos países de habla hispana que han permitido su continua reflexión e indagación desde aquellas opacidades o cisuras que comúnmente han pasado desapercibidas. En este sentido es necesario ir perfilando que de acuerdo a Venezuela “la juventud es un concepto vacío de contenido fuera de su contexto histórico y sociocultural, en el que el autor enfatiza que lo juvenil no se puede analizar fuera de su contexto social y relacional, no sin antes dejar claro que no siempre desde lo juvenil se pueden dar respuestas abarcativas sobre el conjunto de elementos que dan cuenta de los proyectos de vida de los jóvenes, se precisa entonces de pensar la juventud como construcción sociocultural históricamente definida.

Desde otra postura Reguillo argumenta sobre la inestabilidad y la incertidumbre en la que viven y habitan los jóvenes y es clara con respecto a la centralidad sociopolítica y capacidad analítica de la categoría condición juvenil a la que define “como el conjunto multidimensional de formas particulares, diferenciadas y culturalmente “acordadas” que otorgan, definen, marcan, establecen límites y parámetros a la experiencia subjetiva y social de los/las jóvenes. Continuando con la misma teórica, plantea dos entradas analíticas para el estudio de los jóvenes, en la medida de poder incursionar por un lado, con la dependencia de las estructuras sociales y por el otro, con base en la idea de que la condición juvenil no tiene sentido por sí sola, sino que se pretende integrar lo subjetivo como constitutivo del papel de los jóvenes como actores sociales, por esto en palabras de Reguillo la condición juvenil es un concepto que posibilita analizar, de un lado, el orden y los discursos prescriptivos a través de los cuales la sociedad define lo que es ser joven y, de otro, los dispositivos de apropiación o resistencia con que los jóvenes encaran estos discursos u órdenes sociales.

Por condición se entiende desde la visión de posiciones, categorías, clases, situaciones, prácticas, prescripciones, proscipciones que se asumen como esenciales y naturales al orden vigente, las cuales también tienden a ser vistas como propias de estas edades, de aquí se desprende que la condición juvenil sea entendida como parte de los mecanismos tanto de carácter estructural como cultural que determinan los procesos de inserción de los jóvenes concretos, en una dinámica social, económica y cultural configurada.

La condición juvenil desde la participación política, es interpretada en cierta medida como transitoria por algunos jóvenes, dicha participación confluye en el horizonte de estos jóvenes como medio, más no como parte constitutiva de su autoría, ni estructura la participación política de los mismos, además que ésta no representa un deber, ni fidelidad a las diferentes organizaciones en las que ellos participan, ya que la fidelidad se da en el sentido de los principios que las sustentan.

Margullis señala la significación social de la condición juvenil, en tanto es una noción no

natural, ni esencial, que no depende de la asociación biológica que se inscribe en la reflexión de lo que sucede naturalmente. Desde esta mirada la noción de juventud no estaría circunscrita a la demarcación dada por la edad o el tiempo vivido por una persona, en razón a que la edad como criterio de orden biológico es desbordada y afectada por la complejidad de significaciones sociales y una de estas significaciones es la juventud que alude a una condición social.

En este sentido, la condición juvenil no puede ser definida por un rango etario, en razón a su insuficiencia explicativa y abarcativa, puesto que no considera el contexto histórico y sociocultural de relaciones sociales, además de las particularidades específicas. Es por lo anterior, que hay que tener en cuenta como puntos clave para pensar la condición juvenil contemporánea, a los componentes de lo relacional y la identificación, además de su carácter de construcción sociocultural históricamente definida.

Con respecto a lo relacional se plantea que la concepción de condición juvenil es necesario incluirla dentro del sistema de relaciones sociales, de interacciones, de fuerza, de sentido que es posible definir según las características específicas y de situación espacio-temporal de los jóvenes donde de paso adquiere sentido, por tanto, lo relacional como elemento constitutivo de la condición juvenil se inscribe dentro de un entramado de relaciones y de naturaleza contextual a la vez que le imprime su carácter de sentido.

Para hablar de la identificación es pertinente referirnos a la perspectiva constructivista y procesual de Hall o teoría cultural inglesa, la aborda como “proceso que actúa a través de la diferencia, entraña un trabajo discursivo, la marcación y ratificación de límites simbólicos. Necesita lo que queda afuera, su exterior constitutivo, para consolidar el proceso”. Con esto se argumenta que se construye a través de la diferencia y que la identidad siempre es una relación con el otro; identidad y alteridad están en una relación dialéctica, en tanto obedece a la lógica del más de uno (el sujeto y ese “otro” con el que se identifica) con lo que implica la continua marcación y ratificación de límites simbólicos, la producción de efectos de frontera, es decir, necesita de lo que queda afuera.

Así para Hall lo relacional es un elemento fundante en la constitución de la identidad teniendo en cuenta que las representaciones motivan la adhesión identitaria de los sujetos y lo hacen mediante la identificación, ésta siempre está en proceso, es siempre inestable, una fantasía de incorporación, por lo tanto, la identificación es un proceso de articulación, una sutura; así Hall (2003:20) plantea que la identidad es el punto de sutura entre, por un lado, los discursos que nos interpelan y tratan de “ponernos en nuestro lugar”, y por otro lado, los procesos y prácticas con que se construyen sujetos susceptibles de decirse.

Por tanto, para pensar la condición juvenil es pertinente analizar la identificación a la luz de una perspectiva alejada de la postura esencialista y como algo dado y fijo, mediante el reconocimiento de la expresión cambiante, dinámica, transitoria, fragmentada, flexible y contradictoria de las identidades particularmente las juveniles en un determinado contexto sociohistórico; entendida la condición juvenil como noción que instituye un referente desde el cual se puede entender la multiplicidad de formas de ser joven en los diferentes contextos, además de su carácter relacional como parte de las expresiones y representaciones que crean y recrean los actores juveniles y grupos sociales, que sólo se explican y definen en relación con los demás: en lo que compartimos, en las similitudes y en las diferencias, en la que las características de lo juvenil adquieren significación. “No existe un único modo de ser joven, no podemos hablar de juventud en singular. De acuerdo con el lugar que se ocupe en el espacio social, de acuerdo con el género, con los capitales materiales y simbólicos por los cuales se esté atravesado, se es joven de distinta manera”.

Globalización y su implicación en las condiciones laborales de los jóvenes

A la par con el desmantelamiento de la matriz sociopolítica que daba soporte a la sociedad en conexión con el Estado representado en el movimiento obrero, aunque este fenómeno se pre-

sentó de manera diferenciada, se puede decir que en América Latina y en algunos países africanos se dio este proceso junto con los regímenes militares y las reformas al Estado de Bienestar y la consiguiente radicalización de las políticas neoliberales, concomitantemente se produjo en Europa un retroceso de las capacidades del Estado para articular a los sectores que se caracterizan por fuertes lazos de solidaridad; fenómeno de transformación llevado de la mano por la globalización. Idea que ha sido debatida el proceso de globalización no es una propuesta iniciada en la década de los 80, sino que ha sido un acontecimiento sistemático y continuo tan antiguo de enormes implicaciones en la vida social, cultural, política, económica y artística de la humanidad, no solamente de carácter económico como continuador del pensamiento ilustrado y burgués de inicios del siglo XX.

Desde el ámbito de lo ético- político, la globalización es un fenómeno más profundo de lo que aparece a la vista, al dejar ver sus raíces y consecuencias sociales, es decir, muestra las estructuras del poder y de la sociedad que la misma ha generado, así como las consecuencias humanas de este nuevo ordenamiento. La demanda de la aplicación de la ley y el orden entendida casi exclusivamente como la demanda de protección personal, resulta en un enmascaramiento de la falta de certeza, desprotección, inseguridad, miedo y ansiedad que provoca esta sociedad globalizada, sentimientos que fragmentan y menoscaban la misma subjetividad.

En concordancia con Bauman, actualmente se plantea una tendencia general consistente en limitar las funciones políticas del Estado relacionada con el tratamiento excesivo de los problemas de la ley y el orden, con el fin de “crear condiciones que despierten la confianza de los inversores, en consecuencia se requiere un control más estricto del gasto público, una reducción de la carga impositiva, una reforma del sistema de protección social y “desmantelar las rigideces del mercado laboral”(Ibíd.). La dimensión global de las posibilidades de elección del inversionista, frente a los límites estrictamente locales de la posibilidad de elección del proveedor del trabajo y del que lo demanda, crea una asimetría que subyace, a su vez, a la dominación del inversionista en el terreno de lo global y la misma movilidad.

Desde otras perspectivas teóricas de la sociología en cabeza de (Beck, 1998), ante las acometidas de la nueva situación derivada de las inseguridades, plantea que se debe abrir el debate sobre la configuración política de lo que ocurre con los procesos de incertidumbre:

Esto presupone una decisiva crítica de la ideología neoliberal de la globalización, de su unidimensionalidad económica, de su pensamiento único lineal, de su autoritarismo político en relación al mercado mundial, que se impone apolíticamente y que actúa de manera altamente política. El choque de la globalización, característico de la transición a la segunda modernidad, provoca paradojas y exigencias en términos políticos, porque todos los agentes y organizaciones, y esto en todos los ámbitos de la sociedad, han de confrontarse con la dinámica de la globalización que transforma los fundamentos.

Es por esto que para este autor es primordial la postura de las respuestas políticas que pueden perfilarse ante la globalización y las relaciona con cooperación internacional, participación en el capital, reorientación de la política educativa, alianza para el trabajo ciudadano, empresarios públicos y trabajadores autónomos, pacto social frente a la exclusión, propuestas que si bien son loables, evocan de una u otra manera la permanencia y persistencia del sistema capitalista neoliberal hegemónico, que con todas sus contradicciones continua vigente.

A partir de las visiones con énfasis en lo económico, los cambios derivados de los procesos de globalización, supuestamente han reportado enormes beneficios a todos, sin embargo, ha sido confrontada en el mundo desarrollado y por los países en vías de desarrollo; por un lado, Estados Unidos y Europa ven en ella una amenaza de externalización empresarial en la que las industrias contratan y realizan actividades en países donde la fuerza de trabajo es de menor costo, por el otro lado, los países en vías de desarrollo han visto con temor las imposiciones economicistas de los países ricos frente a la deuda que han contraído con éstos, Igualmente ambos mundos observan

que los intereses privados priman a costa de otros valores, con el consiguiente aumento de las desigualdades entre países, especialmente en materia de empleo.

Para gran parte del mundo, la globalización, al menos tal y como se ha gestionado, es como un pacto con el diablo. Unos pocos se hacen más ricos. La mayor integración en la economía global ha traído mayor inestabilidad e inseguridad, y más desigualdades. Y ha puesto en peligro los valores fundamentales.

Desde las implicaciones en la cultura, es posible plantear la doble agenda de la globalización para explicar las condiciones objetivas que permiten la distribución de los bienes y mensajes entre unos países más que en otros: por una parte, está el discurso que narra la expansión del capitalismo postindustrial y de las comunicaciones masivas como un proceso unificador/o articulación de empresas productivas, sistemas financieros, regímenes de información y entretenimiento que se convierten en oligopolios (Wall Street, MTV, CNN), con sus redes de consumidores transnacionales. Pero esta unificación de mercados materiales y simbólicos produce desigualdades y nuevas fronteras, además de la inequitativa distribución de dichos productos. Por otra parte, la agenda de la globalización se relaciona con las estrategias globales de las multinacionales y de algunos Estados que configuran máquinas segregantes y dispersadoras. Así se plantean políticas de flexibilización laboral que llevan a desestimular la sindicalización de trabajadores, migraciones, mercados informales, externalización o realización de actividades de una empresa con trabajadores contratados en el extranjero, en este sentido se dice que la eliminación de trabas a las inversiones extranjeras ha sido el principal recurso para eliminar normas de los sindicatos, del sector asistencial y ecológico con el cual los Estados modernos contenían la ambición de los capitales, por lo anterior, para este autor: “globalización no significa únicamente libre circulación de bienes y mensajes; también debe incluirse en su definición el poder de “exportar fuentes de trabajo” a donde sean más bajos los costos laborales y las cargas fiscales”.

Para la juventud es importante revelar, la perspectiva del macroproyecto de consumo como una nueva forma de unidad, dependencia imaginaria y de enfoque económico. Este nuevo macroproyecto transnacional desde lo conceptual.

Posibilita la idea de unidad en la desterritorialización como memoria colectiva masiva que genera una ética y modo de conducta compartida, tal es el caso de la promoción de estrellas e ídolos en los medios masivos de comunicación, que para los jóvenes es asimilable a compartir los mismos gustos, las mismas inclinaciones, que circulan en un espacio de expectativas comunes. Así se unifican gustos, pero también se les frustra, gracias a la variedad y cantidad no accesible a todos”

Se unifican los deseos del consumo, se les separa socialmente, confirmando la no superación de las desigualdades económicas entre los distintos actores sociales. Esta ética del mercado y del consumo posee en su interior dos agendas contradictorias de lo global antes mencionadas, es decir, unifica y desintegra; homogeniza.

Cambios en el contexto de lo laboral desde lo sociohistórico y cultural

Con el anterior antecedente de los procesos de globalización y contexto sociohistórico nos detendremos en el contexto del trabajo, toda vez que asistimos desde la década de los noventa a una transformación importante en las relaciones entre capital y el trabajo. Siguiendo a Weber, Durkheim y Marx, (1997), se plantea que es a través del trabajo que los sujetos adquieren una identidad socialmente reconocida o un anclaje que los vincula a lo social; para otros teóricos en la llamada sociedad en tiempos de la gran vinculación de acuerdo con Bauman (2001) y la sociedad salarial según Castel (2004), se presentó la coincidencia de tres formas dominantes de concreción de las relaciones de trabajo alrededor de la sociedad industrial con dominio del capitalismo, aunque sin un encadenamiento lineal: la condición proletaria que se asociaba con el proletario, cuyas

condiciones salariales sólo le permitían la subsistencia y para su proceso de reproducción social, las relaciones con la empresa se caracterizaban por su marginalidad, precarización salarial y débil vínculo con la organización empresarial; la condición obrera con fuertes vínculos a la empresa, aseguraba derechos y prestaciones sociales fuera del trabajo como seguros contra (accidentes de trabajo, enfermedad profesional, jubilación) que permitían una participación en la vida social y proceso de reproducción social, tales como el consumo, vivienda, educación y ocio, “es la imagen de la integración en la subordinación”; y la denominada condición salarial ampliada a las clases medias y de mayor estatus.

La profesionalización de puestos de trabajo, el desarrollo de segmentos profesionales alrededor del sector terciario; el salariado daba fundamento a una identidad social y estaba ligado al progreso económico y a la movilidad social ascendente.

Ahora la fase actual del capitalismo se expresa como una contradicción, referida al cambio de carácter del trabajo y a la consiguiente expansión de un proceso de exclusión social y laboral, en sentido opuesto, a la fase de consolidación del capitalismo que trajo consigo la expansión del trabajo y del consumo a la vez como principales estrategias de inclusión social, por tanto en la etapa actual se da una mutación de la relación capital-trabajo que ha alterado las condiciones y calidades del empleo, con abandono del pleno empleo. Para las transformaciones se enmarcaron en lo que estos autores denominaron “un proceso de trabajo social” y en una estrategia de gubernamentalidad, que se plasmaron en el nivel de cambio en las racionalidades políticas y de tecnologías de gobierno.

Así en concordancia con los planteamientos de Castel, estos autores argumentan que los cambios se evidenciaron en una racionalidad política marcada por el keynesianismo (corriente de pensamiento económica fundamentada en la acción o intervención del gobierno para impulsar la actividad económica), que llevaron al empleo asalariado estable, remunerado, con capacidad de ahorro; los sistemas de protección social entendidos como extensión de la misma relación con el salario y por último, la unidad familiar como institución que fungía como mediadora en la provisión de bienes y servicios obtenidos vía salario y las prestaciones sociales; se alteraron en razón del tránsito hacia una racionalidad política de carácter neoliberal que introdujo cambios radicales en el trabajo en su base técnica y en las formas de contratación, a la vez nuevas formas de gestión de los riesgos basados en la estrategia de responsabilización individual. o lo que Castel plantea como la gran transformación producida por el advenimiento del capitalismo postindustrial y es la dinámica llamada descolectivización o reindividualización, dinámica representada en la organización del trabajo relacionada con la individualización progresiva de las tareas, que exige la movilidad, la adaptabilidad, la asunción de responsabilidades por parte de los operadores pues a decir de Castel ya el término “trabajador” ha dejado de tener actualidad. El concepto de colectivos de trabajo se desbordó hacia su disolución, en tanto con la predominancia del trabajo en red es notoria la conexión-desconexión -reconexión de las personas en vista de la incursión de nuevas formas extremas de trabajo inmaterial que se presentan bajo la modalidad de los proyectos y formas de vinculación laboral flexibles.

Ahora es preciso señalar que posterior a este proceso del salariado, en la década de los 90 se planteó un debate académico alrededor de la tesis de la crisis del trabajo o del fin de la centralidad del trabajo surgido en Europa y Estados Unidos con autores representativos como Rifkin, Gorz y Claus Offe. Consecuentes con lo anterior, Rifkin planteó el “fin del trabajo”, elemento teórico de amplia crítica en los sectores académicos de los estudios del trabajo sobre todo los latinoamericanos, en cuanto a que se trataba con esta postura de restarle centralidad al trabajo como eje de la vida social, económica y política, si bien como dice De la Garza esto se ha dado, sin embargo, es diciente la cantidad de fuerza de trabajo inserta en los procesos productivos en especial en grandes empresas y además obviamente con otros sistemas de contratación, flexibilidad, desempleo, ampliamente descritos.

De acuerdo con Gorz, el fin del trabajo no es tan concluyente en la medida que lo que se estaría presentando es el fin del empleo asalariado, con la existencia de otras formas laborales por fuera de una relación salarial estable.

Claus Offe otro teórico del trabajo, enunció después de los años 80 y 90 el fin de la centralidad del trabajo visto como fundamental en la organización de las relaciones e identidades sociales. Offe asocia la crisis del trabajo con la evidente fragmentación de los mundos de vida de los trabajadores (trabajo, familia, tiempo libre, consumo, entre otros), a la par con las transformaciones en la estructura productiva, el auge del sector terciario y el cambio en la composición de las ocupaciones, marcado por la disminución de los obreros y el auge de los empleados de cuello blanco.

En el debate sobre el fin del trabajo, argumenta que el trabajo no desaparece, sino que se transforma, desarrollándose nuevas modalidades de trabajo, proceso en el que el trabajo estable se fragiliza en razón al desempleo, ser desempleado no significaría vagancia o falta de voluntad para trabajar, o tener las condiciones para trabajar, ya no garantiza una inserción en el mundo del trabajo, sino que lo anterior se avizora como problemática estructural de las sociedades posmodernas.

Las anteriores propuestas se complementan con la visión posmoderna caracterizada por la fragmentación social, en tanto la crisis de la sociedad actual es en todas las esferas de la acción entre las que se encuentra la del trabajo. Para los seguidores de esta perspectiva, es evidente que ya no serían posibles los proyectos globales y universalistas basados únicamente en la razón científica, puesto que incursionan otras miradas desde lo local y particular, además de la pérdida de relevancia de los metadiscursos y de los sujetos sociales, en especial de la capacidad de articulación social y política de la clase obrera, otrora en la industrialización vista como actor de referente social e identificación de la sociedad y sus instituciones. Paralelo a esto, se daría paso a la fragmentación de las nuevas subjetividades sociales, identidades, culturas y concretamente con las posibilidades de creación de proyectos que llevarían a transformaciones de la sociedad, con la consiguiente "atomización del mundo del trabajo, de los trabajadores, y de todos aquellos espacios donde irrumpía lo colectivo como potencial germen de cambios profundos en la sociedad". En últimas, estas posturas del fin del trabajo coinciden en plantear el fin del trabajo como articulador de identidades y de sensibilidades sociales y culturales.

De acuerdo con De la Garza, en cuanto a la posibilidad de construir subjetividades e identidades colectivas en torno al trabajo - posición que han disentido las perspectivas posmodernas y de fin del trabajo- dicho teórico nos presenta otra mirada que apuesta a reconocer nuevas formas de identidad en el trabajo; así señala que antes de proceder a negarlas, es necesario examinarlas a la luz de las transformaciones que se han presentado en el mundo del trabajo. Por esto ha propuesto una nueva articulación entre subjetividades, acción y las estructuras, en la que los sujetos no actúan sólo en función de su ubicación en las estructuras, sino que los sujetos llevan a cabo un proceso de reflexión, de dar sentido y decisión sobre sus cursos de acción y de vida. La subjetividad según de la Garza:

No es una estructura que da sentido de uno a uno, sino un proceso que pone en juego estructuras subjetivas parciales (cognoscitivas, valorativas, de la personalidad, estéticas, sentimentales, discursivas y de formas de razonamiento); es subjetividad con estructuras parciales en diferentes niveles de abstracción y profundidad que se reconfigura para la situación y decisión concretas.

En este sentido la subjetividad según de la Garza, es un proceso de dar sentido a situaciones específicas, que admite incoherencias, además de discontinuidades y contradicciones. La identidad la concibe de la Garza como una forma particular de subjetividad que se da en una diversidad de expresiones y manifestaciones:

En tanto sentido de pertenencia colectiva, con sus signos compartidos, su memoria colecti-

va, sus mitos fundacionales, su lenguaje, su estilo de vida, sus modelos de comportamiento y, en niveles superiores, sus proyectos y enemigos comunes; esta identidad como la subjetividad, puede reconocer niveles desde los más ambiguos hasta los más específicos y, en esta medida, aceptar la pregunta. ¿Identidad para cuales espacios de acción?

La vinculación entre los jóvenes y el actual contexto laboral

Para el caso de los jóvenes las posturas De la Garza son esclarecedoras, en tanto, en este contexto socio histórico y económico se plantea que esta población es afectada por las mismas fuerzas del mercado, ya que frente al trabajo le restringen e inmovilizan las posibilidades de elección para acceder a puestos laborales, en contraposición a la libertad y flexibilidad del gran capital inversor para imponer las leyes y normas globales. Este fenómeno se observa en la mayoría de países Latinoamericanos e incluso los europeos como España, en donde el desempleo juvenil ronda por el 22% uno de los más altos de dicho continente. Quizá esta sería una explicación para el proceso de movilización de los “indignados” en el 2012 que en su mayoría eran jóvenes desempleados que propugnaban por cambios en la sociedad española y en el sistema financiero global. Resulta paradójico que la juventud a pesar de manejar y consumir los nuevos medios de procesamiento de información y de una mayor participación de redes a distancia, e incluso más años de educación, no ve que se traduzca en mayor presencia en las instancias de decisión política, a la par de un mejoramiento de condiciones materiales, planteando desafíos a la inclusión. En el mismo sentido, se argumenta que las reclamaciones de los jóvenes apuntan en asuntos relacionados con la inconformidad en cuanto a las condiciones precarias, los altos costos de vivienda, imposibilidad de acceder a una pensión y el mejoramiento de condiciones de la educación, son aspectos que sugieren que la situación de la condición juvenil en los países periféricos como Colombia es a todas luces también precaria.

Así la expresión de la globalización que afecta lo local, encuentra su nicho en el sistema económico y las relaciones productivas que privilegian el modelo exógeno de afuera hacia adentro, basado en la competitividad global de los mercados, con un débil apoyo a la investigación, la innovación y el desarrollo de los sistemas productivos locales, afectando el capital social y el conocimiento producido. De ahí que sería deseable para el contexto local, el planteamiento de un sistema territorial de innovación de carácter endógeno, de adentro hacia afuera, que surja como parte de los procesos de desarrollo gestados en los territorios regionales, solidario y colaborativo, basado en el conocimiento, como principal factor de desarrollo de los sistemas productivos locales, se plantea como una necesidad.

Los estudios en las sociedades latinoamericanas, han coincidido en asegurar que el trabajo no ha desaparecido según lo argumentado por Rifkin, pero si se ha transformado, es así que es necesario estudiarlo desde las condiciones en que se realiza y sus expresiones en la actualidad. Para Cortés, el trabajo continúa siendo fundamental y relevante en la sociedad, como se aprecia en las diferentes transformaciones y dinámicas socio laborales surgidas en el trabajo asalariado y el creciente aumento del trabajo informal, con lo cual se evidencia que la experiencia laboral continúa siendo esencial en la vida de las personas. Con lo anterior, es posible plantear que la tesis sobre la crisis del trabajo en la mayoría de países de América Latina, está estrechamente ligada a una crisis de precarización de las actividades, de exclusión social vinculada a la creciente pobreza, por tanto, no se puede enfatizar que en nuestro contexto latinoamericano el trabajo no es relevante, sino que los cambios han llevado a procesos de pérdida de las condiciones de seguridad y de realización que antes si se garantizaban como el trabajo protegido, con seguridad social integral, estabilidad laboral, por tiempo indefinido, entre otros.

Para teóricos como De la Garza, la crisis del trabajo en Latinoamérica adquiere otras connotaciones diferentes a los llamados países centrales, en razón a que es sobre todo la crisis del empleo en las unidades de tamaño mediano y pequeñas, además por la presencia de microunidades

de trabajo que son tan pequeñas y a la vez separadas unas de otras, esto tanto en los sectores de servicios, manufacturero y de autoempleo; de lo anterior se desprende que la fragmentación de las identidades de los trabajadores “no es por la diversidad de mundos de vida (trabajo, familia, ocio, etc.) para la mayoría de la población en América Latina, sino por laborar en unidades tan pequeñas y desarticuladas. Sin embargo, este sentido de la fragmentación tiene una parte importante de homogeneidad: la precarización”. Continúa argumentando este autor que otra característica de los trabajadores de estas unidades de trabajo es que son de baja calificación y de condiciones precarias semejantes y, concluye que “tampoco se trata de un aumento espectacular del desempleo, sino un incremento sustancial de las actividades precarias”.

Por esto el capitalismo de mercado corte neoliberal, ha permeado todo el tejido social, en la que los jóvenes se encuentran inmersos; es indudable que los jóvenes actualmente desde el punto de vista de las nuevas realidades, se dedican a experimentar caminos diversos para sobrevivir e innovar, García Canclini explica el evidente cuestionamiento y malestar de los jóvenes manifestado en discursos de carácter cultural representado en canciones, videos, blogs, twitters y en prácticas que conllevan autoorganización o como muchos que deciden emigrar, ello ha promovido la emergencia y la importancia de la creatividad en muchos ámbitos vitales. Lo anterior se presenta, porque de la mano del avance de las tecnologías de la comunicación y la informática, la expansión de la conectividad ha posibilitado a las personas el desarrollo de la creatividad con el fin de alcanzar por medio de ésta mejores condiciones de vida y trabajo, en sentido contrario, las desventajas socioeconómicas y el riesgo de exclusión representado en inestabilidad y precariedad laboral, se vinculan a la falta de competencia en las nuevas tendencias de innovación y creatividad.

Así mismo, la condición juvenil ha mutado en diferentes perspectivas (la cultural, la del consumo, la de la participación) pero especialmente ha desplegado su proceso de valorización como nueva fuerza de trabajo. Según, se da la confluencia de trabajos enmarcados en la incertidumbre en los que los jóvenes son importantes por el presentismo, en tanto no construyen proyectos de largo alcance, sino que los proyectos que construyen son marcados por la rapidez, lo efímero y la intensidad, es el caso típico de los jóvenes trabajadores del mundo del espectáculo, de las entidades financieras, corredores de bolsa, la industria de la moda, la publicidad y los deportes, entre otros. Una segunda forma de valorización de la fuerza de trabajo juvenil la superexplotación que se relaciona con “la reducción del fondo de consumo de los trabajadores por la vía de la disminución salarial o de la masa salarial, dando contexto a la precarización del trabajo”.

En esta forma de valorización laboral este autor menciona a las jóvenes de las maquilas, a los y las jóvenes de cadenas comerciales y de alimentos, los jóvenes de los callcentets, cuya característica común de dichas ocupaciones es que son “trabajadores de rutina”.

Un tercer mecanismo de valorización de la fuerza de trabajo juvenil apunta hacia el desafío que va más allá de la incertidumbre, y es la que tiene ver como insumo al riesgo en tanto única forma de incrementar su valor, mediante estrategias de enfrentar peligros y de resistencia en la que se arriesga hasta su vida, son los jóvenes pertenecientes a las ventas ambulantes, las ventas de la calle, la comercialización legal o paralegal de zapatos, discos, ropa pirata, y las ventas de sustancias consideradas ilegales y hasta el tráfico de armas y personas. Estos tipos de trabajo se realizan por lo general de manera grupal, así se da la presencia de organizaciones de vendedores ambulantes, la formación de mafias de armas o drogas que se constituyen en redes de pertenencia que instrumentalizan a sus miembros mediante prácticas protectoras, sancionatorias y de autorización para dichas actividades. Estos tres horizontes de valorización arriba descritos, envuelven a los sujetos en condición juvenil en nuevos modos de ser en el mundo, lo que deviene en subjetividades más proclives a la inmediatez, al cambio, a vínculos débiles, a la incertidumbre, a la sensación de estar a la deriva y a la flexibilidad básicamente en el ámbito de lo laboral.

A lo anteriormente propuesto es necesario introducirle un aspecto de relevancia que también

es central en la constitución de la condición juvenil y es el cuerpo juvenil, toda vez que la dimensión corporal es un componente de la biopolítica, como mecanismo de regulación y control de la sociedad, desde su interior. Para autores como Reguillo, 2000 y Pérez Islas, 2010, la condición juvenil desde esta visión así planteada, permite entender una biopolítica del cuerpo-mercancía, concepto que engloba las estrategias laborales antes descritas en un entorno de valorización particular de lo juvenil, al igual que como mecanismo de obtención “de mayor plusvalía del “capital corporal” que tienen las nuevas generaciones”.



Por último, para pensar la relación condición juvenil y contexto laboral es imprescindible reflexionar sobre las articulaciones entre estructuras, subjetividades y las acciones en la agencia juvenil en razón a los cambios que se han dado, ya que sus referentes de reflexividad son distintos, su lógica es otra -su horizonte ya no es a largo plazo-, se asume el riesgo y la incertidumbre como condición para obtener mejores beneficios enmarcados en las reglas y recursos propios de las estructuras sociales, que cada vez son menos regularizadas puesto que no son ya el soporte o guía seguro de anclaje de los sujetos. Cuando se analizan las estructuras sociales, tener en cuenta que éstas se encuentran en diferentes niveles desde las de naturaleza económica, las políticas, las culturales pasando por las subjetivas donde se presentan incoherencias, discontinuidades, por tanto, una parte es dependiente del individuo, y otra de la sociedad que le está imponiendo sus reglas y recursos. Parafraseando a Castel, la condición juvenil constituye la categoría que mejor simboliza las rupturas subjetivas de las transformaciones en el mundo del trabajo y que más se ve afectado por la sensación de incertidumbre que sumerge a los sujetos, tras esta serie de quiebres y rupturas.

Conclusiones

El resurgimiento de nuevas formas de plantear la incursión de los jóvenes en las sociedades, como lo es la interpretación de las experiencias que los atañe, ha implicado el reconocimiento de la diversidad, heterogeneidad, movilidad, lo efímero, lo circunstancial, lo indeterminado que acompaña muchas de las expresiones de lo juvenil. La mirada de la condición juvenil es una apuesta

que en la contemporaneidad nos estimula a indagar en otras discursividades diferentes a la oficial/hegemónica, que apunte a la visibilidad de las prácticas que emergen en contextos específicos, como el laboral, donde los y las jóvenes configuran sensibilidades, utopías y transitoriedades, en tanto necesitan el reconocimiento en su especificidad y a la vez como parte de un todo en el sentido de unicidad. Junto a la erosión de algunos referentes como lo fue el trabajo e incluso la escuela, y frente a los contextos de violencia latinoamericanos, es importante plantear que lo que buscan los jóvenes y las jóvenes es su inclusión como pares, a la vez articulados en las redes institucionales y sociales donde viven y a la vez en las que participan, más que ser reconocidos desde la política como “juventud”. De esto se desprende que la condición juvenil es una construcción sociocultural, definida históricamente, cambiante y transitoria, que se presenta como parte de los procesos de disputa y negociación, entre las representaciones externas y las propias de los sujetos jóvenes en esta condición; lo anterior teniendo en cuenta la heterogeneidad cultural y la desigualdad estructural que perfilan la condición juvenil y las identificaciones laborales específicas.

Es evidente que desde nuestros espacios académicos y partiendo desde la vida cotidiana de los jóvenes para explorar sus experiencias, nos impulsa a repensar que si se quiere generar una alternativa a las posturas hegemónicas, hay que generar desde los escenarios donde vive, trabaja e interactúa la gente, un pensamiento y unas ciencias sociales críticas capaces de revertirlas, de generar otros mundos posibles, que tenga en cuenta también la relación capital-trabajo en un contexto de mayor equidad en especial con la masa de trabajadores informales, jóvenes flexibles y que permita la afiliación social de los desafiados que habitan las ciudades y zonas rurales, sin esperanza de formar parte de la sociedad de la que han sido expulsados.

El Joven en la Transición Política de México

Carlos Castillo Peraza¹

En la Gramática, cuando estudiamos los verbos se estudian sus tiempos: presente, pasado y futuro, con sus diversas variantes, y el ser humano tiene pasados, pero el pasado ya no es; tiene futuro, pero el futuro todavía no es y. en resumidas cuentas, el punto en que pasado y futuro se anulan es un instante fugaz que se está yendo conforme se desarrolla, que es el presente.

El presente es un presente de pasado, es decir, todo hombre en su hoy viene de un ayer que está presente en él en memoria. El presente es un presente de futuro, es decir, es esperanza. ¿Qué pasa cuando un hombre o un pueblo pierden el futuro? Sucede lo que un sociólogo contemporáneo nos dice con estas palabras: “Cuando se pierde el futuro, sólo quedan el presente y el pasado; cuando se pierde la esperanza, sólo quedan el hoy y el ayer”.

Sólo es posible, pues, si ya no se tiene futuro, replegarse en el presente o en el pasado; pero nuestro presente en México y América Latina está lleno de dolor, enfermedades, miseria, injusticia; entonces no podemos abismarnos en el presente, y si se han perdido futuro y presente, porque no pueden ser satisfactorios, entonces suele ocurrir que los hombres y los grupos sociales se repliegan totalmente en el pasado y en no mover nada.

Pero ustedes, jóvenes de Acción Nacional, tienen un lema que dice: “Dar a la patria esperanza presente”.

Cuando ustedes dicen patria, dicen la memoria de los padres, eso es la patria cuando dicen esperanza, dicen lo que quieren para mañana; pero en el presente, en su lema, está sintetizada esta misión del hombre y de la historia.



1 Revista La Nación. Año L No. 1862, 7 de septiembre de 1992. Págs. 19-20

México es un país que ha sido definido por los liberales cuyos magníficos pintores —pero pésimos expresadores de la realidad del país— nos muestran a México partido en dos grandes grupos de diferente color. Por un lado, trazan los colores bellos de la vida, de la victoria y del triunfo y, por otro, los colores oscuros negros, donde se supone que están refundidos quienes en el país, por toda la historia, tendrían que ser los derrotados.

A eso yo lo he llamado *la cultura del mural*: un México dividido en dos partes, que no pueden ni deben comunicarse: una, destinada a la derrota y, otra, predestinada a la victoria eterna.

Esta lamentable cultura del mural tiene una subcultura política dependiente, que es la del carro completo.

Ustedes, los chihuahuenses, recordarán que la subcultura del carro completo llegó a extremos tales que en 1986 pidieron al gobierno que en Chihuahua se consumara el *fraude electoral patriótico*.

Pero la cultura del mural ha ido fracasando paulatinamente. Esta supuesta memoria obligatoria que se nos quería imponer por textos, pinturas, películas, y hasta por dibujos animados, ha fracasado gracias a la lucha de los mexicanos que han querido superar la cultura del mural por medio de la política. Estamos en ese trance.

Con frecuencia, en Acción Nacional utilizamos dos palabras para referirnos a la misma realidad: el sistema y el régimen.

En 1949, Manuel Gómez Morín establece la diferencia entre régimen y sistema: “El sistema es el conjunto de prácticas no escritas, ilegales, extralegales, ilegales o antilegales, y ha sido el método por el que se resuelven en México los problemas: por medio de una mentalidad guerrera y sólo les daba el triunfo a los que estaban dentro del sistema. Y, por el otro lado (régimen), “las leyes más o menos bien hechas, pero que poco tenían que ver con la política nacional”

Acción Nacional, durante 50 años, aceptó al régimen mexicano y sus reglas, y dijo: “Vamos a respetar las reglas, para que podamos mejorarlas; vamos a aceptar las reglas, para que no haya más sistema, sino un buen régimen, es decir, un Estado de Derecho en que la ley impere sobre todos”.

Esta realidad doble del grupo mexicano en el poder, sea sistema y sea régimen, le ha permitido durante años jugar en dos terrenos: por un lado, aplicar toda la arbitrariedad cuando le conviene y, por el otro, toda la legalidad, cuando le conviene.

Acción Nacional está en una batalla política en todos los campos: en el diálogo, la concertación y la discusión parlamentarias, en la movilización popular, en la batallas jurídica y de la opinión pública, y estamos superando la cultura del mural para llegar a un régimen democrático.

¿Qué se necesita para que el PAN sea factor decisivo en dejar atrás el sistema y darle a México un régimen democrático de Derecho? ¿Qué necesita México para transitar de sistema político a régimen democrático de Derecho?

Yo diría, jóvenes, que México necesita partidos políticos fuertes que tengan doctrina lo suficientemente vigorosa para permitir la comprensión del hombre y el diserto de acciones en favor de él. Eso lo tenemos. Acción Nacional tiene doctrina, por eso necesitamos una democracia decente y eficiente.

Chesterton decía que *“una idea que no se vuelve palabra es una mala idea. y una palabra que no se vuelve acto es una mala palabra”*. Creo que en el PAN tenemos buenas ideas y buenas palabras, pero ahora tenemos que volverlas actos, presionar y retar al sistema para construir el régimen democrático de Derecho que necesitamos.

Para esto, el partido debe tener y ampliar espacios autónomos de decisión política, es decir, ser capaz de tomar las decisiones que desde su doctrina y estrategia convengan a la democratización de México.

Ustedes se preguntarán en estos días por qué el PAN adopta una línea en Michoacán otra en Chihuahua y otra diferente en Durango. Yo les digo por qué el PAN tiene que aumentar sus espacios autónomos de decisión política: en Michoacán le decimos al PRD que nosotros podemos decidir ante nosotros y frente a los otros cómo, cuándo y por qué; en Durango se lo decimos al PRI y al gobierno, y en Chihuahua nos lo decimos a nosotros mismos.

Y el partido, por estos caminos de experimentación múltiple, dentro de una realidad política cada vez más compleja, va construyendo su espacio de decisión autónoma para nunca estar sometido a ningún caso ni a la presión del gobierno ni al chantaje de otros partidos políticos.

Pero para esto se necesita tener vocación de gobierno, no de oposición eterna. La oposición no pertenece a la definición de ningún partido político: la vocación de oposición no es la de partido político, la vocación de partido político es la de llegar al poder para ejercerlo del modo que su doctrina le ordene.

Cuando se habla de alianzas políticas, tenemos que pensar en que sean suma de poderes y no sumas de impotencias en este sentido nosotros tenemos ya una victoria cultural y un partido bien implantado en casi toda la nación.

¿Y qué debemos hacer? Transformar la victoria cultural en victoria política. Destino y vocación de un partido político es ser él, quien desde el poder conquistado con el apoyo popular realice sus propias ideas desde el pueblo y no por interpósita persona o por interpósito partido.

No descarga el PAN sobre nadie, más que sobre sí mismo, la responsabilidad de ser plenamente partido político.

Los jóvenes en esta situación de transición pueden caer en dos tentaciones: la de conservar lo que se tiene por miedo a perderlo, es decir, la de refugiarse en el pasado, o la de destruir todo lo que existe, es decir, la de negar el pasado; en cualquier hipótesis serían actitudes derivadas de no ver con atención el presente y realmente no tener esperanzas.



Manuel Ligarte, pensador político argentino, decía a los temerosos del futuro incapaces de ver el presente: “Ah los hombres ponderados y prudentes, los hombres tranquilos y equidistantes que no creyeron en el vapor, ni en la electricidad, ni en la aviación, ni en la democracia; los hombres que no han creado nada, que no han removido nada, que no han hecho más que perpetuar y no que han hecho más que recordar”.

“Ah los hombres meticulosos y ordenados, que no contentos con dormir pretenden imponer su suerte, estos hombres —y hay muchos hoy en México, óiganlo bien, jóvenes del PAN— están necesitando que la juventud les grite: ‘Atrás cadáveres, den paso a la vida nueva’.

Para esos jóvenes, que por memoria la atención y la esperanza están por los derechos humanos, por la racionalidad económica con justicia, por el Estado de Derecho, por la democracia política, sólo una frase de un gran líder político latinoamericano. Eduardo Frei: “Ustedes —dice— se niegan a entrar en el reharto sombrío de cualquier color y buscan con ansiedad un camino de libertad, porque sienten que tienen espíritu adentro y tienen algo más allá del cuerpo; piden justicia, porque tocan el sufrimiento grande de los pobres, por eso no se ahogan en el presente. Se niegan a encerrarse en los dilemas inhumanos de quienes explotan el instinto de conservación o el instinto de revolución, porque ustedes son los únicos que saben que el hombre puede ir mucho más lejos que su instinto”. Más allá del instinto en la transición, los jóvenes de Acción Nacional son la memoria, son la atención, son la esperanza.

Los Jóvenes de Acción Nacional

Carlos Castillo Peraza¹

No es, en efecto, la primera vez que estoy con ustedes en un evento de jóvenes; estuve en todos los de los seis años que fue presidente del partido don Luis Álvarez, participando en diversas ocasiones, con temas, en conferencias o con participación en discusiones con ustedes. Y hoy es para mí enormemente gustoso comprobar que la apuesta por nosotros mismos que fue el lema de la campaña interna que yo hice en busca de la presidencia de nuestro partido, prendió y prendió bien en los jóvenes de Acción Nacional. Si alguien en Acción Nacional ha apostado por sí mismo, por su propio partido, por los valores que Acción Nacional representa, por la democracia que Acción Nacional vive y por lo que Acción Nacional ha sido, es y seguramente será, son ustedes, los jóvenes panistas.

Los he visto a 51 grados repartiendo volantes en Mexicali; los he visto en Tabasco construyendo el partido desde donde no había nada; los he visto leales a la institución de Jalisco a Veracruz; los he visto asumiendo candidaturas ahí en donde nadie quería afrontar el riesgo; los he visto en Oaxaca plantados en las zonas del narcotráfico haciéndole frente al caciquismo y a la delincuencia; los he visto en el Distrito Federal haciendo huelgas de hambre de solidaridad con sus compañeros víctimas del atropello; los he visto en Michoacán, los he visto en mi tierra, Yucatán, en Morelos. En toda la Patria son ustedes la apuesta por sí mismo del partido, de eso doy testimonio y agradezco.

Agradezco la lealtad del secretariado juvenil que termina encabezado por Christian Castaño, felicito a todos los que compitieron por la secretaria juvenil y particularmente recibo con un abrazo fraterno a César Nava, su nuevo dirigente. Muchas felicidades a todos ustedes.

Lo esbozaba ligeramente Luis Correa en tanto que ayer el partido oficial celebraba su quinto dedazo en dos años, su quinto presidente en dos años. Los jóvenes de Acción Nacional tenían, al ritmo de los estatutos y los reglamentos, en los tres años que marca nuestra normatividad interna, una democrática elección de secretario juvenil. Obviamente esta democracia vivida y practicada acá contrasta con la antidemocracia exhibida y recontra exhibida por todos los medios de información, que no dijeron que aquí o dijeron muy poco que aquí miles de muchachos votaron y sí repartieron a todo mundo una asamblea ovejuna obedeciendo a un dedo, eso es la desgracia de México. Un PRI que aplaude con desmesura a sus delincuentes electorales porque son los únicos que les pueden traer victorias y un PAN que aplaude a sus candidatos por el valor, el esfuerzo moral y por lo que significan en la lucha contra el caciquismo priista; ésta es la diferencia, ustedes los jóvenes hicieron ayer la gran diferencia en todo el país y frente a todo el mundo, ésta es la democracia, éste es el futuro y aquél es el dinosaurio que hay que enterrar.

1 Discurso pronunciado durante la Asamblea Nacional Juvenil en Puebla, el 20 de agosto de 1995. En: La plaza y la tribuna: discursos. Págs. 51-55



Y es por esto Christian y César que hoy les damos las gracias, son el alto contraste en la vida política nacional, los jóvenes del PAN enseñándole democracia seis horas al dinosaurio agonizante priista, esto es Acción Nacional.

Aquí con ustedes y con el poeta Martí reitero “que ante el oro y el poder no me arrodillo aunque me agobie el padecer tirano, me muerdo de hambre pero no me humillo, seré cadáver pero no gusano”. Ésta es la norma de Acción Nacional.

El partido ha tomado en los últimos meses decisiones importantes: tomó la decisión no de interrumpir el diálogo, como ha sido señalado y publicitado, sino de levantarse de una mesa de acuerdos puesto que desde el lado priista se habían violado los compromisos firmados en Los Pinos en enero del presente año. Nosotros hemos seguido dialogando pero lo que firmamos en enero exigimos que se respete y en el Distrito Federal el mayoriteo priista terminó con la lógica y el espíritu del consenso firmados en enero, cuando cerró el paso a los partidos políticos para tener candidatos a consejeros de la ciudad; bien sabía el PRI que su etiqueta ya no vende y por eso sacó todas las etiquetas de la competencia electoral, y como esto se hizo sin consenso, nosotros no podíamos tolerar esta ruptura de un compromiso pactado; luego vino el fraude electoral en Yucatán: con qué cara los dirigentes nacionales del partido nos vamos a sentar con los

avales del fraude electoral en una mesa de acuerdo, cuando sin la mesa de acuerdo ganamos Baja California, ganamos Aguascalientes, avanzamos en Zacatecas, avanzamos en Oaxaca y avanzamos en Veracruz. No los necesitamos.

Lo avisamos a su debido tiempo y somos consecuentes y ahora exigimos que tengan siquiera el valor de proponer un director general del Instituto Federal Electoral por consenso, eso exigimos para volver a la mesa de acuerdos, que no nos sigan atosigando con preguntas, esa es la condición y no hay otra pero, o se cumple en el consenso o Acción Nacional sigue caminando solo porque hoy en cuatro estados de la República, sumados el PRI y el PRD, ya no nos alcanzan, y nos van a dejar de alcanzar en el resto del país.

(La gente grita “muera el PRI”). Y miren, permítanme contradecirles, a mi no me interesa que muera, me interesa que sea un partido igual, que compita en condiciones iguales porque así lo vamos a derrotar, sin ventaja, sin el Estado de su lado, sin el gobierno patrocinándolo. Queremos ganar o perder frente a un PRI que sea partido político y no una sucursal del gobierno de la República. Eso es lo que queremos.

Para eso, jóvenes panistas, les necesitamos hoy más numerosos y más calificados que antes, por eso el programa que aquí ha ganado con César Nava a la cabeza me parece de suma importancia. Me parecen de suma importancia los puntos que ustedes votaron mayoritariamente para llevarlos a la conducción de la secretaría juvenil: la consolidación y expansión de ustedes mismos; en un país mayoritariamente joven, la formación y la capacitación, porque necesitamos no solamente ser muchos sino ser muy buenos, la acción social que está esperando las manos y los brazos de los jóvenes panistas en un México arrazado socialmente, disuelto socialmente por las políticas públicas de injusticia social que se han seguido sexenio tras sexenio; les necesitamos en la acción política conquistando nuevos ambientes y nuevos medios juveniles para el partido, les necesitamos preparándose para gobernar. Luis Correa tiene 34 años y debería ser el gobernador de Yucatán, Beto Cárdenas tiene 37 y es el gobernador de Jalisco, Tarcisio Rodríguez tiene 35 y es el presidente estatal que condujo al panismo jalisciense a la victoria, Enrique Caballero tiene 30, en Guerrero, y este partido tiene y da prueba de que es un partido en el que los jóvenes tienen su lugar. Aquí no hay Fideles Velázquez, éste es el partido del futuro.

Les pido además que hagan una reflexión conmigo. Normalmente en el PAN las disputas y las querellas suelen ser entre nuestros mayores: no le entren. A los que quieran hacer la danza de los viejitos déjenlos solos, la parte juvenil del partido tiene que tener un solo corazón, un solo latido, una sola alma. Tienen que aprender a resolver localmente las diferencias de una manera democrática, civilizada, tranquila y limpia. Tienen que ser los constructores constantes de una mejor democracia interna del partido, no se dejen llevar por las querellas entre los mayores, son los jóvenes los que nos tienen que salvar de las diferencias entre los panistas mayores, ustedes nos tienen que dar la lección de la unidad y cuando vean que un panista mayor juega el juego del adversario, frénelo ustedes, díganle: “aconséjanos pero no nos guíes ya, porque el destino de Acción Nacional está en el corazón de Acción Nacional”, y el corazón de Acción Nacional es la unidad de Acción Nacional.



A ustedes jóvenes panistas les confío el corazón del partido: su unidad. Líévenos por los senderos por los que van los partidos que crecen con gases que se expanden, pero sin perder la cohesión de sus moléculas, lleven al partido por los senderos de la unidad, lleven a Acción Nacional estado por estado a las fuerzas que da la unidad, sean constructores y reconstructores, autores y creadores de unidad partidista ahí donde ustedes estén y súmense, apréndanse a sumar para que podamos seguir creciendo. Hoy Acción Nacional es el partido en donde hay mayor unidad, acrecentémosla porque frente a la adversidad sólo la unidad nos salva, porque frente a la tarea sólo la coordinación nos une, porque frente al desafío de ganar el Congreso en el 97 y la presidencia de la República en el 2000 son la unidad de los jóvenes y los jóvenes de la unidad los que le van a dar al partido el vigor que necesita. Esto ya está cerca y esto está en las manos de ustedes, déngle duro a la unidad y a la formación porque estamos por llegar a donde los fundadores del partido nos enviaron el 39: a la patria ordenada que puede ser patria generosa.

Tenemos en marcha de aquí a noviembre varias campañas: la de Puebla a la que ya hizo referencia nuestro estimado candidato Gabriel, pero están las de Sinaloa, de Tlaxcala, de Tamaulipas, de Michoacán, de Oaxaca, de Chiapas, hay mucho que hacer en lo electoral y queremos ver, César, a las brigadas de los jóvenes panistas ayudando donde más se necesita: ahí en Oaxaca donde hay 500 municipios que atender, ahí en esos sitios a los que no se puede llegar más que a pie, ahí en donde hay docenas de indígenas que han aceptado ser candidatos de Acción Nacional abriéndonos espacios que antes no teníamos en ese estado de la República, ahí hay que ir, a donde es difícil; ahí hay que estar, en donde no hay pavimento; ahí hay que aprender: la militancia durmiendo en el suelo y conviviendo con los que tienen hambre; ahí es donde está la mayoría de este país: en la pobreza; ahí es donde se construyen las mayorías sociales que dan las mayorías políticas y dan los gobiernos democráticos; ahí es donde se hacen los partidos y

los gobiernos populares que son los únicos que son capaces de ser auténticamente nacionales, como lo quiere Acción Nacional.

Y ahí también es donde más tenemos que crecer, así que amigos, jóvenes panistas, la unidad del partido y su expansión a esas zonas en donde muerden el hambre y la pobreza y se sufre el embate del caciquismo y la delincuencia aliados, eso les encargo de aquí al 2000, eso les pongo en las manos: la unidad del partido y su presencia entre los pobres, esa debe ser la tarea de los jóvenes de Acción Nacional en los próximos años.

Jorge Benedicto¹

La habitual percepción negativa de la vida política juvenil

Parece obligado que cualquier reflexión sobre jóvenes y política comience haciendo mención a la habitual y reiterada visión negativa de la relación que los jóvenes mantienen, por lo menos en las tres o cuatro últimas décadas, con la política, entendida en términos generales. La imagen del joven pasivo y desinteresado de todo lo que ocurre en el ámbito político ha adquirido tal fuerza en el discurso social que se ha convertido en una de las señas de identidad de la juventud contemporánea. Esta percepción, que a veces parece casi unánime entre la opinión pública, también tiene su correlato en la investigación académica, en la que predominan los análisis sobre la desafección y el desinterés político juvenil o sobre la baja predisposición a participar en la vida política de las sociedades democráticas, utilizando los canales e instrumentos institucionales diseñados a tal efecto. Sin embargo, si antes de aceptar como evidentes las conclusiones a las que suelen llegarse, nos preguntamos por los presupuestos que las sostienen y el tipo de análisis que se realizan, algunas de estas ideas pueden empezar a ser puestas en duda.

La sociología de la juventud, sobre todo tras la popularización de las perspectivas posestructuralistas, ha insistido en los últimos años en la pluralización de los caminos que llevan a los jóvenes a la vida adulta y en la diversidad interna que caracteriza a la condición juvenil en la sociedad actual. Sin embargo, ambas características no están presentes en la gran mayoría de explicaciones que se construyen para comprender la vida política de los jóvenes, sus discursos, intereses, comportamientos, etc. Se ponga donde se ponga el énfasis, el argumento de fondo suele ser común. La gran mayoría de los jóvenes parece relacionarse con el mundo de la política de una forma uniforme, distante y desconfiada, encerrados en una maraña de factores estructurales e institucionales que escapan de su capacidad de decisión. De la metáfora, tan utilizada actualmente para referirse a la juventud de este inicio del siglo XXI, del joven que navega en un mar de incertidumbre, negociando su propio camino entre oportunidades y riesgos, pasamos en el terreno de lo político a la imagen de un joven que asume pasivamente un universo político de significaciones negativas y pesimistas. De este escenario solamente se escaparía una pequeña minoría, expuesta a unos procesos de socialización muy específicos.

Nos encontramos, por consiguiente, con un claro predominio de las argumentaciones genéricas, en las que el factor principal de diferenciación interna del colectivo juvenil es la edad, bien entendida en términos evolutivos como etapa del ciclo vital, o como criterio generacional. En ambos casos, la heterogeneidad social, cultural, ideológica de los jóvenes y de sus procesos de incorporación al espacio público juega un papel secundario como factor explicativo de las posiciones políticas de las nuevas generaciones, las cuales tienden a ser valoradas desde posiciones más morales que sociopolíticas. En esta misma línea de análisis también hay que subrayar la habitual ausencia de una perspectiva intergeneracional que permita entender los rasgos de la vida política juvenil en relación a lo que piensan y hacen los ciudadanos del resto de generaciones. Los jóvenes parecerían, en este sentido, estar aislados del contexto social y político en el que se construyen las relaciones entre las diferentes generaciones.

1 Revista de Estudios de Juventud. UEED. No. 81, junio del 2008. Págs. 13-28



Profundizando un poco más en la crítica de los presupuestos sobre los que se sostienen buena parte de las explicaciones académicas sobre las posiciones políticas de los jóvenes, conviene prestar atención a tres aspectos que considero fundamentales. En primer lugar, el enfoque predominante en la investigación dentro de este campo está basado en una concepción de la politización de raíz individualista que concibe la juventud como una etapa de inestabilidad e indefinición y la política como el ámbito de expresión y contraste de los intereses individuales. Desde este punto de vista, el desinterés juvenil hacia las cuestiones políticas encuentra una cierta justificación, en tanto en cuanto sería el correlato obligado a su situación periférica en el entramado social. Conforme los jóvenes vayan realizando su transición a la vida adulta e integrándose socialmente irán definiendo unos intereses específicos que les llevarán a interesarse por los temas que se discuten en el espacio de la política, ya que las decisiones que allí se adopten empezarán a afectar a sus intereses. En último término, la politización queda reducida a un fenómeno básicamente individual, influido por una serie de factores externos, que se traduce en una serie de comportamientos explícitos. En consonancia con esta posición, la mayor preocupación de los especialistas se dirige a cuantificar las actividades que se realizan en vez de poner el énfasis en los contenidos y significados de la implicación política de los jóvenes.

En segundo lugar, demasiadas veces se olvida el contexto de transformación de las actitudes políticas en las sociedades desarrolladas que lógicamente afecta a todas las generaciones, tanto a los adultos como a los jóvenes. Los ciudadanos de nuestras sociedades democráticas se relacionan con el ámbito político desde premisas bien diferentes de las que predominaban en décadas anteriores. Si en los años 50 o 60 existía un clima de confianza generalizada en las instituciones representativas y en las autoridades correspondientes, décadas después una de las constantes en todas las democracias es el deterioro de la confianza en líderes y partidos, junto al incremento del escepticismo en los resultados del sistema político, todo lo cual está en la base de la desafección política que caracteriza la coyuntura actual.

Esta necesidad de tener en cuenta las nuevas condiciones sociales, institucionales, culturales en las que se desarrolla la vida política también está presente en el tercero de los aspectos

que quiero destacar. Los ciudadanos, en general, y las nuevas generaciones más en particular son partícipes de experiencias de lo político que ponen en cuestión los significados y las expresiones tradicionales, mientras que aparecen nuevas formas de relación que, en ocasiones, son interpretadas equivocadamente como un rechazo o un abandono de los compromisos colectivos. La transformación del modelo predominante de implicación política juvenil puede ser un buen ejemplo de cómo cambian las formas de politización al hilo de los cambios que también se producen en la experiencia social y colectiva de los jóvenes. La crisis del modelo de activismo militante de base partidista y su sustitución por formas muy diversas de implicación, de carácter más bien puntual y episódico, en múltiples campos (desde los más tradicionales de actividad política hasta los vinculados a temas de solidaridad cívica u otros relacionados con nuevos espacios de expresión juvenil), refleja en buena medida los propios rasgos culturales de buena parte de la juventud actual (individualismo, orientación al consumo), así como la estrecha interrelación que existe con sus experiencias e intereses más cotidianos

Antes de seguir, por tanto, hay que reflexionar brevemente sobre cómo se es joven en la modernidad tardía y sobre los procesos dinámicos que dan forma a sus experiencias vitales y alienan sus caminos hacia la vida adulta. Solamente sabiendo más sobre cómo viven los jóvenes su juventud podremos empezar a entender algo mejor como se plantean su relación con el mundo de los significados y las expresiones políticas.

La dinámica social de la juventud: entre la integración y la autonomía

La tradicional interpretación de la juventud como un periodo de transición en el que tiene lugar un complejo proceso de cambios que permiten a los jóvenes alcanzar el estado adulto nos ha acostumbrado a entender la juventud desde una perspectiva lineal y evolutiva, con un principio definido en términos negativos y un final definido en términos positivos. El principio de la transición sería la situación del niño o adolescente, dependiente en todos los aspectos de su vida de su familia de origen y/o de las instituciones sociales. El final correspondería, en cambio, al joven emancipado que se convierte en adulto gracias a la independencia económica, residencial y afectiva que ha adquirido. En términos mucho convencionales podríamos describir la transición a la vida adulta como el proceso al final del cual el joven abandona la casa de los padres y crea un nuevo hogar, gracias a su participación en el mercado de trabajo obtiene los ingresos suficientes para llevar una vida independiente y empieza a vivir de forma más o menos estable con su pareja, creando una nueva unidad familiar.

En esta visión lineal y evolutiva, se corresponde con la condición juvenil propia de la primera modernidad, la emancipación representa la culminación de la transición a la vida adulta, el reconocimiento social como individuo liberado de dependencias, capaz de gestionar sus proyectos vitales y de asumir sus responsabilidades como miembro de la comunidad. A través de la emancipación, el joven deja de serlo para convertirse, socialmente, en adulto y ciudadano, dos términos que se hacen equivalentes.

énfasis que ponen muchos sociólogos en los acontecimientos que definen la emancipación juvenil, tales como el tener un trabajo remunerado, una casa propia, una nueva relación familiar e incluso llegar a tener hijos, oculta o, por lo menos, dificulta darse cuenta del verdadero objetivo de estos procesos que no es otro que conseguir la integración de las personas en la organización social, estableciendo el lugar social a partir del cual desarrollar su proyecto biográfico. Lo significativo, desde este punto de vista, no es, por tanto, la liberación de las dependencias originales sino el destino al que se llega y el trabajo de adaptación que exige a los jóvenes para conseguirlo. La etapa de la juventud se puede interpretar, por tanto, como el proceso de adquisición por parte de los jóvenes de los recursos necesarios para integrarse en la organización social y asumir nuevas dependencias y responsabilidades. Siempre desde esta perspectiva, el comportamiento de los jóvenes se puede interpretar como una incorporación o integración a formas de vida que les preceden y que

les exigen una adaptación o acomodo. Así, cuándo un joven se integra, deja de ser joven. Pero al tiempo que lo hace incurre en compromisos de tanto o más peso que los que mantenía cuando se limitaba a depender de su familia de origen”.

Este cambio de énfasis desde la emancipación hacia la integración supone, a mi juicio, reorientar el debate desde la preocupación por el momento temporal de la emancipación juvenil hacia las condiciones de integración de los jóvenes en el mundo de los adultos. Así, por ejemplo, en España, al igual que en otros países europeos sobre todo del Sur de Europa, se discute muy a menudo sobre el retraso en la edad que los jóvenes abandonan la casa familiar y las repercusiones tanto sociales como políticas que ello supone. Bien es verdad que, según los datos de Eurostat, en países como España o Italia hay que esperar hasta los 30 y 31 años respectivamente para afirmar que el 50% de los varones ya no vive con sus padres; por el contrario, en Gran Bretaña, Alemania o Francia esta edad se adelanta a los 24 años. Sin embargo, el que los jóvenes se vayan antes o después del hogar familiar nos dice poco sobre sus dificultades para llevar adelante transiciones exitosas, sobre el carácter estratégico que para muchos jóvenes actuales tiene la permanencia en la casa familiar como forma de acumulación de capital social o sobre los problemas que en determinados colectivos sociales especialmente mujeres de baja cualificación implica un rápido abandono de ese hogar familiar. La nueva dinámica de la juventud en la modernidad tardía, con sus procesos transitorios y el incremento de la incertidumbre y los riesgos, exige reducir la centralidad de la emancipación, entendida como liberación de exigencias y obligaciones externas, sino queremos, como advierte López Blasco, correr el peligro de que muchos jóvenes, sobre todo los que están en situación más desventajosa, queden descolgados de las instituciones sociales que, de esta manera, tienden a liberarse de ellos. Lo importante, por tanto, será analizar cómo influyen en cada caso las condiciones estructurales en sus procesos de emancipación familiar, en las diferentes decisiones que adoptan y en el tipo de integración social que alcanzan.

En resumen, una de las formas de pensar la juventud es desde la perspectiva de la integración en el mundo de los adultos, de la adaptación a las exigencias de una organización social en la que el joven busca su lugar social, asumiendo una serie de responsabilidades personales y colectivas. A pesar de la creciente importancia que la condición juvenil tiene en el desarrollo biográfico de las personas y de que tendemos a pensar en el mundo juvenil y en el mundo adulto como dos momentos contrapuestos dentro del recorrido vital, no podemos olvidar que la presión por lograr una forma u otra de integración en el mundo de los adultos siempre está presente en las decisiones y comportamientos de las nuevas generaciones en los más diversos campos de su vida. Tanto en el mundo del trabajo como en el de las relaciones afectivas o en el de la política es posible rastrear esa tendencia a adaptarse a los imperativos del orden social para así integrarse en las mejores condiciones posibles, incorporándose como otro miembro más de la comunidad.

Pero la necesidad de integrarse en el mundo adulto no es más que una de las caras de la juventud, la otra es la conquista de la autonomía, de la capacidad y competencias necesarias para gestionar sus proyectos vitales. Las transformaciones iniciadas en los años 80 y profundizadas en las décadas posteriores han puesto de relieve la necesidad de manejar una visión más compleja de la juventud en la que estructura y agencia mantienen relaciones de influencia recíproca. Como de manera muy gráfica lo han expuesto Evans y Furlong (1997), las metáforas de los nichos, los senderos o las trayectorias utilizadas para designar los procesos de transición a los roles adultos dejan paso en los años 90 a la metáfora de la navegación. Con esta nueva metáfora se hace referencia a la necesidad que tienen hoy los individuos de valorar los riesgos y las oportunidades existentes para lograr negociar su propio camino en un mar lleno de incertidumbre. La relación entre factores estructurales y factores individuales se convierte, así, en la clave para entender cómo se desarrollan los trayectos biográficos de los jóvenes y su profunda diversidad.

La ruptura de la linealidad de las transiciones y su sustitución por recorridos inciertos, vulnerables y reversibles junto al alargamiento del periodo necesario para conseguir la integración

definitiva en el mundo adulto ha transformado la condición juvenil. En vez de hablar de un periodo transitorio, con unos objetivos claramente definidos, la juventud se convierte en una condición vital, en una etapa fundamental en el desarrollo biográfico de los individuos en la que se acumulan experiencias y se ensayan nuevos tipos de relaciones, nuevas estructuras valorativas y nuevos comportamientos, tanto en el ámbito personal como en el colectivo. Podemos afirmar que “más que una condición de moratoria, típica de los procesos de transición, ahora la juventud asume, de manera en cierto sentido paradójica, las características de un fenómeno que encuentra en sí mismo los presupuestos de su propio desarrollo y definición”.

Las nuevas condiciones en que los jóvenes viven sus vidas y sus procesos de transición han permitido establecer una distinción clave entre independencia (entendida en términos de situación material) y autonomía (entendida en términos de competencia y capacidad). Se trata de dos procesos diferentes que en los momentos actuales siguen lógicas también diferentes. El paso de la dependencia a la independencia económica que en momentos anteriores constituía el paso previo para la conquista de la autonomía individual, en la sociedad actual no supone un requisito para el desarrollo de un sujeto autónomo, capaz de tomar decisiones y de realizar las elecciones más convenientes para su futuro. Por el contrario, en el entorno incierto en el que se mueven hoy los jóvenes proliferan las situaciones de semi-independencia, en otros casos la independencia económica es algo transitorio y reversible debido a las continuas entradas y salidas del mercado de trabajo y, por último, también nos encontramos con bastantes jóvenes que, aun siendo dependientes económicamente de su familia de origen, han ido conquistando importantes niveles de autonomía y libertad individual en terrenos significativos de su vida como las relaciones afectivas, las pautas de consumo, los estilos de vida o los comportamientos colectivos, etc.

La construcción y conquista de la autonomía, entendida como capacidad de manejar los proyectos vitales, se convierte, pues, en el objetivo principal de este amplio periodo del curso vital. Así lo corroboran los propios jóvenes, los cuales, según diferentes investigaciones, consideran que llegar a ser adulto tiene que ver con la adquisición de la responsabilidad sobre las propias decisiones y no con haber finalizado las diferentes transiciones (laboral, residencial y familiar), excepto cuando se llegan a tener hijos. Pero lo que resulta fundamental de entender es que este proceso de conquista de la autonomía se realiza en la actualidad dentro del contexto de relaciones de dependencia en que los jóvenes desarrollan sus vidas y que, indudablemente, está condicionado por los factores estructurales que pueden convertir las oportunidades en riesgos y viceversa. La importancia que esta búsqueda de la autonomía tiene en la vida de los jóvenes convierte, además, a la juventud en un periodo de frecuente experimentación. El alargamiento del periodo de dependencia familiar, la relativa ausencia de responsabilidades y, sobre todo, la pluralidad de situaciones vitales que observan a su alrededor lleva a los jóvenes a ensayar y desarrollar nuevas formas de relaciones sociales, nuevos planteamientos y pautas de actuación en los más diversos campos de la vida como el consumo, el trabajo, la política o la vida familiar. Esta experimentación, en bastantes ocasiones, no se plasma en resultados significativos quedándose limitados a ser la característica distintiva de una minoría de jóvenes, pero en otras ocasiones constituye la semilla de importantes procesos de cambio que explican algunas de las profundas transformaciones de la vida social a las que estamos asistiendo en estos últimos años. Las nuevas formas de convivencia familiar, la aceptación activa de comportamientos como la homosexualidad, las distintas formas de consumo político o la utilización masiva de las TICs como instrumento de relación interpersonal son algunos ejemplos de fenómenos que empezaron siendo elementos distintivos de subculturas juveniles minoritarias -la mayoría de ellos transgresores en una u otra forma de las normas sociales mayoritarias- para posteriormente empezar a generalizarse en la sociedad, provocando una profunda reformulación de los sistemas de valores y las pautas de comportamiento predominantes en nuestras sociedades.

Integración y autonomía constituyen, pues, dos dimensiones imprescindibles para entender

la dinámica social de la juventud, tanto en general como en los diferentes campos en los que los jóvenes desarrollan sus vidas. El análisis de la relación dialéctica de ambos elementos en cada momento histórico, los factores que presionan a favor de la importancia relativa de uno u otro elemento y cómo se articulan entre sí en los diferentes contextos sociales, culturales y políticos proporciona una información fundamental para comprender cómo se es joven en cada circunstancia y el ritmo de cambio al que está sometida la condición juvenil.

Sobre las actitudes políticas de los jóvenes (españoles)

Como ha debido quedar claro, esta doble perspectiva de integración y autonomía también debe resultar de gran utilidad cuando se aborda el análisis de la vida política de los jóvenes. La tensión para integrarse en el mundo político de los adultos junto a la búsqueda de expresiones políticas novedosas, acordes con los contextos de experiencia y acción en los que los jóvenes viven, configuran un espacio multiforme en el que adquieren sentido las variadas relaciones que los diferentes grupos de jóvenes mantienen con el ámbito político.

Es, precisamente, en este espacio de persistencia y cambio en donde hay que situar las actitudes que los jóvenes expresan sobre la actividad política que se realiza de acuerdo a los procedimientos establecidos institucionalmente y sobre aquel otro tipo de actividad política que utiliza canales y formas no reguladas institucionalmente, pero que en las últimas décadas se ha convertido en una expresión “normalizada” de la presencia de los jóvenes en el ámbito de las decisiones públicas, así como de sus preferencias y demandas. Contrariamente a lo que a primera vista podría parecer, cuando se empiezan a analizar las evidencias disponibles se observa que las actitudes políticas juveniles no se rigen por un patrón único de rechazo y desinterés hacia la labor de las instituciones y de las autoridades y ni mucho menos puede hablarse de despolitización como un rasgo inequívoco de la juventud actual. La situación, sin duda, es bastante más compleja de lo que a veces se quiere hacer creer, a partir de un superficial examen de los resultados de los sondeos de opinión pública. Según bastantes especialistas estaríamos asistiendo a una disminución de la implicación política formal de la juventud que, sin embargo, se vería compensada por la expansión significativa de su presencia en otro tipo de actividades políticas no convencionales, pero más acordes con su forma de experimentar la vida colectiva, como los movimientos de protesta, la participación en organizaciones voluntarias, la utilización de Internet como instrumento de activación política, etc. Todo ello, no obsta, para admitir que las cuestiones políticas tienden a ocupar una posición secundaria dentro de las preocupaciones vitales de una mayoría de jóvenes, tal y como corresponde a esta etapa de la modernidad caracterizada por intensos procesos de individualización y por el declive de las principales instituciones de socialización.

La necesidad de no dejarse empujar por las apariencias y de reconocer la complejidad de la situación parece evidente, pero conviene corroborarlo acudiendo a los datos. El caso español es un buen exponente de esta complejidad y de la inutilidad de los diagnósticos simplificados a la hora de valorar la vida política de los jóvenes. Aunque soy consciente de que las opiniones políticas expresadas por los jóvenes en sondeos de opinión no son más que un pálido reflejo, simplificado, de su compleja vida política, y dejando claro que no es mi intención realizar un análisis en profundidad de las actitudes políticas de los jóvenes españoles, a continuación resaltaré algunos de sus rasgos más distintivos para comprobar empíricamente la afirmación anterior sobre la inexistencia de un patrón único o predominante de rechazo hacia lo político, tal y como nos quieren hacer ver muchos medios de comunicación y líderes de opinión.

Cualquier análisis, por somero que sea, que se haga sobre este tema debe tener en cuenta el contexto sociopolítico en el que estas actitudes adquieren sentido. Por una parte, estamos hablando de las primeras generaciones socializadas completamente en democracia. Se trata de jóvenes que empiezan a incorporarse a la vida política cuando el sistema democrático ha adquirido ya un grado de estabilidad considerable, el sistema de partidos se configura definitivamente en

torno a dos grandes partidos, uno de centro izquierda y otro de centro derecha, de manera similar a otros países europeos y cuando el Estado de bienestar, construido durante la década de los 80, comienza a dar resultados evidentes (protección social, universalización de la educación y de la sanidad). Pero, por otro lado, esta generación juvenil se ha socializado en una cultura política con unos niveles de desafección institucional muy considerables y donde los comportamientos participativos no tienen incentivos suficientes para romper la tradición de pasividad y anti politicismo heredada de la dictadura. Además, la vida política española en los últimos diez años ha pasado por momentos complicados debido a los escándalos de corrupción de mediados de los 90, las tensiones territoriales o el alto grado de enfrentamiento político de los últimos años del gobierno del PP y los actuales del gobierno socialista.

Junto a estas circunstancias específicamente derivadas de la historia y la política española, no se puede olvidar la enorme importancia del espacio de significaciones culturales en el que se mueve la vida política de los jóvenes en las democracias occidentales. Porque si algo caracteriza al caso español es su rápida incorporación a las tendencias ideológicas y culturales predominantes en el occidente europeo. Cuando se comparan los datos, tanto de los jóvenes como de los adultos españoles, con los procedentes de otros países de su entorno aparecen, como es lógico, algunos rasgos específicos en aspectos determinados pero las semejanzas son mucho mayores (Bonet, Martín y Montero 2006). Los jóvenes españoles pueden mostrar menos interés por determinados temas que la mayoría de europeos o pueden manifestar actitudes más reformistas ante el orden social existente, pero, en general, puede decirse que viven sus vidas políticas desde coordenadas muy parecidas al del resto de jóvenes de los otros países europeos.

De manera muy resumida, se pueden resaltar cuatro rasgos básicos en las actitudes políticas de los jóvenes españoles, de acuerdo con los datos procedentes de diferentes sondeos del Instituto de la Juventud y del Centro de Investigaciones Sociológicas. Para comprobar las semejanzas y diferencias con el entorno europeo se utilizarán datos de la investigación comparativa internacional EUYOUNG (Political Participation of Young People in Europe - Development of Indicators for Comparative Research in the European Union) en la que se han recopilado datos de ocho mil jóvenes de 15 a 24 años pertenecientes a ocho países de la Unión Europea, entre los que no estaba España.

El primero de estos rasgos es la centralidad y legitimidad que posee la democracia en los universos políticos de los jóvenes. A pesar de las deficiencias en el funcionamiento del sistema político que se han puesto de manifiesto en estos años y de los problemas que han ido apareciendo -y a los que antes me refería- la democracia como forma de gobierno goza de un elevado grado de legitimidad entre los jóvenes: 8 de cada 10 jóvenes entre 15 y 29 años consideran que es preferible a cualquier otra forma de gobierno, solo un 5% admite soluciones autoritarias (se mantiene constante en todos los grupos de edad) y el 11% manifiesta su indiferencia. Lo más interesante es la escasa importancia que las soluciones autoritarias tienen no solo entre los jóvenes actuales sino también entre las anteriores generaciones. Desde principios de los 90 la distribución de las opiniones no presenta variaciones significativas, manteniéndose una distribución muy similar a la que aparece en la población adulta. Además, según varias investigaciones realizadas, la legitimidad de la democracia no está asociada ni a la posición social del entrevistado ni tampoco a la satisfacción con el funcionamiento de la democracia. Este último resultado es especialmente significativo porque una de las preocupaciones habituales entre los especialistas cuando se estudian los regímenes salidos de procesos de transición es la posible deslegitimación del sistema democrático como consecuencia de un incremento del descontento social. A estos datos podemos unir los de otros indicadores referidos a la legitimidad con que cuentan otros componentes del sistema democrático como los partidos políticos, la importancia que se concede al Parlamento o la consideración del voto como un deber cívico. En todos los casos, esta opinión favorable no impide que se realice una fuerte crítica a su funcionamiento. Precisamente la distancia que separa ambos planos es una de

las características de la cultura política española y que se puede explicar, en parte, por las raíces culturales en la que se sustenta la democracia en España.

La principal inquietud puede venir, sin embargo, por la indiferencia que determinados grupos de jóvenes, especialmente los menores de edad, muestran respecto a la democracia, que además se repite en muchos otros indicadores. Así, 3 de cada 10 menores de edad se muestran indiferentes o no contestan respecto a la forma de gobierno preferida. Es verdad que estamos ante un evidente efecto del ciclo vital, que convierte al grupo de 15 a 17 en el sector juvenil más desvinculado de lo que pasa en la esfera pública (este porcentaje se reduce al 18% entre los de 21 a 24 y al 10% entre los de 25 a 29). A primera vista, parece que la mayoría de edad sigue manteniendo su carácter de rito de paso que activa aquellos mecanismos que hacen posible la politización. Sin embargo, deberíamos reflexionar más sobre este tema por la repercusión que puede tener en temas como el aprendizaje cívico o las estrategias de socialización. Conforme la juventud se extiende, la entrada se retrasa y, en consecuencia, los menores de edad son progresivamente desplazados hacia una posición más cercana a la subordinación de la infancia que a la de transición que define a la juventud.

El segundo rasgo a destacar es la importancia de la desafección política entre la juventud española. Cuando hablo de desafección me refiero al predominio de una actitud de distanciamiento cognitivo y afectivo respecto a todo aquello que se califica explícitamente como político o que los jóvenes le atribuyen ese significado. Esta actitud se expresa a través de múltiples síntomas, entre los que se encuentra el desinterés, la ineficacia y la impotencia. Pues bien, los jóvenes españoles manifiestan estos síntomas de desafección política en grado elevado y bastante por encima de la media europea.

Por ejemplo, si nos centramos en el indicador más habitual, el interés político, las nuevas generaciones españolas se distinguen por el escaso interés que manifiestan hacia las cuestiones políticas. Solo el 22% dice estar muy o bastante interesado por estos temas mientras que la media de los países participantes en EUYOUNG se sitúa en el 37% e incluso países como Gran Bretaña, donde los indicadores de politización juvenil son sorprendentemente reducidos, el porcentaje de interesados llega al 30%.

Estas bajas tasas de interés político parecen tener, como era de esperar, algo que ver con el ciclo vital, sin embargo, la mejoría entre los grupos de más edad tampoco es espectacular porque entre los jóvenes de 21 a 24 el interés se sitúa en el 28%. La explicación, sin embargo, rebasa el ciclo vital porque según los datos de una reciente encuesta del CIS a la población mayor de 18 años, sólo el 32% dice estar muy o bastante interesado en la política. Es evidente, por tanto, que la política -por lo menos tal y como se define socialmente- no implica personalmente a una buena parte de los jóvenes, tal y como se deduce del hecho de que sólo una pequeña minoría trate de persuadir o convencer habitualmente a su círculo más inmediato. La comparación con Italia y Francia es muy significativa. Si más de la mitad de los jóvenes italianos y el 36% de los franceses tratan de convencer políticamente a sus amigos o familia, menos de un tercio de los españoles dice hacerlo frecuentemente o a veces, frente a un 47% que no lo hace nunca. La posición secundaria de las cuestiones políticas en la vida de la mayoría de los jóvenes españoles parece bastante evidente.

Esta falta de interés parece tener bastante que ver con la escasa receptividad que los jóvenes perciben en las instituciones políticas y en los políticos. Tanto las instituciones como sus responsables, en opinión de muchos jóvenes, no responden de manera eficaz a las necesidades y demandas de los ciudadanos en general y de ellos en particular: alrededor de un 30% dice que “ningún partido defiende los intereses de los jóvenes”. Nuevamente las diferencias con el resto de la población no son significativas.

Un porcentaje similar de jóvenes y adultos cree que a los políticos no les preocupa lo que piensa la mayoría de la gente, lo que demuestra que la ineficacia política externa está relacionada

con una diversidad de factores como la herencia de la dictadura, el tipo de vida política que se configura tras la transición y la práctica democrática desarrollada durante estos años. En cambio, cuando analizamos la eficacia política interna, aquella relacionada con la competencia y capacidad política que el individuo se atribuye a sí mismo, si se observan diferencias, pero en este caso a favor de las nuevas generaciones. Este es uno de los pocos indicadores actitudinales en los que los jóvenes muestran mayor politización que los adultos. Este resultado confirma además una evidencia que venía repitiéndose en los últimos años y es que conforme la cultura democrática va asentándose y desarrollándose los ciudadanos valoran más su capacidad como actores políticos, especialmente entre las nuevas generaciones.

El tercer rasgo a mencionar tiene que ver con la participación y las transformaciones que se observan en el repertorio de actividad política de los jóvenes. Tradicionalmente, uno de los rasgos más distintivos del caso español respecto a los otros países europeos era la escasa implicación política de los españoles que se traducía en un grado muy reducido de participación en actividades políticas. La visión limitada de la participación en la cultura política española y los pocos espacios que la estructura institucional deja para la participación de los ciudadanos han explicado hasta ahora el escaso activismo político en la sociedad española (Morán 1997). Sin embargo, en los últimos años se viene observando un crecimiento espectacular de lo que tradicionalmente hemos denominado participación no convencional y, sobre todo, de aquellas actividades que llevan incorporado un componente de protesta, hasta el punto de que según los datos de la Encuesta Social Europea (2002-2003) los españoles son -después de los luxemburgueses- los europeos que más participan en manifestaciones (Ferrer 2005).

Pues bien, esta transformación se hace especialmente significativa entre las nuevas generaciones. Si se comparan los datos obtenidos en el Estudio de Juventud del 2004 con los resultados obtenidos en la Encuesta Social Europea, los jóvenes entre 15 y 29 años realizan más actividades políticas de protesta que el conjunto de la población y sólo son superados cuando se trata de actividades convencionales como contactar con un político. Pero donde se observa la magnitud de este tipo de activismo político es cuando se compara con otros casos, como el italiano o el francés, que suelen puntuar más alto en prácticamente todos los indicadores de politización. Los datos del cuadro 3 hablan por sí solos: más de la mitad de los jóvenes españoles dicen haber participado en manifestaciones y casi un 40% haber firmado una petición, mientras que menos de un 10% reconocer haber contactado alguna vez con un político. Los jóvenes italianos, por su parte, muestran un mayor equilibrio en su repertorio de actividad política. Las actividades de protesta y las más convencionales como participar en mítines aparecen bastante similares. En cuanto a los franceses, contrariamente a lo que podría pensarse, muestran un grado de activismo político más reducido.

Este nuevo tipo de activismo que ha irrumpido en la vida política española plantea, sin embargo, muchas interrogantes que la investigación tendrá que ir desvelando. En este sentido es fundamental profundizar en las motivaciones que llevan a gran parte de los jóvenes a preferir este tipo de participación a otros que hasta ahora habían gozado de mayor aceptación social. En este sentido habrá que evaluar en qué medida las actividades de protesta, como las que han proliferado últimamente, constituyen un instrumento expresivo que utilizan los jóvenes para mostrar su implicación en los asuntos de la comunidad en la que viven, al tiempo que se construyen como ciudadanos. No hay que olvidar que, como recuerda a menudo Salvador Giner, las frecuentes protestas ciudadanas contra decisiones gubernamentales, que llegan a ser altamente movilizadoras, no están compuestas por ciudadanos activos en sentido estricto.

El cuarto rasgo que quiero destacar es el predominio de una concepción de la ciudadanía bastante despolitizada, en la que los significados más explícitamente políticos son sustituidos por una concepción difusa de la solidaridad y el respeto a las normas como base de la vida cívica. Una investigación cualitativa que llevé a cabo a principios de esta década con jóvenes entre 16 y 18 años ya apuntaba claramente en esta dirección, los datos cuantitativos de encuesta sirven

para corroborarlo. Cuando se les pidió, en el sondeo del INJUVE que venimos utilizando, a los jóvenes de 15 a 29 años que valoraran la importancia de distintas conductas “para ser un buen ciudadano”, una gran mayoría valoró por encima del resto aquellas conductas que proponían ser solidarios con la gente del propio país y del resto del mundo, seguidas de aquellas que proponían cumplir las normas establecidas (no evadir impuestos y obedecer las leyes). Entre un tipo y otro de conductas se intercalaba la importancia de “tratar de entender a la gente”, una actitud que según confirman análisis posteriores tiene tanto un componente relacionado con la solidaridad como con la dimensión política como base de la convivencia democrática. En un segundo plano se sitúan las obligaciones de contenido político más explícito y entre ellas el voto se considera más importante que la participación en asociaciones.

Si se profundiza un poco más en estos datos y se les compara con los del conjunto de la población española, aparecen diferencias importantes, ya que los adultos en general conceden más importancia al cumplimiento de las normas que a las conductas solidarias, al tiempo que también conceden más importancia a las obligaciones políticas, sobre todo el voto. Aunque no se dispone de suficiente información para saber si estamos ante un verdadero cambio generacional, el hecho cierto es que hoy por hoy jóvenes y adultos parecen partir de premisas diferentes cuando se plantean la naturaleza de la vida cívica: los adultos desde el orden social y los jóvenes desde la solidaridad. Entre las nuevas generaciones las obligaciones políticas como campo privilegiado de expresión de la condición de ciudadano han dejado paso a la obligación de reforzar los lazos de solidaridad con los otros miembros de la comunidad. A fuera de simplificar en demasía, podría decirse que, si antes ser ciudadano implicaba respetar el orden y participar políticamente ahora, para los jóvenes, ser ciudadano implica ante todo ser solidario con los otros.

Los complejos universos políticos de los jóvenes

La pregunta inmediata que surge es: ¿estos resultados corroboran nuestra argumentación inicial sobre lo inadecuado de los diagnósticos negativistas, resaltando, por el contrario, la complejidad de la vida política juvenil? La respuesta parece que tiene que ser positiva si atendemos al hecho de que cada uno de los rasgos seleccionados apunta en una dirección opuesta, lo que, cuando menos, confirma la necesidad de abandonar la visión tradicional sobre unos jóvenes mayoritariamente desinteresados de lo que pasa a su alrededor, como si todo lo que rebasara el estrecho margen de sus intereses inmediatos individuales lo consideraran fuera de su incumbencia. Como demuestran los datos españoles y los de otros países europeos, a los jóvenes les preocupan muchas cuestiones de índole colectiva que constituyen el sustrato de la discusión pública. No obstante, esta postura es también compatible con el hecho de que exista un alto grado de rechazo, en ocasiones, y en otras de escepticismo respecto a los discursos e instrumentos de la política al uso, esto es la política más institucionalizada, que es la que concentra la atención de los medios de comunicación y los sondeos de opinión. Según donde pongamos el énfasis, construiremos una visión u otra de la vida política de los jóvenes: se puede insistir en las evidencias de apatía y desinterés juvenil por la actividad política, corroborando así la tesis de la creciente despolitización de los jóvenes y los pronósticos pesimistas sobre su falta de compromiso colectivo; también es posible resaltar la semejanza de las posiciones escépticas de los jóvenes con las de los adultos, ofreciendo en ese caso una visión más normalizada de la juventud actual; o, por el contrario, se pueden subrayar los indicios de que los jóvenes viven la política y lo político de una forma diferente a la de los adultos, prestando atención a nuevos temas y utilizando nuevos instrumentos y canales para expresar sus intereses y preocupaciones.

Sea cual sea la posición discursiva a la que nos apuntemos siempre aparece en el fondo el debate entre aquellos que creen que los jóvenes con sus estilos de vida y sus actitudes ante el mundo que les rodea estarían convirtiéndose en una generación despreocupada, desenganchada de lo colectivo y los que, por el contrario, creen que los jóvenes poseen un tipo de politización diferente, alternativa a la de generaciones anteriores. Un debate que amenaza con convertirse en

uno de esos enfrentamientos estériles a los que estamos acostumbrados en las ciencias sociales. Muchos son los aspectos que se discuten: cuestiones metodológicas sobre la forma de recoger los datos de la polémica, planteamientos opuestos sobre el funcionamiento de nuestro sistema democrático o valoraciones dispares de las actitudes y comportamientos de los jóvenes. Sin embargo, es muy difícil decantarse por completo por alguna de las posiciones, porque cada una de ellas refleja una parte de la compleja realidad juvenil. En todas las dimensiones que podamos analizar, encontramos evidencias en uno y otro sentido, reflejo, en buena medida, de esas tendencias hacia la integración y la autonomía a las que antes me refería y que aparecen entrelazadas en la vida política de los jóvenes.

Esta estrategia analítica de contraponer unas visiones a otras o la también muy habitual de construir tipologías de jóvenes según la forma predominante en que se enfrenten a los temas políticos no conduce a ningún sitio, porque en el primer caso se olvida la complejidad de las evidencias empíricas (como hemos comprobado en el caso español) que impide un diagnóstico claro en un sentido u otro y en el segundo caso se extreman de tal manera las diferencias entre unos tipos de jóvenes y otros, olvidando las tendencias culturales homogeneizadoras que atraviesan la condición juvenil en las sociedades contemporáneas.



Desde mi punto de vista, resulta más fructífero pensar en estas posiciones como distintas culturas políticas en las que las nuevas generaciones de las democracias europeas están insertas (la de la apatía y el cinismo político, la del escepticismo democrático y la de la redefinición de la política). Unas culturas políticas que, a pesar de que remiten a estructuras significativas en ocasiones contrapuestas, coexisten en los contextos de experiencia y actividad de los ciudadanos. Y son los propios ciudadanos, en este caso los jóvenes, los que combinan sus significaciones y los usan para comprender los acontecimientos y actuar en la esfera pública. Mientras en la sociedad moderna la incorporación de los jóvenes a la sociedad seguía unas pautas institucionales bien establecidas y como consecuencia sus identidades reproducían los cleavages de la sociedad política adulta, en

esta segunda modernidad, donde las transiciones han perdido las certezas anteriores, la situación es bien distinta. Las identidades políticas de los jóvenes se caracterizan por su carácter híbrido e inestable en el que mezclan referencias a diferentes mundos políticos, incluso entre aquellos que poseen identidades más definidas. De esta manera, es habitual encontrarse entre los jóvenes activistas un discurso de negación del carácter político de su actividad, entre los jóvenes militantes en partidos políticos una crítica intensa a la actividad institucional de los adultos o una reivindicación de la competencia cívica juvenil entre jóvenes apáticos y desinteresados por las cuestiones colectivas.

Para entender bien esta idea de unos universos políticos en los que se entremezclan los significados, los símbolos, los discursos de diferentes culturas políticas hay que abandonar la concepción mentalista de creencias privadas y valores internalizados que explican las opiniones y comportamientos de los individuos. Por el contrario, hay que tener en cuenta, como sostienen que “la cultura estructura la forma en que los actores crean sus estrategias, perciben su campo de acción y definen sus identidades y solidaridades”. En vez de seguir hablando exclusivamente de valores, actitudes y opiniones hay que referirse a representaciones compartidas sobre la sociedad política, códigos culturales que organizan los discursos públicos, vocabularios políticos, narrativas, así como a las prácticas cotidianas de los actores en el mundo de lo colectivo.

Pero la acción de las culturas políticas no se produce en un vacío social, sino que se inscribe en lugares y momentos concretos, en escenarios sociales y políticos que les dan forma y las singularizan. De ahí que cuando hablemos de las culturas políticas de los jóvenes no se pueda dejar de pensar en la influencia que las condiciones vitales de los jóvenes, su búsqueda de integración y autonomía tiene sobre la forma en que definen, se oponen y redefinen lo que conciben como político.

En suma, los jóvenes desarrollan sus experiencias, forman sus opiniones y realizan diferentes tipos de acciones alrededor de estos diversos conjuntos de significados políticos, apropiándose de ellos en función de sus circunstancias vitales. No hay que olvidar que los jóvenes suelen vivir en varios mundos a la vez, con lógicas diferentes, y que combinan estas lógicas manera singular para formar sus universos políticos, a partir de los cuales explican, argumentan y justifican su relación con lo político. En vez de seguir discutiendo sobre si la juventud actual está desenganchada, si es escéptica o, por el contrario, es alternativa habría que empezar a pensar en que la mayoría de los jóvenes son las tres cosas a la vez.

Juventud: Presente y Futuro

Luis H. Álvarez¹

Ninguna edad es, como la de ustedes, buena para los grandes ideales, para la actitud generosa, para aceptar las exigencias del pensamiento claro y de la acción decidida. Ninguna edad es, como la de ustedes, propia para regenerar en uno mismo el mundo y la Patria que les han sido dados y, a partir de esta regeneración de la conciencia personal, consagrarse a la transformación de la sociedad, de la familia, del Estado y aún de la vida internacional. Yo estoy seguro, jóvenes panistas, que ustedes comprenden perfectamente bien esta vocación y que están dispuestos, con vigor, sinceridad y alegría, a conquistar un futuro distinto para la Patria y para el mundo.



Acción Nacional, estimados amigos, nació de un ímpetu de juventud, de un anhelo juvenil que germinó precisamente en almas de jóvenes que compartían los ideales de millones de mexicanos que deseaban oír y encontrar la verdad de México, que a partir de esa verdad querían edificar una patria justa, libre, humana, democrática. Fueron un joven rector de universidad -Gómez Morin- y un puñado de jóvenes universitarios los que estuvieron en el núcleo fundador del partido. Y fue esta frescura vital, esta energía nueva, esta limpieza y esa entrega las que hicieron germinar en el campo arrasado de la patria la semilla de deseos ideales, de esos anhelos, de esas esperanzas.

¹ Luis H. Álvarez. Memoria y Esperanza: discursos 1987-1988. México: Editorial EPESSA. 1988. 320 págs.

Y, hoy como ayer, la hora de Acción Nacional y la hora del pueblo de México son una y la misma hora. Aquí, el único que tiene el reloj a destiempo, el único que no es capaz de asumir su tiempo es el régimen arcaico y envejecido que, como un neurótico anciano, comete los mismos errores e imagina que va a salir de esos repitiendo las mismas acciones, reiterando el viejo discurso y exhibiendo los mismos rostros ajados por la corrupción, el fraude y la mentira. Y hoy como ayer, se vuelve a dar la mezquina alianza de intereses entre la nueva burguesía y la vieja nobleza -los ricos y los tecnócratas burocráticos- que sólo puede engendrar en su impotencia al absolutismo apolillado y decadente. Es lamentable para México esta exhibición de ancianos del alma disfrazados de muchachos, incapaces de la juvenil modernidad que fue la de Gómez Morín y que es la de ustedes y la de todos los jóvenes de México.



Frente a ustedes, que encarnan la esperanza, el régimen avejentado sólo puede proponer recuerdos ajenos. Frente a ustedes, que hablan con hechos, aquél sólo ofrece fantasías de tercer rango, ajenas a toda realidad y a toda sensatez. Frente a ustedes, que son juventud, sólo hay un discurso senil y primitivo que se desmorona al mejor contacto con la verdad del pueblo y de la Nación.

El partido, jóvenes amigos, les necesita. Además, les agradece su aportación constante y lúcida. Les agradece su presencia aquí y en todas las batallas por el nombre, la historia, la cultura, la vida y el honor de México.

Yamith José Fandiño Parra¹

El concepto de juventud corresponde a una construcción social, histórica, cultural y relacional, que a través de las diferentes épocas ha adquirido significados y restricciones diferentes porque “la juventud y la vejez no están dadas, sino que se construyen socialmente en la lucha entre jóvenes y viejos”. Según León, con la publicación en 1904 de un tratado sobre la adolescencia, el psicólogo Stanley Hall constituye a la adolescencia y la juventud como campos de estudio dentro de la psicología evolutiva, definiéndolas como edades tormentosas con innumerables tensiones en las que el joven adquiere los caracteres humanos más elevados.

Lozano sostiene que la búsqueda de una definición de lo juvenil no es simple porque éste es uno desde el punto de vista de la biología y es otro si se habla de una cualidad social o fenomenológica. Así, mientras algunos ven a los jóvenes como aquellos que no pueden seguir siendo considerados niños pero que todavía no son adultos, otros los definen como aquellos que se revelan y/o luchan por el poder de los mayores. Por su parte, Soto afirma que la adolescencia y la juventud se han interpretado desde diversas perspectivas que han aportado un conjunto de conocimientos acerca de estas edades. El psicoanálisis, por ejemplo, plantea a la adolescencia como una fase de cambio que implica lo que se ha llamado el “segundo nacimiento”. La sociología y la antropología, en cambio, afirman que la juventud es una construcción histórico-social, producto del conjunto de relaciones instituidas en una sociedad determinada. Más concretamente, Duarte habla de cuatro sentidos o significados de juventud: la juventud como etapa de la vida, la juventud como grupo social, la juventud como conjunto de actitudes ante la vida y la juventud como la generación futura.

Ante esta pluralidad de posiciones, Pérez ofrece unos criterios comunes en la literatura sobre juventud. Así, entre otras cosas, la juventud: es un concepto relacional que adquiere sentido en la interacción con categorías como las de género, etnias y clase social; es históricamente construida puesto que los contextos social, económico y político configuran características concretas sobre el vivir y percibir lo joven; es situacional ya que responde a contextos concretos bien definidos; está constituida tanto por “hétero-representaciones” elaboradas por agentes o instituciones sociales externos a los jóvenes como por autopercepciones de los mismos jóvenes; se construye en relaciones de poder definidas por condiciones de dominación, centralidad o periferia, en las que se dan procesos complejos de complementariedad, rechazo, superposición o negación, y se produce tanto en lo cotidiano en ámbitos íntimos como los barrios, la escuela y el trabajo como en lo “imaginado” en comunidades de referencia como la música, los estilos y la internet.



1 Revista Iberoamericana de educación superior. Vol. II No. 4, mayo del 2011. Págs. 1-9

En consecuencia, entender la juventud exige aproximarse a enfoques y criterios diferentes pero complementarios. Margulis y Urresti afirman que la condición de juventud muestra una forma específica de estar en la vida –potencialidades, ambiciones, requerimientos, singularidades éticas y estéticas, lenguajes– resultante de una *episteme* concreta: una sensibilidad, una experiencia histórica y unos recuerdos específicos que expresan una decodificación diferente de la actualidad y resultan en un modo heterogéneo de ser contemporáneo. Para enriquecer esta aproximación, se hará a continuación un recorrido por enfoques, variables y representaciones empleados para comprender el concepto de juventud.

Citando a Kon, Domínguez sostiene que por ser periodos claves en el proceso de socialización del individuo, la adolescencia y la juventud se pueden ver desde tres enfoques: biogenético, sociogenético y psicogenético. El enfoque biogenético considera la maduración de los procesos biológicos como base del análisis de los procesos del desarrollo experimentados en la adolescencia y la juventud. Por su parte, el enfoque sociogenético caracteriza estas etapas en función de las regularidades que adopta el proceso de socialización del individuo. Finalmente, el enfoque psicogenético centra su atención en las funciones y los procesos psíquicos que caracterizan cada etapa, ya sea como desarrollo afectivo (teorías psicodinámicas), desarrollo cognitivo (teorías cognitivistas) o desarrollo de la personalidad (teorías personológicas). Para Domínguez, cada uno de los enfoques permite entender cómo el joven estructura a través de planes, objetivos, metas y estrategias, su proyecto de vida.

Los enfoques que explica Domínguez se pueden enriquecer al estudiar cuatro variables que, según Lozano, determinan la realidad de la juventud: *el género* (categoría que distingue las expectativas, las formas de ser y los mandatos sociales asignados a hombres y mujeres), *la escolaridad* (categoría que marca diferencias en el grado de exclusión o integración a determinados ámbitos de la sociedad y la cultura), *el estatus socioeconómico* (categoría que determina no sólo el acceso material a los recursos sino sobretudo la negación, reproducción o reconciliación de ciertas imágenes y expectativas del mundo) y *la región de pertenencia* (categoría que marca la experiencia de la juventud al pertenecer a zonas urbanas, rurales, costeras, etcétera). Similarmente, Margulis y Urresti hablan de otras variables o cuestiones que se deben considerar al hablar del joven. Entre ellas, vale la pena destacar:

la moratoria social: concepto que consiste en el postergar la edad de matrimonio y procreación, y prolongar el tiempo para el estudio y la capacitación;

la generación: término que da cuenta del momento social en el que una cohorte se incorpora a la sociedad asumiendo los códigos y configuraciones culturales, políticas y artísticas imperantes en una época;

el plano corporal: concepción del cuerpo, sus posturas y gestos, su forma y tamaño y su indumentaria, que lo convierte en portador de sentido y mediador de determinaciones y expectativas socioculturales;

la estética y el consumo de signos juveniles: articulación de códigos culturales en la que confluye el avance de la cultura de la imagen y el encumbramiento de lo juvenil, a través de lenguajes hegemónicos impuestos por la sociedad del consumo;

la construcción imaginaria del “joven oficial”: complejo de metamensajes verbales y visuales que prescriben criterios normativos sobre qué es deseable y qué recibe prestigio a través de los ídolos del *star-system* y el llamado éxito empresarial, deportivo o musical, y

las tribus urbanas: nuevas formas de sociabilidad que se oponen a la imagen del joven oficial y que se presentan como una reacción a la progresiva juvenilización de sectores desvinculados de la conflictividad social, la pobreza, el desempleo y la exclusión.

Ahora bien, hablar del joven implica también acercarse al concepto de juventud como una construcción sociocultural que se ha resignificado través de los tiempos. Lozano, por ejemplo, describe cuatro tendencias que han marcado las representaciones de lo juvenil: la juventud sin valor, la juventud como carga, la juventud como ideal y la juventud como homogeneidad.

A través de un acercamiento histórico similar, Feixa sostiene que es posible ver la juventud como una sucesión de diez diferentes generaciones que han irrumpido en la escena pública para ser protagonistas en la reforma, la revolución, la guerra, la paz, el rock, el amor, las drogas, la globalización o la antiglobalización: generación A, generación B, generación K, generación S, generación E, generación R, generación H, generación P, generación T y generación R.

En este recuento histórico sobre lo juvenil, es ineludible hablar de la repercusión de las TIC en la manera de ser, hacer, sentir y expresar de los jóvenes de hoy; un impacto tal que a los jóvenes de hoy se les conoce como “nativos digitales”.

La forma de vida de la mayoría de los jóvenes de hoy está ligada a los diferentes espacios y recursos que las nuevas tecnologías permiten y la red se ha vuelto algo rutinario en su vida a través de nuevas formas de socialización y expresión. Al respecto, Seal-Wanner afirma que las nuevas tecnologías no sólo les pueden enseñar a los jóvenes a ser adultos pro-activos, autosuficientes, creativos y productivos, sino que les facilita algo que en otros contextos no tienen: control. En el ciberespacio, ellos controlan qué hacer, cómo hacerlo, cuándo y con quién hacerlo. Incluso, pueden controlar el empleo de ciertas herramientas para satisfacer ciertos intereses psicológicos, socio-emocionales e intelectuales: el espacio personal, la libre expresión, la necesidad por compañía, la interconectividad, la necesidad de tomar riesgos, etcétera.

Sobre los nativos digitales, Feixa afirma que mientras su espacio se globaliza gracias a los medios masivos de comunicación, su tiempo se virtualiza al poder vivir en un continuo de micro-relatos y microculturas. Como consecuencia de la globalización de su espacio y la virtualización de su tiempo, el joven de hoy vive lo que Feixa, retomando a Maffesoli, llama *nomadismo*; un fenómeno que consiste en experimentar la errancia del destino incierto al poder migrar por diversos ecosistemas materiales y sociales. Esta migración se caracteriza, entre otras cosas, por poder mudar los roles sin cambiar necesariamente el estatus; por ejemplo, hacerse adulto y volver a la juventud cuando el trabajo se acaba y disfrazarse de joven cuando ya se está casado y se gana tanto como un adulto.

Con base en los enfoques, las variables y las representaciones de Domínguez, Margulis, Urresti, Lozano y Feixa, es posible afirmar que sin importar de dónde se mira la juventud (desde la psicología, la sociología, la educación, la legalidad, etcétera), o cómo o cuándo se estudia (enfoque sociogenético, juventud como ideal, generación red, etcétera), es necesario tener en cuenta los factores y variables que influyen en lo que significa ser joven (el género, la escolaridad, la generación, la construcción imaginaria del “joven oficial”, etcétera) en medio de las problemáticas y los retos que los rodean hoy. Es decir, entender la condición de joven conlleva no sólo poder y saber caracterizarlos, sino asumirlos como sujetos históricos y actores sociales enfrentados a incertidumbres que determinan y configuran no sólo las cuestiones que los influyen sino las singularidades que los caracterizan. A continuación, se hará una breve discusión de algunos de los problemas y desafíos que vive la juventud hoy.

Con base en un estudio iberoamericano descriptivo-comparativo, Casullo afirman que las problemáticas de la juventud hacen referencia a toda situación que vulnera su autoestima o que obstaculiza su satisfacción de normas y expectativas sociales. Para estas autoras, tales problemáticas suponen valoraciones negativas de sucesos o situaciones particulares que impactan tanto el ego como las relaciones con otros sujetos, objetos y eventos. Desde esta perspectiva, establecieron ocho tipos de problemas: *personales* (enfermedades, imagen corporal, alcoholismo, depresión, crisis de fe, etcétera), pérdidas con significación afectiva (muerte de seres queridos,

cambios de lugar de residencia, desempleo, peleas con amigos, etcétera), *familiares* (separación o divorcio de los padres, discusiones con hermanos o tíos, abandono, negligencia, etcétera), *legales/violencia* (accidentes, intervención policial, asaltos, robos, abusos, actividades delictivas, entre otros), *sexuales* (violaciones, embarazos no deseados, conflicto con la identidad sexual, enfermedades sexuales, etcétera), *educativos* (dificultades de aprendizaje, pérdida de exámenes, confusión vocacional, fracaso escolar, discriminación, entre otros), *paternos/maternos* (vicios de los padres, castigos físicos por parte de los padres, padecimientos de los padres, nueva pareja de los padres, etcétera) y *otros* (relaciones de romance, relaciones de amistad, vínculos con pares, etcétera).

Sobre problemáticas de los jóvenes latinoamericanos, Rodríguez afirma que la juventud es el eje central de los dos principales problemas de la región —el desempleo y la inseguridad ciudadana— y, por si fuera poco, son también un factor de gran relevancia en el tercer gran problema de la región: la fragilidad democrática. Rodríguez también destaca la existencia de problemas como la exclusión social, el aislamiento social, el hueco normativo y la presencia de subculturas marginales y violentas. Por otra parte, Rodríguez asegura que, ante estas problemáticas, las sociedades latinoamericanas muestran una marcada ambivalencia porque miran a sus jóvenes como una “esperanza bajo sospecha”, un grupo del que se espera mucho, pero a la vez se desconfía de sus posibles y temidos “desbordes” juveniles.

Muñoz afirma que los jóvenes entre 14 y 26 años representan el 21% del total de la población colombiana. Desafortunadamente, muchos de ellos están marginados de la ciencia y la tecnología, de las posibilidades de trabajo, la participación política, la recreación y las posibilidades de expresión. Esta situación es caldo de cultivo para el ingreso y la participación en diversos circuitos de ilegalidad: delincuencia común, guerrilla, paramilitares, redes del narcotráfico y contrabando, prostitución, etcétera. Ante estas problemáticas, sostiene Muñoz, el Estado colombiano, como muchos otros en Latinoamérica, ha tomado acciones que han ido desde la elaboración de documentos y leyes hasta la creación de viceministerios y consejerías. Sin embargo, a pesar de los recursos y esfuerzos, los asuntos de juventud no han logrado generar los resultados previstos porque, entre otras cosas, las políticas de juventud no han tenido un norte, ni metas productivas, ni un fundamento investigativo. Para Muñoz, el panorama muestra dos grandes tendencias: o bien los asuntos de juventud han dejado de estar en la atención pública como efecto de la crisis económica, política y criminal que hace de ciertas situaciones “asuntos no-prioritarios” o bien las políticas que se trazan se desdibujan, pierden vigencia y no trascienden en las agendas públicas.

En cuanto a retos, Donas afirma que los jóvenes latinoamericanos tienen grandes desafíos en seis diferentes áreas, entre las cuales existen innumerables vínculos y componentes. Sostiene, además, que los jóvenes parecen entender que sus problemas específicos no podrán ser solucionados si los problemas generales de nuestros países no son corregidos antes o conjuntamente. Igualmente, Donas explica que los jóvenes manifiestan pesimismo sobre la posibilidad de que esos cambios ocurran en el corto plazo, en particular por su desencanto con los gobiernos y los políticos.

Hasta el momento, se ha hablado de las problemáticas y los desafíos que tienen los jóvenes, pero vale la pena discutir dos crisis sociales que afectan las oportunidades y las circunstancias de la juventud hoy: la crisis de la familia y la crisis del adulto. Moreno afirma que muchas de las perturbaciones en el manejo de las normas y las conductas constituyen una modalidad de expresión de los contextos familiares en crisis. Crisis que directa o indirectamente hace que el joven tenga que enfrentar la falta de un referente claro de familia, distorsión de los padres como figuras de autoridad respetables, ausencia de relaciones organizadoras establecidas por los padres y falta de seguridad emocional. Es decir, muchos de los jóvenes no cuentan en sus contextos familiares con figuras claras que sean interpretadas como referentes de autoridad respetables, ni con un sistema de relación normativo-afectivo que les permita sentirse reconocidos como sujetos ni definirse como seres éticos capaces de asumir lo que les corresponde, organizar sus vidas exitosamente y res-

ponder adecuadamente a sus deberes. Así pues, la juventud se ve obligada a enfrentar relaciones parentales y familiares de abandono, agresivas o inconsistentes que potencian el desarrollo de conductas conflictivas o negativas.

Por otra parte, Moreno afirma que muchas de las problemáticas de los jóvenes no dan cuenta sino de la indiscutible emergencia que hay sobre el concepto de adulto; adulto cada vez menos claro y consistente, incapaz de situarse como verdadero referente de las nuevas generaciones en formación. Para Moreno, es innegable tanto la desvalorización del mundo adulto como la negación de su condición; situación que se hace evidente cuando los mismos adultos sobrevaloran lo joven, se resisten a envejecer y se obsesionan con lo moderno y la moda. Siguiendo a González, Moreno afirma que el adulto de hoy es exponente de una permisividad que delata su posición culpable ante la propia vida y vergonzante frente a su papel. Al no tener orgullo por su propia historia, este adulto está mal parado para transmitirle a los jóvenes valores y representaciones provechosas para la construcción exitosa de sus proyectos de vida.

Las problemáticas, los desafíos y las crisis que rodean a la juventud invitan a reformular la construcción y la comprensión del estatus del joven. Es decir, la discusión de las dificultades que rodean o surgen de los jóvenes no se debe plantear en términos de si la juventud tiene problemas o si ella misma se constituye en problema. Más bien, esta discusión se debe plantear en términos de cómo las dificultades y los conflictos de la sociedad impactan el bienestar y restringen el progreso de los jóvenes. La juventud, entonces, no se debe ver simplemente como una población necesitada de intervención o reparación, sino como un colectivo de sujetos desprovistos de oportunidades y medios para actuar y decidir ante las dificultades y los retos que la sociedad les presenta. En otras palabras, la discusión o el análisis de los conflictos de la juventud exige ver a los jóvenes no como víctimas o victimarios sino como actores y participantes necesitados de más y mejores modos de actuar y decidir. Una posible manera de lograr mayor actuación y decisión social para y desde los jóvenes puede ser el desarrollo de un empoderamiento que les permita adquirir y ejercer poder político y simbólico en favor de sus propios intereses y necesidades. A continuación, se hace un sencillo acercamiento al concepto de empoderamiento.

La palabra empoderamiento viene del inglés *empowerment* y significa facultarse, habilitarse, autorizarse. Según Rappaport, el empoderamiento es el proceso por el que las personas, organizaciones y comunidades adquieren control y dominio de sus vidas. Para Powell, el empoderamiento es el proceso por el que los individuos, grupos y comunidades llegan a tener la capacidad de controlar sus circunstancias y alcanzar sus propios objetivos luchando por la maximización de la calidad en sus vidas. Por su parte, la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima define el empoderamiento como un proceso de apropiación del conocimiento y control de la realidad, así como un proceso de acción en la misma que el individuo constantemente realiza por participar activamente en la creación, conformación y transformación de las condicionantes que afectan su propia vida. Zimmerman (2000) identificó el esfuerzo por acceder a los recursos, la participación con otros para lograr objetivos y la comprensión crítica del contexto sociopolítico como elementos claves del empoderamiento. Igualmente, postuló tres niveles interdependientes de empoderamiento en los que tanto los procesos como los resultados de cada uno ayudan a potenciar a los otros niveles: nivel individual, nivel organizacional o institucional y nivel comunitario.

García y francés explican que el empoderamiento es un concepto que articula las nociones de poder, política y participación en acciones concretas encaminadas a la satisfacción de necesidades sociales. El empoderamiento, entonces, aparece ante la necesidad de apertura de líneas de acción para desarrollar proyectos específicos enfocados al ejercicio de poder y la toma de decisiones en todos los ámbitos de la sociedad. Aclaran García y francés que la concreción del empoderamiento precisa de sujetos activos, convencidos de ser capaces de participar en acciones colectivas que contrarresten las relaciones de poder hacia las mayorías por parte de unas élites minoritarias.

En otras palabras, las prácticas de empoderamiento se oponen a las relaciones verticales de poder vertido desde arriba.



Ahora bien, ¿qué se necesita para empoderar a los jóvenes de hoy? ¿Cómo fortalecer su capacidad para controlar sus circunstancias y alcanzar sus propios objetivos? ¿Qué líneas de acción se pueden o deben proponer y desarrollar para favorecer su ejercicio de poder y su toma de decisiones? Inicialmente, es importante entender, como lo afirman Jennings, que el empoderamiento es un proceso de acción social que puede tener lugar tanto individual como colectivamente. Por una parte, el empoderamiento individual consiste esencialmente en la construcción de capacidades que integren la percepción de control personal, una actitud proactiva ante la vida y una comprensión crítica del entorno sociopolítico. El empoderamiento colectivo, por otra parte, tiene lugar dentro de las familias, organizaciones y comunidad e implica procesos y estructuras que aumenten la competencia de sus integrantes, proporcionándoles el apoyo necesario para operar el cambio, mejorar el ambiente colectivo y fortalecer los vínculos que mejoran o mantienen la calidad de la vida.

En un estudio sobre empoderamiento, participación y autoconcepto, Silva y Martínez recomiendan, entre otras cosas, fomentar el desarrollo de: a) habilidades cognitivas, como conocimientos cívicos, análisis de los acontecimientos y agentes causales; b) destrezas de interacción, como organización, liderazgo, toma de decisiones, resolución de problemas y negociación y expresión; c) apego e identificación con la comunidad; d) autoeficacia y motivación de control, y e) valores como la tolerancia, la confianza y respeto al otro. Por su lado, FUNDASAL aconseja trabajar en las siguientes líneas para el empoderamiento de los jóvenes: a) conocimiento de la realidad, sentido y continuidad de la vida; b) control y manejo sobre la propia existencia, y c) participación activa en la transformación de las condiciones que los afecta. Jennings plantean algunas dimensiones para el empoderamiento de la juventud: a) un entorno acogedor y seguro que ofrezca oportunidades para la creatividad y la expresión; b) una participación significativa a través de un liderazgo encaminado

a auténticas contribuciones a la comunidad; c) un poder compartido igualitariamente con adultos que reduzca el dominio y la alienación; d) participación en la reflexión crítica sobre los procesos interpersonales y sociopolíticos que permita la emancipación de las restricciones y la construcción negociada de la vida comunitaria, y e) empoderamiento integrado que ofrezca oportunidades para el desarrollo individual y comunitario. En una línea similar, la Organización Panamericana de la Salud propone ciertas directrices para aumentar el empoderamiento de la juventud a nivel individual, familiar, sociocultural y político.

Poder ver más allá de las maneras de hablar y las formas de comportarse de los jóvenes implica entender qué los define, conocer perspectivas a través de las cuales dimensionarlos y resignificar las problemáticas y los retos que los rodean. Sin importar el enfoque, la definición de juventud no se debe restringir a una etapa de desarrollo físico, cognitivo o social, o a un posicionamiento histórico y cultural. Debe poder incluir las diferentes variables, cuestiones y factores que la constituyen y la configuran no tan sólo como una etapa de socialización sino como un periodo de construcción de subjetividad, regulación del comportamiento y desarrollo de habilidades para cumplir con los roles y campos sociales propios de la vida adulta. Igualmente, el definir la juventud, sus problemas y retos es, en gran medida, una acción política y simbólica que va más allá de una simple selección de ciertas realidades naturales, sociales, culturales, históricas y políticas. Se trata, más bien, de una estructuración de la percepción de la realidad a partir de un sistema de categorías impuesto subrepticamente por ciertos actores o grupos, según sus intereses o necesidades. Ante esta situación, los jóvenes deben dejar de verse como objetos de tratamiento o intervención, y asumirse como actores y participantes que deben poder actuar y decidir antes las situaciones que afectan y restringen su bienestar y desarrollo. A la pregunta, ¿qué pasa con los jóvenes hoy?, la respuesta no puede ser una fría descripción de sus características ni un minucioso análisis de sus problemas. Más bien, debe ser una reflexión sobre cómo fortalecer y ampliar su poder y toma de decisiones en y sobre situaciones y procesos que los constituyen y/o configuran.

La Misión de los Jóvenes en el PAN

José Espina von Roehrich¹

¿Cuál es la misión que los jóvenes tenemos en Acción Nacional? El lema de nuestro partido dice: “Por una patria ordenada y generosa y una vida mejor y más digna para todos”, y en estas palabras se engloba el por qué y para qué de Acción Nacional. Esta es la difícil, pero nobilísima finalidad, que don Manuel Gómez Morin, Efraín González Luna y todos los fundadores comprendieron y definieron para nuestro partido, y es condición de ciudadanos concretáramos, con nuestra participación en los asuntos públicos en el bien común demostraban conscientes de que ésta era una brega de eternidad que debía encaminarse a mover las almas de los mexicanos, para que ejerciendo nuestra patria. Este debe ser el fundamento de nuestra militancia en el PAN y de nuestra participación activa en sus cuadros juveniles.



Con nuestra generación iniciamos la obra de lo que Acción Nacional será en sus próximos años, de lo que será en el tan esperado siglo XXI. En esta etapa trascendental en la vida de nuestro partido, los jóvenes que militamos en él tenemos una gran responsabilidad, puesto que en nosotros recaerá la conducción de Acción Nacional y de nuestra patria, ante esta responsabilidad no podemos claudicar.

Los jóvenes que militamos en el PAN debemos convertirnos en los instrumentos que el partido requiere, para significar la alternativa de cambio que la juventud mexicana y la nación toda están buscando. Desde ahora debemos preocuparnos y ocuparnos por tres aspectos fundamentales: uno profundizar nuestro conocimiento y formación en los valores, doctrina y planteamientos políticos, que desde su inicio han sido su sostén y guía, para que así nuestra actividad política partidista

1 Revista La Nación. Año L No. 1862, 7 de septiembre de 1992. Págs. 24-25

continúe recorriendo el camino que empezaron a andar nuestros fundadores. Dos ampliar y mejorar la capacitación política que nos permita afrontar responsablemente y con eficacia las tareas que nos sean encomendadas en la vida interna de Acción Nacional o en alguna responsabilidad ante la sociedad, como un cargo público de elección. Tercero, consolidemos las estructuras juveniles de nuestro partido en todo el país; capacitémonos más y mejor, para asumir como verdaderos actores el papel que la historia nos tiene reservado, puesto que Acción Nacional y México serán lo que desde hoy con nuestro actuar, estemos construyendo.

A propósito de esto, nuestro presidente, don Luis Álvarez. Nos ha dicho: “La segura y noble raíz del partido tiene hoy que dar frutos renovados. Los ideales y valores de Acción Nacional tienen que encarnarse en nuevas circunstancias y dar respuesta a nuevas realidades. y la garantía de que así es y de que así seguirá siendo, son y deben ser ustedes, jóvenes. Tenemos que ser audaces —continúa— como Gómez Morin vivir el ideal, arriesgando lo que sea necesario para que éste se haga vida, para que el sueño se convierta en fecunda realidad Con ese espíritu, alegre, inteligente y visionario hemos de ver hacia delante”.

El PAN del año 2000 lo harán quienes desde la fidelidad a la persona y al bien común, sean capaces de asumir riesgos de encarnar la esperanza, de mirar lejos, como fue capaz de hacerlo ese distinguido mexicano que llamó a los hombres de su tiempo a constituirse en generación de militantes del deber político, y mediante su correcto ejercicio edificar la patria anhelada, ordenada y generosa que todos estamos buscando.

Nuestro partido está esperando, y México con él, que demos una respuesta decidida. Acción Nacional se fundó con jóvenes, ha crecido con jóvenes, se ha desarrollado gracias a la actividad de los jóvenes, y hoy, a esta generación de jóvenes nos corresponde continuar esta obra. Si logramos esto, nuestro fin principal como jóvenes militantes, cuyo lema reza. “Dar a la patria esperanza presente”, lo cumpliremos.

La respuesta y la decisión está en cada uno de nosotros, y llegará el momento en que la historia y las generaciones que nos sucedan exigirán la respuesta que dimos al llamado que nos correspondía, a ocupar la trinchera, el puesto y la responsabilidad que nos tocaba ocupar en esta actividad política. Este ejercicio de hacer patria, significa la militancia en el PAN.



Quisiera terminar parafraseando dos párrafos del mensaje que don Luis dio al inicio del encuentro: “Ustedes, jóvenes, añádanle a la obra una voluntad clara y decidida de unidad y sentido de pertenencia al partido, y esa pasión movilizadora que ha llevado, lleva y llevará a las causas mejores hasta el triunfo. La democracia. la justicia y la libertad de México, de los mexicanos. les necesita, Acción Nacional les necesita; ustedes son lo más necesario para la patria que queremos y para el partido con el que queremos hacer mejor a la patria.

“Que este encuentro sirva para renovar su compromiso, acrecentar su entusiasmo y vivificar su esperanza para que al partido y a México le sirvan construyendo el presente del futuro y el futuro del presente”. Hagamos realidad estas palabras.

Participación Política, Apego a la Democracia y Temas Prioritarios de las Personas Jóvenes

Carlos F. Maldonado Valera¹

La desigualdad y la inclusión social son dos grandes retos para América Latina en general y para las personas jóvenes en particular. Como se apunta en el marco de análisis del presente libro, la participación política es uno de los ejes principales para la inclusión social de los jóvenes, junto con la educación, el empleo, la salud, la cultura y una vida libre de violencia. Esto en virtud de que la participación política constituye en sí misma un derecho humano fundamental, así como una vía esencial para alcanzar, mediante su ejercicio, el goce efectivo de otros derechos humanos. Por esa razón, el enfoque de derechos, eje orientador de las políticas públicas para encaminarlas hacia la garantía de derechos, también está vinculado con la apertura de posibilidades concretas de participación para todas las personas.

Al igual que en otras regiones del mundo, en numerosos estudios de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), así como de otros organismos y especialistas, se ha señalado la lejanía y falta de confianza de las personas jóvenes de América Latina respecto de la política, y su menor participación en tanto votantes y candidatos en las elecciones, en los partidos políticos y en las organizaciones sociales tradicionales que canalizan las demandas y expresan los intereses de los distintos grupos sociales. Con frecuencia, y con base en la división un tanto arbitraria de la mayoría de edad como criterio de ejercicio pleno de la ciudadanía política, los jóvenes, en especial aquellos que son menores de edad, tienden a ser considerados por el orden establecido como sujetos de las políticas, mas no como sujetos políticos activos. Incluso es usual que cuando tienen la edad requerida para votar, sus prioridades sean consideradas centrales por los responsables políticos solo cuando el conjunto de los electores los considera prioritarios o, si se quiere, cuando “los padres votan por los intereses de sus hijos”. Como ha señalado la Unión Interparlamentaria, organismo conformado por legisladores de todo el mundo, cuando se comparan con los ciudadanos de otros grupos etarios, se observa que los jóvenes también enfrentan diversos obstáculos o barreras muy concretas para participar activamente en la vida política y electoral por las vías convencionales.

En contrapartida, la juventud tiende a mostrarse indiferente e incluso a rechazar las formas tradicionales de acción política, al tiempo que es un actor protagonista de movilizaciones informales o no convencionales. Los jóvenes utilizan y aprovechan de forma novedosa y creativa nuevos canales de comunicación y coordinación, como las redes sociales virtuales, y en ocasiones consiguen generar extensos procesos de cambio en la política y en las políticas. De hecho, actuando en red o participando en discusiones colectivas o “virales”, muchos jóvenes hoy se inventan y se descubren como sujetos políticos; es decir, como ciudadanos. Al respecto, podría evocarse el papel central de la juventud en el movimiento estudiantil de 2011 en Chile, la irrupción del Movimiento #Yosoy132 durante la campaña presidencial de México en 2012 o, si nos remontamos algunos años atrás, su papel en el proceso que llevó a la convocatoria a una Asamblea Constituyente en Colombia en 1990-1991. No en vano, el 15 de septiembre de 2014, Día Internacional de la Democracia, el Secretario General de las Naciones Unidas se refirió especialmente a la imperiosa necesidad de vincular más estrechamente a la juventud con la participación política como vía de renovación y consolidación de las democracias en todas las latitudes.

1 Trucco, Daniela. Juventud: realidades y retos para un desarrollo con igualdad. México: CEPAL. Serie libros de la CEPAL no, 137, 2015. Págs. 207-255



La discusión sobre la participación de las personas jóvenes en la vida política ocurre en un contexto regional que presenta ciertas especificidades. Pese a la gran diversidad de trayectorias políticas que registra la región, la mayoría de los países comparte el legado conformado por extensos períodos de gobierno autoritario o dictatorial seguidos por una recuperación paulatina de la democracia electoral a partir de los años ochenta. En la mayoría de los casos, incluso, la fase más reciente de vida en democracia ha sido la de mayor duración y estabilidad. A la vez, persisten evidentes retos para traducir la igualdad jurídica y formal entre los ciudadanos, que está inscrita en las leyes, en mecanismos concretos y efectivos de inclusión y de igualdad social, sobre todo para las nuevas generaciones. La elevada desigualdad que caracteriza a la región plantea entonces un cuestionamiento al valor y a las tareas pendientes de la vida en democracia en tanto vehículo efectivo de inclusión. La duda sobre el sentido de democracias en donde la igualdad es más una ficción jurídica que una condición social de los ciudadanos cuestiona cotidianamente el valor de la democracia y tensiona el apego de las personas con respecto a los principios y valores democráticos.

Las dos últimas décadas muestran, no obstante, un panorama muy diverso en cuanto a las trayectorias políticas de los países, con casos recientes de cambios de orden constitucional de la mano de liderazgos carismáticos en algunos (Bolivia, Ecuador y Venezuela (República Bolivariana de)), el arribo y la permanencia de nuevas coaliciones gobernantes de centro-izquierda en otros (Argentina, Brasil, El Salvador, Nicaragua, Perú y Uruguay), y, por último, casos en donde el orden político instaurado durante las transiciones a la democracia ha cambiado poco (Chile y Colombia), a veces con signos sostenidos de una legitimidad decreciente y con prolongadas crisis (o incluso el colapso) de los antiguos sistemas de partidos (Costa Rica, Guatemala, Honduras, México y Paraguay).

A la vez, cuando menos en América del Sur, y en comparación con el momento de recuperación de la democracia en las décadas de 1980 y 1990, la última década constituyó una fase de gran dinamismo económico, traducido en progresos tangibles en la dimensión social y económica, así

como también en nuevas y mayores expectativas por parte de la ciudadanía. Esa mejoría y esas nuevas expectativas, más allá de la dimensión formal y electoral, hoy interpelan con mayor fuerza la necesidad de afianzar la calidad de las democracias.

En ese contexto, tras dos décadas o más de vida en democracia, ¿qué evidencia se puede recoger hoy acerca del apego de los jóvenes a la participación política en general y a la democracia en América Latina? ¿Cuál ha sido su evolución en el tiempo? ¿Es posible esbozar patrones similares en toda la región? ¿Son la política y la vida democrática consideradas vehículos de inclusión y mayor igualdad por parte de los jóvenes? ¿Cuáles son las prioridades de política pública de las personas jóvenes? ¿Se han mantenido en el tiempo divergencias claras entre los patrones característicos de jóvenes y adultos? En el presente capítulo se intentará reunir algunos elementos de respuesta a estas preguntas.

Para ello, sobre la base de información del Latinobarómetro y de bibliografía secundaria, a continuación se ofrece un panorama regional de la valoración y la participación juvenil en la vida pública. Tal opción tiene ventajas y limitaciones metodológicas que conviene explicitar desde el inicio. Las encuestas Latinobarómetro son encuestas de opinión basadas en muestras nacionales significativas, pero con una representatividad limitada de la población juvenil y, por lo tanto, no implican una concordancia necesaria con las opiniones de la mayoría de los jóvenes. Sin embargo, existen pocas fuentes de información que permitan comparar en los mismos términos y temáticas a los países de la región, y menos todavía en dos puntos del tiempo. Por lo tanto, sopesando ambos aspectos y privilegiando la búsqueda y la comparación a nivel regional, los principales énfasis y aportes consisten en ofrecer un panorama no estático, procurando abordar su evolución en el tiempo (entre 2000 y 2013) y contrastando los patrones de participación de las personas de entre 16 y 29 años con los de las personas de 30 años y más. Sin pretender una representatividad exhaustiva, se intenta aportar al debate y a la profundización de la investigación en torno a la participación política de los jóvenes y sus principales preocupaciones, en el contexto de las democracias recientes y las desiguales que caracterizan a la región.

Como se verá en las siguientes secciones, en la mayoría de los países, los jóvenes votan con menor frecuencia que los adultos, desconfían en mayor medida de instituciones como el Congreso o los partidos en comparación con otras instituciones, se manifiestan insatisfechos con el funcionamiento de la democracia y, en la mayoría de los casos, creen con menor intensidad que antes que esta constituya siempre la mejor forma de gobierno. No obstante, el panorama de la región es heterogéneo y varios indicadores apelan a un contraste no siempre tan marcado entre adultos y jóvenes. Por ejemplo, las personas jóvenes no se muestran mucho menos interesadas en la política que los adultos, como tampoco ignoran el importante papel del Congreso o los partidos para el buen funcionamiento de la democracia, ni son indiferentes a una serie de temas e intereses por los que se declaran más dispuestos a movilizarse que las personas adultas. De hecho, la mayor disposición a movilizarse a favor de diversos temas y su protagonismo en nuevas formas de movilización constituyen una llamada de atención sobre la necesidad de ampliar los espacios de participación de las personas jóvenes con miras a una mayor inclusión social.

El interés de los jóvenes por la política es bajo, aunque no mucho menor que el de los adultos de 30 años y más. Los datos disponibles del Latinobarómetro en 2013 revelan que el 72% de los jóvenes se declaraba poco o nada interesado en la política y el promedio para la población adulta era prácticamente idéntico (71%). Tales porcentajes iban desde un 88% en el caso de Chile hasta un 66% en el caso del Paraguay, y Venezuela (República Bolivariana de) era el único país en donde la mitad de los jóvenes se declaraba poco o nada interesado. El grado de interés de los jóvenes comparado con el de la población adulta varía de un país a otro. Destacan Chile y el Uruguay como los países donde se observa mayor desinterés de la población juvenil respecto de los adultos. También hay una serie de países donde los jóvenes declaran mayor interés que los mayores de 30 años, como es el caso de Bolivia (Estado Plurinacional de), Colombia, Costa Rica,

Nicaragua (donde el desinterés de toda la población por la política es de los menos elevados) y el Perú. No obstante, las diferencias entre adultos y jóvenes suelen ser modestas y —con la excepción de la República Bolivariana de Venezuela— el rasgo dominante parece ser un desinterés generalizado por el tema.

Un segundo indicador mucho más claro de participación política se relaciona con el voto en las últimas elecciones presidenciales: los jóvenes declaran mayoritariamente haber votado, pero con mucha menor frecuencia que los adultos. Esto se debe a un fenómeno de exclusión por razones de edad, pero también de autoexclusión en el caso de quienes tienen la edad y cumplen los requisitos administrativos, pero deciden no votar. Destacan negativamente los casos de Chile y de varios países centroamericanos donde los jóvenes que votan están cerca o por debajo del 50%

En términos de la evolución de la participación electoral declarada por la población joven, es relevante destacar algunos países donde la reducción del porcentaje ha sido muy elevada en la última década, como es el caso de Chile y el Uruguay en el Cono Sur, lo que coincide con el menor interés por la política, y de Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Panamá en Centroamérica. Por el contrario, hay algunos países como Bolivia (Estado Plurinacional de), el Ecuador, el Perú y Venezuela (República Bolivariana de), donde la tendencia ha sido la opuesta en la última década y se observa un notable incremento de la participación juvenil en el voto.

La baja frecuencia con que los jóvenes encuestados declaraban en 2013 trabajar para un partido o candidato, porcentaje que oscilaba entre poco más de 14% en el caso del Brasil y apenas un 3% en Chile, es otra indicación del poco interés juvenil en la política convencional. En prácticamente todos los casos, los adultos de 30 años y más declaraban en mayor medida haber trabajado para un partido o candidato, con diferencias más marcadas en Costa Rica, Honduras, Panamá y la República Dominicana. Con la excepción de los casos mencionados, el contraste entre personas jóvenes y adultas no es tan marcado en la mayoría de los países: a nivel de la región, el promedio en el caso de las personas jóvenes era del 8%, ligeramente menor al 10% observado entre los adultos.

Más allá de la esfera propiamente política, en numerosos estudios también se ha señalado un distanciamiento de la participación en otro tipo de organizaciones. En las publicaciones de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), se destaca que “la inmensa mayoría de los jóvenes latinoamericanos y caribeños se encuentra al margen de las asociaciones y los movimientos juveniles existentes (entre un 5% y un 20% según los países, siendo abrumadora mayoría las organizaciones deportivas y religiosas), en lo que podría considerarse una transición a nuevas formas de participación juvenil y de entender el compromiso o actuar ciudadanos”.

En el caso de los jóvenes, la movilización social, el ejercicio del voto o la autoexclusión de ambas acciones son un indicador de actitudes, ya sea de adhesión, indiferencia o aversión a la vida pública y la democracia. Al mismo tiempo, en el caso de los jóvenes menores de edad, no votar también puede expresar situaciones de exclusión política cuando se trata de personas no necesariamente indiferentes o adversas a la participación electoral, pero impedidas de participar debido a los requisitos etarios para acceder a la ciudadanía política plena. En principio, no obstante, la movilización social no tiene restricciones formales equiparables. Una aproximación a esta es el porcentaje de jóvenes que declaraba haber participado en una manifestación al menos una vez en el último año. A nivel regional, en el período 2000-2013, dicho porcentaje se mantuvo en torno al 26%, con una frecuencia levemente mayor en comparación con los adultos de 30 y más años.

No obstante, la región presenta gran heterogeneidad. En 2013, el porcentaje que declaraba haber participado en una manifestación al menos una vez en el último año oscilaba entre un 44% en el Brasil y un 15% en El Salvador. En 11 países, dicho porcentaje aumentó, mientras que en 6 mostró una considerable reducción. Destacan los casos de Bolivia (Estado Plurinacional de), el Brasil,

Chile, Colombia, Costa Rica y Venezuela (República Bolivariana de), con niveles de participación en manifestaciones del 30% o más. Por el contrario, en la mayoría de los países centroamericanos se apreciaban niveles más bajos, en torno al 20% o menos. La participación en manifestaciones en Costa Rica, aunque continúa siendo relativamente elevada en comparación con otros países, bajó casi 18 puntos porcentuales entre 2000 y 2013.

Ahora bien, ¿qué tan vasto es el contingente de jóvenes que está fuera de la participación electoral y la movilización social? En diversos estudios se ha buscado asociar participación electoral con movilización social con el fin de identificar a aquellos jóvenes que: i) votan y se movilizan; ii) votan, pero no se movilizan; iii) no votan, pero se movilizan; iv) no votan y no se movilizan (los que serían una suerte de “marginales” de la política). Quienes votan y se movilizan en forma simultánea ejercen una estrategia de “voz” en la esfera pública, con una participación política convencional como electores, pero también a través de una participación directa como ciudadanos movilizadas. Quienes solo votan sin movilizarse corresponden a un perfil de “voz con lealtad”, en el sentido de que tienen una participación como electores, cumpliendo con uno de los deberes básicos de los ciudadanos en democracia, mas no al grado de participar en alguna movilización colectiva. Por el contrario, quienes se movilizan, pero no votan representan un grupo con una estrategia de “voz sin lealtad”, en el sentido de que participan de forma activa y directa en la vida pública, aunque no necesariamente a partir de una adhesión a las modalidades convencionales de participación electoral⁴. Por último, quienes no votan ni se movilizan son un grupo “al margen” y se encuentran alejados de la participación electoral y de la movilización social, ya sea por indiferencia, por insatisfacción con los canales existentes de participación o por estar excluidos de estos. Lo expuesto no implica que en este último grupo y en los demás deban descartarse la creación y el uso activo de otros canales de expresión y búsqueda de sentido.

Contrastar los patrones de participación de jóvenes y adultos de 30 y más años en el período 2000-2013 arroja luz sobre el orden de magnitud entre diferentes actitudes hacia la participación política y en qué medida puede vislumbrarse entre los jóvenes una categoría de personas que no votan ni se manifiestan (los que se encuentran en una situación “al margen”). Como se aprecia en el gráfico V.5, en la región predominan dos grandes grupos entre las personas jóvenes: el mayor corresponde a quienes solamente votan (un 42% en 2013), seguido por el grupo “al margen”, que no vota ni se moviliza (un 31,3% en 2013). En tercer lugar, aparecen quienes votan y han participado en una manifestación al menos una vez (un 17,4% en 2013), seguidos finalmente por quienes no votan, pero sí se han manifestado (9,3%). El principal cambio observado durante el período es un leve aumento del porcentaje de quienes no votan ni se movilizan (del 27,3% al 31,3%) y un descenso de quienes solo votan (del 45,9% al 42,0%). El principal elemento distintivo con respecto a los adultos de 30 años y más es un contingente mucho menor que está al margen, como también una importancia marginal de quienes no votan y han participado exclusivamente mediante la movilización.

La participación política de los jóvenes. Para ello podrían buscarse vías tanto para la movilización como para la participación electoral, especialmente en algunos países que además exhiben un proceso de creciente distanciamiento con la política convencional en la última década. Este punto se retoma más adelante en relación con las recomendaciones que permitirían levantar las barreras discernibles en cada contexto, comenzando por equiparar la edad para votar y ser candidato, entre otros aspectos. También apunta a la pregunta acerca de cómo estos patrones de participación política se vinculan con actitudes individuales, los niveles de confianza en las instituciones y el apego a la democracia, características que pueden conformarse de manera muy distinta en cada país. La evolución en esta materia ha sido más bien negativa en países del Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y de Centroamérica, y positiva en los casos del Brasil, el Ecuador y Venezuela (República Bolivariana de).

En suma, entre las personas jóvenes hay signos claros de desafección hacia la participación

política convencional, aunque no necesariamente más intensos que entre los adultos, ya que el interés por la política es muy escaso y la frecuencia de trabajo en los partidos políticos es baja en ambos grupos de edad. Hay diferencias más notorias en la participación electoral, pues los jóvenes votan con menor frecuencia y, comparativamente, se sitúan al margen de la participación convencional y no se han movilizado.

La aparente desafección de las personas jóvenes hacia la participación política convencional se ve reflejada en un alto grado de cuestionamiento y desconfianza hacia las instituciones, pese a que en diversos estudios se ha subrayado la actitud individual más positiva u optimista de las personas jóvenes en comparación con los adultos, que confían en que sus habilidades y capacidades van a redundar en mejores condiciones futuras tanto para ellos mismos como para sus países. Como se verá a continuación, en los últimos años se ha confirmado un descenso en la confianza de los jóvenes en las instituciones, especialmente las políticas, así como un menor apego a la democracia.

Si se consideran algunos datos, como la apreciación de la situación económica del país y las perspectivas económicas para el siguiente año, ese rasgo de desapego y desconfianza se corrobora y mantiene en el tiempo. Estas opiniones, por definición subjetivas, no se correlacionan solamente con la evolución de las condiciones materiales de existencia expresadas, por ejemplo, en las tasas de crecimiento económico o los niveles absolutos de pobreza, sino también con la sensación de empoderamiento o agencia y la apreciación de las condiciones propias con respecto a las de otras personas y del país.

Con respecto a la apreciación sobre la situación económica del país, se observa una actitud más positiva por parte de las personas jóvenes en ambos puntos del tiempo en comparación con la población de 30 años y más. Por una parte, se destaca que la percepción sobre la situación económica de cada país entre 2000 y 2013 mejoró a nivel regional. En general, el porcentaje que la consideraba mala cayó considerablemente y aumentó el de quienes consideraban la situación como regular o buena. En ambas tendencias, no obstante, se observan diferencias entre jóvenes y no jóvenes. En general, los primeros tienden a considerar la situación como mala con menor frecuencia y como buena o regular con mayor frecuencia en ambos puntos del tiempo.

Con respecto a la apreciación sobre la situación económica personal y familiar para los siguientes 12 meses en 2013, destaca una actitud más positiva por parte de las personas jóvenes. En la mayoría de los países, la expectativa de que dicha situación sería positiva superaba el 50%, con la excepción de El Salvador, Honduras y Venezuela (República Bolivariana de). Por otra parte, tales expectativas eran más frecuentes entre los jóvenes que entre los no jóvenes, con excepción del Paraguay y Venezuela (República Bolivariana de).

Como se mencionó, la actitud juvenil relativamente optimista a nivel individual sigue estando acompañada por una considerable desconfianza y desapego hacia diversas instituciones sociales y, sobre todo, políticas. El Congreso y los partidos políticos despiertan mucha menos confianza entre las personas jóvenes en comparación no solo con otras instituciones tradicionalmente legítimas, como la Iglesia (que, a pesar de ello, despierta menos confianza que en el pasado), sino también con los medios de comunicación (televisión) o instituciones como las Fuerzas Armadas o la Policía. Con excepción de la Iglesia, la comparación para la primera década de 2000 muestra una leve mejoría en términos de esta evaluación negativa. La caída de la confianza en la Iglesia es mayor entre los adultos que entre las personas jóvenes, al tiempo que el aumento en la confianza es ligeramente superior en el caso de la televisión y las Fuerzas Armadas. En cualquier caso, durante el período se mantuvo la característica de que, entre estas instituciones, el Congreso y los partidos políticos despertaban, comparativamente, menos niveles de confianza tanto entre adultos como entre jóvenes.

El porcentaje de encuestados jóvenes que consideran que una democracia puede funcio-

nar sin el Congreso o los partidos políticos expresa el poco aprecio por dos instituciones básicas de la democracia representativa cuya función es la representación plural de los intereses de las personas, a la vez que un contrapeso necesario frente al poder ejecutivo. Sin embargo, la falta de confianza en el Congreso y los partidos no opaca totalmente su valor. A nivel de la región, el 56% y el 53% de las personas jóvenes consideraba, con una gran heterogeneidad entre países, que una democracia no puede funcionar sin estos actores. Algunas particularidades a nivel de los países son llamativas. En el caso del Congreso, sobresalen el Ecuador y Venezuela (República Bolivariana de), donde el porcentaje que lo consideraba necesario pasó de un nivel muy bajo a un nivel muy alto y mayoritario, del 28% al 78% y del 30% al 58%, respectivamente. Con los partidos ocurre algo parecido, ya que se registra un considerable aumento del 26% al 84% en Venezuela (República Bolivariana de) y del 27% al 57% en el Ecuador. En contraste, en varios países de Centroamérica (Costa Rica, El Salvador y Panamá) y del Cono Sur (Chile y Uruguay) se observa un marcado descenso en ambos indicadores.

En suma, una mirada a los niveles de confianza de los jóvenes encuestados por Latinobarómetro en 2000 y 2013 revela que se mantienen patrones de muy baja confianza hacia las instituciones propiamente políticas, en comparación con instituciones como la Iglesia y las Fuerzas Armadas, o medios de comunicación como la televisión.

Una pregunta fundamental en los estudios de opinión es la apreciación de la democracia como mejor forma de gobierno en cualquier circunstancia, en contraposición con la aceptación de gobiernos autoritarios en ciertos casos, o bien con la indiferencia entre una u otra forma de gobierno. Mientras que la apreciación de la primera alternativa evoca un apego positivo hacia la democracia por encima de cualquier circunstancia o coyuntura de crisis, la segunda opción refleja actitudes más ambivalentes en el sentido de que el quiebre de la democracia puede ser aceptable, cuando menos en ciertas situaciones extremas, lo que implica que esta no siempre es vista como la mejor o única forma legítima de gobierno. La tercera alternativa (indiferencia) indica otro tipo de ambivalencias, como una falta notable de interés y apego por la vida política en sí, o incluso una aversión a la política y un cuestionamiento a la legitimidad de cualquier orden político.

En suma, el aprecio de los jóvenes por la democracia como mejor forma de gobierno, según lo retrata Latinobarómetro en 2000-2013, ratifica una tendencia a la baja en varios casos, a favor, sobre todo, de la indiferencia por la forma de gobierno, con algunas excepciones como el Brasil, el Ecuador y Venezuela (República Bolivariana de). Particularmente preocupantes son los casos de países centroamericanos y México, donde los niveles de aprecio por la democracia ya eran bajos en 2000 y han seguido descendiendo. No hay que perder de vista, sin embargo, que cada trayectoria nacional responde a dinámicas y ciclos políticos propios que pesan sobre las actitudes de distintos grupos, destacándose cambios en las coaliciones gobernantes que pueden relegitimar o desprestigiar a la democracia como forma de gobierno, y aminorar o atizar tanto la indiferencia como la aceptación de soluciones autoritarias.

En ese escenario, ¿con qué se identifica la democracia? La democracia representativa engloba una tensión perenne entre libertad individual y búsqueda de igualdad entre las personas. La libertad individual implica una serie de mecanismos de salvaguarda de los derechos de las personas contra la arbitrariedad del Estado, de las organizaciones privadas y públicas, y de otras personas, mientras que la igualdad entre las personas supone asegurar condiciones de existencia y de interacción que generen resultados o niveles de goce de derechos similares. En consecuencia, la forma en que las personas entienden la democracia se inclina por uno u otro polo. A comienzos de la década de 2000, diversos estudios de opinión en América Latina apuntaban a que, en esta región, recientemente democratizada, las preferencias manifestadas por las personas tendían a posicionarse más hacia la igualdad, en el sentido de expectativas de igualdad entre las personas y de mejoras de tipo socioeconómico, al menos en comparación con lo observado entonces en América del Norte. También se señalaba una tendencia a que los jóvenes asocien la democracia más

frecuentemente con nociones de libertad, protección de las minorías y la libertad de expresión, en lugar de elementos de tipo material o electoral.

Una manera de abordar este tema es explorar el tipo de condiciones que las personas jóvenes asocian con la democracia. Al respecto, en la encuesta Latinobarómetro de 2013 se ofrecen varias preguntas en las que se pide asociar a la democracia con distintos elementos. En cada una de estas preguntas coexisten opciones vinculadas con la libertad individual, el ejercicio del poder político, el bienestar material de las personas y la orientación de las políticas públicas. De acuerdo con esta batería de preguntas, a nivel regional, en cada una de las consultas, la opción más mencionada (pero no necesariamente mayoritaria en términos absolutos) estuvo relacionada con aspectos ligados con la libertad individual y de expresión.

A nivel de países, no obstante, se observan algunas variaciones y, sobre todo, una diversidad polisémica en cuanto a la noción de democracia. En el cuadro V.1 se muestran las preferencias de alternativas propuestas a la pregunta “Si tuviera que elegir solo una de las cuatro frases siguientes, ¿cuál elegiría como la más representativa de las características de la democracia?”. En general, la más mencionada tiene que ver con la libertad: “Los medios pueden criticar libremente al gobierno”. En segundo lugar, la característica más mencionada por los jóvenes tuvo que ver con aspectos materiales: “El gobierno asegura oportunidades laborales para todos”, mención preferente en los casos de México y el Paraguay. También sobresalen los casos del Ecuador, El Salvador y la República Dominicana, donde la segunda mención correspondía a la opción “El gobierno refuerza la ley y el orden”. En el Uruguay, por último, la segunda opción más mencionada era: “Múltiples partidos compiten de manera limpia en las elecciones”.



Ante este panorama heterogéneo, pero en general de baja participación, desapego hacia las instituciones políticas y frágil apoyo a la democracia en muchos países, ¿qué tanto están redefiniendo la movilización directa y por vías no convencionales las modalidades tradicionales de participación de las personas jóvenes?

Tras el período más largo de vida en democracia para la mayoría de los países de América Latina, las percepciones de las personas en torno a su participación política muestran, en la mayoría de los casos, un importante déficit de legitimidad. Esto se suma a las dificultades y deudas de los regímenes democráticos de la región, en los que persiste una gran tensión entre democracias que, más allá de la esfera electoral y formal, coexisten con sociedades altamente desiguales. En la gran mayoría de los países, por ejemplo, se mostró que más de dos tercios de los jóvenes y adultos consideraban que gobernaban los poderosos en su propio beneficio. Desde esa perspectiva, la democracia está lejos de ser percibida como un mecanismo de inclusión, de igualación o de mejoría individual.

A la vez, las actitudes y percepciones de las jóvenes exploradas en este capítulo expresan cambios en los últimos años, probablemente de la mano de las trayectorias particulares de cada país, en especial sus ciclos políticos y económicos. De un país a otro se corroboran rasgos generales ya identificados por numerosos estudios, como una menor confianza en las instituciones sociales y sobre todo políticas, menores niveles de participación convencional y electoral, bajo interés en la política, una mayor indiferencia a la mostrada por los no jóvenes hacia la democracia como mejor forma de gobierno y una tendencia a asociar la democracia con la libertad individual y de expresión, entre otros aspectos. Pero algunas de estas características no son exclusivas de las personas jóvenes: en muchos contextos nacionales, jóvenes y adultos comparten un bajo interés en la política y una elevada desconfianza hacia las instituciones políticas.

También en las encuestas se observa un mayor optimismo juvenil y una actitud en principio más entusiasta que la de los adultos para movilizarse a favor de temas como la salud, la educación y mejores empleos y oportunidades. Esto coincide con una mayor disposición de los jóvenes a manifestarse directamente mediante movilizaciones y otras vías, aun cuando la mayoría se muestre indiferente o reticente a participar. En comparación con los adultos, entre las personas jóvenes suele haber un contingente mayor que no vota (por exclusión etaria o por autoexclusión) ni se ha movilizadado nunca. Al mismo tiempo, los jóvenes han sido protagonistas de modalidades no convencionales de movilización que pueden incidir en la agenda pública y que desempeñan un papel central en el planteamiento de demandas postergadas u omitidas por los canales convencionales de participación. Otro elemento coincidente a nivel de la región apunta a los temas de mayor preocupación para las personas jóvenes y su evolución en el tiempo. En 2000, los problemas considerados más apremiantes eran la desocupación y el desempleo, la educación y la corrupción. Trece años después irrumpen los problemas de delincuencia y seguridad pública, el desempleo se mantiene como tema de interés y, en menor medida, se mencionan la educación y la corrupción.

Por otra parte, como se ha tratado de mostrar, el perfil del ciudadano joven en la región no se ha mantenido estático ni ha evolucionado en un único sentido. Más allá de los rasgos generales ya mencionados, se observan grandes variaciones de un país a otro. Hay países caracterizados por niveles de confianza, participación y apego a la democracia relativamente altos (Argentina, Costa Rica, Uruguay y Venezuela (República Bolivariana de)) y otros, como el Brasil, Chile, México y varios países centroamericanos, que presentan niveles más bien bajos en ambos puntos del tiempo. No obstante, las trayectorias de unos y otros han sido muy diversas. En algunos casos hay múltiples indicios de una caída simultánea de la participación electoral y la movilización, así como de la confianza en las instituciones políticas, en la democracia y en las capacidades de respuesta de los gobiernos, entre otros aspectos. Tal es el caso de México, el Paraguay y la mayoría de los países de Centroamérica, en donde se destaca Costa Rica por el elevado nivel inicial de confianza y apego a la democracia que caracterizaba a ese país en 2000. El caso del Uruguay también es notable, ya que muestra elevados niveles iniciales de apego y confianza en la democracia en 2000 y un posterior descenso, aunque en menor medida que en Costa Rica.

También hay casos en los que, en torno al año 2000, se presentaban niveles muy bajos de confianza y apego juvenil en esas dimensiones y que han aumentado para 2013, como ocurrió en

el Brasil y, muy claramente, en el Ecuador y Venezuela (República Bolivariana de). Esto sugiere una hipótesis en el sentido del peso de ciclos económicos favorables y de procesos de alternancia política o de refundación constitucional que mitigaron la elevada desconfianza y la baja participación de las personas jóvenes prevalecientes alrededor de 2000 en varios países. Este parecería ser el caso de la Argentina, el Brasil, Colombia, el Ecuador, Venezuela (República Bolivariana de) y, en menor medida, el Uruguay. Lo que ocurre en Chile es más ambiguo, ya que se mantuvo entre los países en donde las personas jóvenes presentan indicios de menor confianza hacia la política y la democracia, y una mayor tendencia a recurrir a la movilización por parte de una minoría importante. Lo expuesto apunta a que, a diferencia de lo que otros estudios señalan en virtud de un análisis fijo en el tiempo, la actitud de las personas jóvenes y sus patrones de participación política no están destinados a seguir una pauta unívoca, sino que los cambios de trayectoria, positivos y negativos, son posibles. Si bien el elevado y creciente desapego juvenil en unos casos (México y Centroamérica) resulta preocupante, en otros, sobre todo en América del Sur, el panorama fue más positivo.

Al respecto, se argumentó que existe un abanico de opciones relativas a normas, políticas y programas centrados en el fomento de la participación, organización y movilización de las personas jóvenes. También se planteó que una orientación general debería consistir en abrir espacios y eliminar barreras a la participación de las personas jóvenes, no con la premisa de revertir mecánicamente los patrones de exclusión o autoexclusión de los canales convencionales de participación, sino de permitir que cada contexto político e institucional sea capaz de incorporar sus movilizaciones y aportes. Un punto de partida en casi todos los países sería abrir la discusión sobre las condiciones de elegibilidad: la distancia, a veces muy grande, que separa a las edades requeridas para poder votar y ser votado.

Calres Feixa¹

Según la historiografía canónica, la adolescencia fue inventada al principio de la era industrial, pero no se empezó a democratizar hasta alrededor de 1900, cuando diversas reformas en la escuela, el mercado de trabajo, la familia, el servicio militar, las asociaciones juveniles y el mundo del ocio, permitieron que surgiera una nueva generación consciente de crear una cultura propia y distintiva, diferente a la de los adultos. La historia del siglo XX puede verse como la sucesión de diferentes generaciones de jóvenes que irrumpen en la escena pública para ser protagonistas en la reforma, la revolución, la guerra, la paz, el rock, el amor, las drogas, la globalización o la antiglobalización. Hemos bautizado a cada una de las diez décadas del siglo con las iniciales de determinados conceptos que se pueden considerar metafóricos (de la generación “A” a la generación “R”). En este paseo mostraré cómo se combinan los cambios en la forma de vida de los jóvenes y las jóvenes con reflexiones científicas, filosóficas o literarias en torno a este grupo de edad. Lo que denominé “Generación XX” es fruto de una dialéctica intelectual que fue configurando el juego de miradas y silencios sobre la juventud contemporánea.

En 1899 se impuso, en la legislación británica, la prohibición de encarcelar a los menores de 16 años al lado de los adultos; en 1908 se instauraron los tribunales de menores: eran medidas que ponían de manifiesto el reconocimiento social de una nueva categoría de edad, situada entre la infancia y la mayoría de edad. Primero en los Estados Unidos y Gran Bretaña, y después en el resto de países occidentales, los jóvenes comenzaron a retrasar su incorporación al mundo laboral y a pasar cada vez más tiempo en instituciones educativas. Escuelas e internados, prisiones y tribunales de menores, servicios de ocupación y bienestar, todo eso formaba parte del reconocimiento social de un único status a quienes ya no eran niños pero que aún no eran plenamente adultos. Reconocimiento no falto de ambigüedad: si por un lado se saludaba el carácter natural del nuevo status - como preparación a la vida de adulto-, por el otro se subrayaba su carácter conflictivo. En el fondo la ambivalencia ponía de manifiesto las reacciones contrapuestas que la implantación de la adolescencia supuso según la clase social. Mientras para los jóvenes burgueses significaba un período de moratoria social dedicado al aprendizaje formal y al ocio, para los jóvenes obreros era una de las consecuencias de la segunda industrialización, que los expulsaba del mundo del trabajo y los condenaba al paro forzoso y a la calle.

En 1904 el psicólogo y educador norteamericano G. Stanley Hall publicó *Adolescence: its Psychology and its Relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*. Esta obra monumental se considera el primer tratado teórico sobre la juventud contemporánea. Hall se inspiró en el concepto de evolución biológica propuesto por Darwin, para elaborar una teoría psicológica de la recapitulación, según la cual la estructura genética de la personalidad lleva incorporada la historia del género humano: cada organismo individual, en el curso de su desarrollo, reproduce las etapas que se dieron a lo largo de la evolución de la especie, desde el salvajismo a la civilización. La adolescencia, que se extiende de los 12-13 a los 22-25 años, corresponde a una etapa prehistórica de turbulencia y transición, marcada por migraciones de masa, guerras y culto a los héroes. El autor la describe como un período de *storm and stress* (tormenta y agitación), concepto equivalente al *sturm und drang* de los románticos alemanes y utilizado para definir la naturaleza «crítica» de esta fase de la vida. La adolescencia está dominada por las fuerzas del instinto que, para calmarse, reclaman un período largo durante el cual los jóvenes no sean obligados a comportarse como adultos porque son incapaces de hacerlo. Las teorías de Hall tuvieron un enorme eco entre educadores, padres, madres, responsables políticos y dirigentes de asociaciones juveniles. La obra contribuyó a difundir una imagen positiva de la adolescencia como el paradigma del progreso de la civilización industrial, celebrando la creación de un período de la

1 Revista Latinoamericana de ciencias sociales, niñez y juventud. Vol. IV No. 2, diciembre del 2006.

vida libre de responsabilidades, caracterizado por el conformismo social.

En 1908 Sir Baden Powell fundó la organización juvenil que marcaría toda una época: los *Boy Scouts*. Este antiguo general de las guerras *Boers* pretendía utilizar las virtudes militares para adaptarlas a la formación de los jóvenes. La vocación puritana de formación en el ocio se unía a la salvaguarda de los efectos distorsionadores de la vida urbana. Existía un precedente en Alemania, donde en 1901 habían aparecido los *Wandervögel* (pájaros emigrantes), con unas finalidades parecidas, aunque con una organización menos jerárquica. La ideología del escultismo original era una combinación de patriotismo, darwinismo social y culto a la adolescencia. Baden-Powell se enorgullecía de comprender el “espíritu del chico”: su imaginación fue prodigiosa en la producción de rituales, canciones y festivales adaptados a la maleable naturaleza del adolescente burgués; pero tenía poca experiencia con el estilo de vida de los trabajadores. Los pantalones cortos y la segregación de sexos podían imponerse a los chicos de clase media, pero era difícil que fuese popular entre la gran mayoría de los chicos obreros. De hecho, el escultismo eligió un modelo de separación del mundo de los adultos ya establecido en las escuelas privadas de elite. Como organización masculina, hizo virtud del retraso del acceso a los roles adultos, sosteniendo la idea de que el contacto prematuro con el sexo opuesto hacía peligrar la masculinidad de los chicos y corrompía la femineidad de las chicas: “Los chicos han de ser chicos, y las chicas chicas”.



En 1914 un joven estudiante de filosofía, Walter Benjamin, publicó un artículo titulado “*Metafísica de la juventud*”, en el cual planteaba que las nuevas generaciones habían de encabezar una revolución cultural de naturaleza espiritual. Durante los mismos años en los que se difundían los *boy scouts*, emergió toda una “literatura edificante”, de signo religioso y moral, que al tiempo de “dirigir” y “proteger” a los jóvenes, reconocía la especificidad de su modo de vida. Pero también nacieron nuevos discursos, de carácter progresista, que proclamaban la emergencia de una nueva “cultura juvenil” creada en los ambientes escolares y que habría de renovar profundamente la sociedad. Benjamin había sido influido por sus maestros en las Universidades

de Friburg y Berlín, Gustav Wyneken y Heinrich Rickert, fundadores de la “Comunidad escolar libre”, que sostenían que el “ser joven” era algo específico y no un mero tránsito de la infancia a la edad adulta. Su reforma consistía en la puesta en marcha de una “cultura de la juventud”, donde la escuela jugaba un papel fundamental en poner en contacto a los jóvenes con el espíritu y no con los intereses materiales. En 1912 escribió un artículo titulado “*La reforma escolar: un movimiento cultural*”, en el cual se clausuraba con las siguientes palabras: “*Juventud, escuela renovada, cultura: este es el circulus egregius que hemos de recorrer una y otra vez en todas direcciones*”. En otro texto, publicado en 1915, se avanzaba una concepción de la juventud como metáfora del cambio social: “El significado histórico actual de los estudiantes y la universidad... pueden describirse como una metáfora, como una reproducción en miniatura de un estado histórico más elevado, metafísico”.

En 1920 la sociedad europea vivía abrumada por las consecuencias de la “gran guerra”, que había provocado una verdadera sangría demográfica en los renglones de la juventud: los campos de Ypres, Verdun y Somme tomaron la vida de más de 8 millones de jóvenes. Igualmente la retórica de la muerte fue pronto sustituida por la retórica de la “generación”. El término se comenzó a vincular al de “quinta”: el servicio militar obligatorio se había implantado con la revolución francesa, cuando se estableció la “conscripción”, es decir, la obligación para todos los jóvenes que hubiesen cumplido 20 años de defender su patria. La “mili” contribuyó a desarrollar el sentimiento de pertenencia a una misma clase de edad (y a una misma nación). También comenzó a asumir la connotación de rito de paso hacia la edad adulta. Las quintas de guerra, en particular las de la I Guerra Mundial, asumen, al volver a la vida civil, esta dimensión generacional. El triunfo de la revolución soviética, en 1917, con el impacto que tuvo en los jóvenes progresistas de todo el mundo, fue el otro gran “acontecimiento generacional”, que provocó la necesaria toma de decisión por parte de los jóvenes de los años 20. Por ello puede tomarse la organización juvenil impulsada por los comunistas soviéticos, el *komsomol*, como el símbolo de esta nueva conciencia generacional. Se trata de una nueva organización juvenil, inspirada por el modelo *boy scout*, pero adaptada a las necesidades del estado revolucionario: los chicos y las chicas (la división sexual desaparece) son agrupados en grados de edad que sirven para desarrollar actividades de ocio y formación cívico-militar.

En 1923 el filósofo español José Ortega y Gasset publicó un artículo titulado “*La idea de las generaciones*”, donde defendía la idea de que los hombres nacidos en la misma época compartían una misma “sensibilidad vital”, que se opone a la generación precedente y posterior, y que define su “misión histórica”. En *La rebelión de las masas* el autor insistiría sobre estos temas, reconociendo que «*en todo presente existen tres generaciones: los jóvenes, los hombres maduros y los viejos... El conflicto y colisión entre ellos constituye el fondo de la materia histórica*”. El filósofo español argumentaba de hecho contra la nefasta influencia de la revolución soviética, pero a la vez se constituía en paradigma de la fuerza regeneradora de los jóvenes. La juventud remplazaba al proletariado como sujeto primario de la historia y la sucesión generacional substituía la lucha de clases como herramienta principal de cambio. Sin embargo, aparte de vagas observaciones sobre la “capacidad orgánica” y la dialéctica elites-masas, Ortega y Gasset nunca se ocupó de cómo los grupos de edad desarrollaban una conciencia común y empezaban a actuar como una fuerza histórica coherente. Fue otro pensador, Karl Mannheim, quien en la misma época y de forma independiente desarrolló la teoría de las generaciones, considerando sus estratificaciones internas a partir del concepto de “unidad generacional”

A principios de 1930, Benito Mussolini publicó un libro titulado *Cuestiones firmes sobre los jóvenes*, donde hacía cuatro propuestas para la formación fascista de la juventud: programa para rejuvenecer el régimen; preparación de los jóvenes para el totalitarismo; orientación de los mismos hacia el aprendizaje político y preparación espiritual para el clima moral del fascismo. El dictador italiano había creado una organización juvenil de estado muy efectiva, constituida también por grados de edad: los chicos pasaban de *balilla* a vanguardistas (sus actividades se centraban en

las actividades deportivas y paramilitares); las chicas de *piccole a giovane italiane (la formación era como madres y como cuidadoras de soldados)*. Todo se envolvía de una escenografía de imágenes, canciones y desfiles. Durante el período de entreguerras, bajo el estímulo de la revolución soviética, la crisis económica y las luchas obreras, tuvo lugar la politización revolucionaria de muchos jóvenes trabajadores, y muchos provenían de la burguesía, lo que contradecía las tesis sobre la pasividad y el conformismo de este grupo de edad. Más que el comunismo, fueron el nazismo y el fascismo las doctrinas políticas que consiguieron movilizar a los jóvenes durante los años 30: las Juventudes Hitlerianas en Alemania y los Balilla Fascistas en Italia fueron espacios de socialización y grupos de choque utilizados por estos regímenes para extender su hegemonía entre amplias capas de la población. Pero algunos grupos juveniles encontraron en la música y el baile un espacio a donde escapar de estas tendencias autoritarias, como sucedió con los famosos *rebeldes del swing* en Alemania, convirtiéndose a finales de los años 30 en el único referente de disidencia posible en una sociedad alienada en una ideología militarista y totalitaria.

Alrededor de 1930 el pensador italiano Antonio Gramsci, que había estado encarcelado por el régimen de Mussolini, comenzó a redactar clandestinamente sus cuadernos "*Cuaderni del carcere*", donde reflexionaba sobre temas de literatura, política, arte y cultura. En algunos de los 28 cuadernos que escribió, el autor abordó temas que llamaba "*La quistione dei giovani*". En el primer cuaderno Gramsci ya planteaba el debate en los términos siguientes: si bien hay muchas "cuestiones juveniles", dos son esenciales: 1) Los conflictos entre la generación "vieja" y la "joven", inherentes en toda la obra educativa; y 2) cuando el fenómeno asume un carácter "nacional", es decir, no aparece abiertamente la interferencia de clase, entonces la cuestión se complica y surge caótica: "*Los jóvenes están en estado de rebelión permanente, porque persisten sus causas profundas, sin que sea permitido el análisis, la crítica y la superación, no conceptual y abstracta, sino histórica y real*". En estas situaciones el conflicto generacional puede asumir formas como "*el misticismo, el sensualismo, la indiferencia moral, degeneraciones patológicas psíquicas y físicas, etc.*", pero no las atribuye a la naturaleza interna de la juventud, sino a contextos históricos que determinan la emergencia de "crisis de autoridad".

En 1945, al final de la II Guerra Mundial, la juventud europea parece abatida, desencantada, sin fe. La bomba nuclear inicia los miedos de una nueva era, y se levantan telones de acero entre países, regímenes y generaciones (Jeff Nuttall dedicó tiempo después un bello ensayo a la juventud de posguerra titulado precisamente *Bomb Culture*). En Alemania se empieza a hablar de la "generación escéptica", que después de sufrir las penalidades de las trincheras ve como se derrumban los ideales de su juventud. En Italia los sociólogos hablaron de los "jóvenes de las 3 M" (Macchina, Moglie, Mestiere: coche, mujer y trabajo). En Francia, el existencialismo recupera la actitud desencantada y nihilista de algunos pensadores de principios de siglo (por bien que frente a las *cavas* de la *rive gauche* surgió también una nueva actitud *engagé*). En España, J. L. Aranguren habla de la "generación abatida" por la necesidad de sobrevivir y despolitizarse tras la guerra civil. Pero este discurso no durará mucho. Con el crecimiento económico de posguerra, la situación comenzará a cambiar lentamente. En un contexto de plena ocupación, con una capacidad adquisitiva creciente por parte de los jóvenes, con la difusión de los medios de comunicación de masas y de la sociedad de consumo, con la escolarización masiva y el nacimiento del mercado adolescente, nace la noción de "cultura juvenil" como categoría autónoma e interclasista, comienza a tener éxito el culto a la juventud, y ésta se convierte en la edad de moda. Al mismo tiempo nace la imagen del "*rebelde sin causa*".

En 1957 el sociólogo alemán Helmut Schelski publicó *Die Skeptische Generation* (La generación escéptica), que recogía diversas investigaciones sobre los valores de los jóvenes alemanes de posguerra, realizadas durante la década anterior. Las tesis del autor se desprendían del título de su libro, que desde entonces se convertiría en un lugar común en la investigación empírica sobre la juventud. Schelski oponía los jóvenes de posguerra a tres generaciones que se

habían sucedido en Alemania desde principios de siglo: la nueva generación se caracterizaba por su falta de compromiso político y moral, por su conformismo con la sociedad establecida, por su adaptación funcional. Según otro sociólogo alemán: “*La juventud procura integrarse en esta sociedad tan pronto como le sea posible, para poder aprovechar plenamente todas las posibilidades que le ofrecen. La pauta dominante de comportamiento es la adaptación. De esta manera la sociedad consigue hacer de las futuras generaciones unos colaboradores dispuestos a jugar el juego del sistema establecido*”. En realidad, las características que Schelski consideraba propias de los jóvenes podían extenderse a adultos, que vivían en plena crisis de identidad provocada por el trauma del nazismo y la deshecha bélica. La visión metonímica de la juventud -atribuirle valores propios de toda la sociedad- era típica del método utilizado por Schelski, que basaba sus interpretaciones en sondeos de opinión promovidos por el Instituto Emnid, que iniciaba el camino largo y no siempre brillante de las encuestas a la juventud, que desde entonces ocuparían un lugar hegemónico en la sociología empírica.

En 1954, en Memphis, la música *blues* de los negros comenzó a ser cantada por jóvenes blancos: había nacido el *rock & roll*. Se trataba de un nuevo tipo de música, interpretada por chicos y chicas que no tenían más de 18 años, orientada hacia un nuevo mercado juvenil, que pronto se convertiría en el símbolo de la primera cultura auténticamente *internacional-popular*. En el período de posguerra, cuando el alargamiento de la permanencia de los jóvenes y las jóvenes en instituciones educativas y la aparición del “consumidor adolescente” consagran el nacimiento de una nueva clase de edad en los países industrializados, las teorías sobre la existencia de una “cultura juvenil” autónoma e interclasista se generalizan y se dotan de legitimidad científica. La escuela secundaria -la *high school*- se convierte en el centro de vida social de una nueva categoría de edad: el *teenager*. La escuela no sólo ofrecía una cultura académica, sino un espacio de sociabilidad compuesto por una serie de rituales con los que las películas de esta época nos han familiarizado: deportes, clubes, sonoridades y fraternidades, bailes y fiestas de graduación, cines al aire libre, etc. En definitiva, era “una ciudad dentro de la ciudad”, en la cual la edad era mucho más importante que la clase. Quienes tenían menos de veinte años, pero ya no eran niños o niñas, formaban una nueva generación que por primera vez tenían modelos de su edad: estrellas del cine como James Dean (en 1955 estrena *Rebel Without a Cause*); o de la música como Elvis Presley (en 1956 estrena *Rock Around the Clock*).

En 1955 el sociólogo norteamericano James Coleman publicó *The Adolescent Society*, que pronto se convertiría en una obra de referencia sobre la emergente “subcultura adolescente en la sociedad industrial”. El autor se había basado en una gran encuesta realizada en diez *high schools* ubicadas en el Estado de Illinois, que cubrían una amplia gama social que iba desde hijos e hijas de granjeros y obreros hasta las clases medias. El autor llega a la conclusión de que en el entorno de la escuela secundaria estaba emergiendo una auténtica «sociedad adolescente», donde imperaban normas diferentes a las de la «sociedad adulta». En 1942 Talcott Parsons había escrito un artículo («*Age and sex in the social structure of US*»), en el cual caracterizaba a la juventud en oposición al estatus de adulto: “*En contraste con su énfasis en la responsabilidad, la orientación de la cultura juvenil es, de forma más o menos específica, irresponsable*”. Para Parsons el desarrollo de grupos de edad era expresión de una nueva conciencia generacional, que cristalizaba en una cultura autónoma centrada en el consumo hedonista. La imagen predominante se basaba, pues, en la uniformidad de la cultura juvenil, que reflejaba los valores universales que los estructurales-funcionalistas percibían como una sociedad altamente integrada. Su cultura era la de una generación que consumía sin producir, que al estar en las instituciones educativas no sólo se separaba del trabajo, sino de la estructura de clases. El acceso nominal a los estilos de ocio parecía cancelar las diferencias sociales. La adolescencia facilitaba el cambio sin amenazar el consenso.

En 1964, en Berkeley, los jóvenes universitarios iniciaban el *Free Speech Movement* (Movimiento por la Libertad de Expresión). Se trataba de una típica protesta estudiantil que se convir-

tió en un movimiento para los derechos civiles de amplio alcance, que pronto se difundió a otras muchas universidades norteamericanas. Desde los años cincuenta (*On the road, la mítica novela-manifiesto de Jack Kerouak, se había publicado en 1957*) la bahía de San Francisco había visto florecer la llamada *beat generation*, articulada en torno a la música jazz, el consumo de hachís, la vida bohemia y la disidencia artísticocultural. Estos movimientos convergieron, a mediados de los años sesenta, en el *flower power* que sería universalmente conocido con el nombre de movimiento *hippy*. La juventud ya no era considerada como un conglomerado interclasista, sino como una nueva categoría social portadora de una misión emancipadora, incluso como una “nueva clase revolucionaria”. Bajo el estímulo del *mayo del 68*, los teóricos más radicales aplicaron las teorías marxistas para analizar las relaciones de producción que los jóvenes mantenían con los adultos; también aplicaron las teorías freudianas para analizar los conflictos edípicos de la sociedad patriarcal. Más que interpretaciones científicas, estos discursos aparecían como herramientas políticas al servicio de los combates sociales que los jóvenes habían de librar, legitimando la revuelta de la nueva generación.

En 1968 -una fecha emblemática- el filósofo norteamericano Theodore Roszak publicó *The making of a counterculture* (que en España se tradujo como *La revuelta de los centauros*). Esta obra se convertiría pronto en un auténtico manifiesto generacional, que teorizaba la misión de la juventud como creadora de una cultura alternativa a la dominante en la sociedad, es decir, de una contra-cultura. En este proceso de legitimación uno podía recuperar y releer autores anteriores olvidados, como es el caso de Wilhelm Reich, un freudomarxista heterodoxo que había identificado en la represión sexual de los jóvenes una de las bases de la cultura autoritaria. Como Herbert Marcuse, crítico del hombre unidimensional, de la “tolerancia represiva” del sistema, profeta de los movimientos contraculturales y estudiantiles como los gérmenes de un mundo liberado. O como Paul Goodman, lúcido analista de los problemas de los jóvenes en la “sociedad organizada”. Pero también podía dar lugar a nuevas teorizaciones, que intentaban aplicar el paradigma freudiano al estudio de la rebelión juvenil, tema que desarrollaría el psicoanalista francés Gérard Mendel en sus obras *La révolte contre le pÃ`re* y *La crise des gÃ©nÃ©rations*. La matriz idealista de este paradigma desemboca en la alternativa fantasmagórica de una “revolución de las conciencias” susceptible de derrumbar el “mito del conocimiento objetivo”, fundamento de toda alienación. Su matriz más práctica, después de la deshecha de París, Roma y México, se orientó hacia el movimiento de las comunas, la ocupación de casas y la revolución de las drogas, el sexo y el *rock & roll*.

En 1976, poco después de la explosión de los Sex Pistols, nace en los barrios sudoccidentales de Londres, y en el entorno de King’s Road, un nuevo estilo bautizado con el significativo nombre de punk (literalmente: basura, mierda). Su difusión fue rapidísima: con los vientos de crisis, la provocación como bandera, y una música electrizante y simple que recupera “la onda rebelde del rock”, los punks se encuentran pronto en Milán, Tokio, San Francisco, México y Santa Coloma de Gramanet. La actitud provocativa de Johnny Rotten, líder de los Pistols, y la trágica epopeya de Sid Vicious, catapultaron el movimiento punk a primera línea del escenario. En el ámbito musical, retomaba elementos que provenían de David Bowie y del *glitter-rock*, del *proto-punk* americano, del rock de inspiración *mod*, del *rhythm and blues*, del *soul*, del *reggae*. Esta alianza de tradiciones musicales diversas y aparentemente incompatibles quedaba ratificada con un estilo de vestir igualmente ecléctico. Este conjunto de cosas literalmente “prendidas” con agujas imperdibles se convirtió en un fenómeno altamente fotogénico, que desde 1977 provisionó a los periódicos sensacionalistas una buena reserva de material. Pero el éxito del estilo punk se debió, en parte, a su capacidad para retratar con colores fuertes el momento histórico que empezaban a vivir las sociedades occidentales (en 1973 había estallado la crisis del petróleo).

En 1975 se publicó *Resistance through rituals*, un libro editado por Stuart Hall y Tony Jefferson, que recogía el trabajo colectivo del *Centre for Contemporary Cultural Studies* de la Universidad de Birmingham, donde desde principios de los años setenta se habían unido un conjunto de científicos

sociales y jóvenes investigadores e investigadoras, interesados en el estudio de las subculturas juveniles, de los *teddy boys* a los *punks*. Huyendo tanto de las teorías funcionalistas sobre la emergencia de una cultura juvenil interclasista, como de las teorías contraculturales que veían en la juventud la nueva clase revolucionaria, los autores de la escuela de Birmingham encontraron la manera de interpretar cómo las experiencias sociales de los jóvenes, situadas en particulares marcos de clase, son expresadas y negociadas colectivamente mediante la construcción de estilos de ocio distintivos, fruto de la interacción entre tradiciones de clase y símbolos comerciales. Con una base marxista de inspiración gramsciana, estudian las subculturas de posguerra como estrategias de “resistencia ritual” generadas en precisos contextos históricos y de clase, que pusieron en crisis el mito del consenso en la sociedad del *Welfare State* y de la opulencia de los años sesenta. A pesar de la indudable riqueza de las aportaciones de esta escuela, son pertinentes las críticas suscitadas: los estudios culturales se centraron más en algo desviado que en algo convencional, más en los adolescentes de clase obrera que en los de sus coetáneos de clase media, más en los chicos que en las chicas, más en el mundo del ocio que en las instituciones adultas.

En 1985 la Unesco declaró el Año Internacional de la Juventud: era un signo que las cosas no acababan de ir bien en el mundo de los jóvenes. El incremento galopante de la desocupación juvenil, el hundimiento de las ideologías contraculturales, el retorno a la dependencia familiar, generaban discursos que ya no incidían en la capacidad revolucionaria y constructiva de los jóvenes y las jóvenes, sino en la incertidumbre cultural y en los problemas que encontraban en la inserción social. Nació una actitud entre cínica y desencantada, que tuvo múltiples traducciones en los imaginarios juveniles, pero que casi siempre guardaban relación con una K subcultural: punKs, oKupas, sKinheads, maKineros. El sociólogo francés Michel Maffesoli habló del “tiempo de las tribus” para referirse a esta proliferación de microculturas juveniles, nacidas de la cultura de consumo o de los márgenes contraculturales que ocupaban nichos diferentes en el territorio urbano. Se trataba de una metáfora perfectamente aplicable a las culturas juveniles del fin del siglo XX, fruto de la confluencia de comunidades hermenéuticas donde fluyen los afectos y se actualiza lo “divino social”, caracterizadas por reafirmar las fronteras estilísticas, las jerarquías internas y las oposiciones frente al exterior. Sin embargo, era mucho más difícil de aplicar a los estilos juveniles emergentes en ese cambio de milenio, que más que las fronteras enfatizaban los pasajes, más que las jerarquías remarcaban las hibridaciones, y más que las oposiciones resaltaban las conexiones. Vivir la juventud ya no era -como en el complejo Tarzán- transitar de la naturaleza a la cultura, ni tampoco -como en el complejo Peter- Pan-, resistirse a la adultez, sino experimentar la errancia del destino incierto -como en el complejo Replicante, tomado del humanoide de Blade Runner que se rebela porque no tiene memoria del pasado-. Se trata quizá de una de las manifestaciones exteriores de eso a lo que se ha llamado el “fin de las ideologías” y el “fin de la historia” (conviene recordar que la década acabó con la caída del muro de Berlín y del comunismo soviético).

En 1983 la misma UNESCO publicó un informe titulado *La juventud en la década de los 80*, en el cual se dejaban claros los términos en que se tenía que plantear el debate: “*Ni el enfoque ni el lenguaje característicos de la década de los 60 parecen adaptarse a las nuevas realidades que la juventud tendrá que afrontar en la década que empezamos. En el 68 se hablaba de confrontación, protesta, marginalidad, contracultura... en definitiva, era un lenguaje que denotaba una confianza posible en un cambio hacia un mundo mejor. Tal vez en el próximo decenio las palabras claves que experimentarán los jóvenes serán: paro, angustia, actitud defensiva, pragmatismo, incluso supervivencia*” En este contexto, ¿es legítimo pensar en la juventud como una categoría social dotada de una cierta unidad de representaciones y actitudes? La respuesta de Pierre Bourdieu es aparentemente lapidaria: “*La jeunesse n’est qu’un mot*”. Para Bourdieu la edad no es más que una forma de marcaje social que se aplica a grupos en competencia -“jóvenes” y “viejos”- para marcar simbólicamente su preeminencia actual o futura; el análisis científico de las edades no es irrelevante, pero se limita al estudio de las luchas para la clasificación.

En 1994, en Chiapas (México), el subcomandante Marcos encabeza una revuelta de jóvenes indígenas que, más que las armas, utilizó las nuevas tecnologías de la comunicación para difundir sus denuncias y consignas. Lo que algunos autores y autoras han llamado “*la primera guerrilla postmoderna*” se convirtió en un referente generacional para aquellos jóvenes que habían entrado en la juventud con la caída del muro de Berlín. En 1999, en Seattle, la década se cierra con una protesta contra una reunión de los poderes económicos mundiales, protagonizada por el llamado Movimiento de Resistencia Global. Paradójicamente, los “antiglobalizadores” son los primeros en utilizar las nuevas tecnologías de la era de la globalización: se trata de lo que algunos autores han llamado “*web movements*” (movimientos telaraña). Unos años antes, el escritor Douglas Coupland había popularizado el término “Generación X” para referirse a una juventud marcada por las incertidumbres y las paradojas de la sociedad postmoderna, y por la falta de un sistema de valores sólido. Pero hay otra característica de los jóvenes y las jóvenes de fin de siglo que nos parece más reveladora: su acceso a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, sobre todo su acceso a la red por definición: internet.

En 1998 Don Tapscott, uno de los profetas de la revolución informática, publicó un estudio dedicado a la Generación R (*Growing Up Digital: The Rise of the Net Generation*). Para este autor, así como los *baby-boomers* de posguerra protagonizaron la revolución cultural de los años sesenta, basada en la emergencia de los mass-media y de la cultura rock, los niños y niñas de hoy son la primera generación que llegará a la mayoría de edad en la era digital. No se trata sólo de que sean el grupo de edad con el acceso más grande a los ordenadores y a internet, ni de que la mayor parte de sus componentes vivan rodeados de bites, chats, e-mails y webs; lo esencial es el impacto cultural de estas nuevas tecnologías: desde que tienen uso de razón les han rodeado instrumentos electrónicos (de videojuegos a relojes digitales) que han configurado su visión de la vida y del mundo. Mientras en otros momentos la brecha generacional venía marcada por grandes hechos históricos (la guerra civil, mayo del 68) o bien por rupturas musicales (los Beatles, los Sex Pistols), los autores y autoras hablan de la generación *bc* (*before computer*) y *ac* (*after computer*). Eso genera nuevas formas de protesta, como las marchas antiglobalización, donde jóvenes de distintos países acuden a manifestaciones convocadas por internet, propagadas por flyers y gestionadas por teléfonos móviles. Y también nuevas formas de diversión (como las *macroraves*), donde se utilizan formas de convocatoria semejantes para finalidades lúdicas. Pero también surgen nuevas formas de exclusión social que podríamos llamar cibernéticas (¡para acceder a la red hace falta tener una llave de acceso!). La red genera comunidades virtuales, pero también nuevas soledades como los *hikikomoris*, adolescentes japoneses que se encierran en su habitación digital.

Un evaluador anónimo del presente manuscrito me hizo ver, con toda la razón, que la historia de las teorías sobre la juventud del siglo XX esbozada tenía un sesgo occidental (europeo y norteamericano para ser más precisos). Por ello me ha parecido oportuno retomar en estas conclusiones una perspectiva latinoamericana, a manera de sucinto resumen del impacto de las teorías señaladas en los países del subcontinente, así como de algunas aportaciones originales al debate teórico sobre la juventud surgidas desde América Latina.

En América Latina, el comienzo de la atención teórica hacia los jóvenes se remonta a las primeras décadas del siglo XX. Una fase que puede rotularse como de “ensayística”, “especulativa” o “creativa”, debido a la naturaleza de las obras y de los autores que las produjeron. Allí se encuentra gran parte de los intelectuales llamados “nacionalistas latinoamericanos” y sus ensayos emancipadores, prescriptivos o edificantes sobre estos actores. Capitales resultan J. E. Rodó, con *Ariel* dedicado a «Los jóvenes de América»; J. Ingenieros con *El hombre mediocre*, J. Vasconcelos con *La raza cósmica*; J. C. Mariátegui con “La reforma Universitaria”. La “juventud”, para el grueso de estos autores, es entendida como un reservorio moral tanto para la construcción de un “nuevo” y “joven” proyecto civilizatorio en la refundación de la nación y la identidad latinoamericana, como para la encarnación de la modernidad “civil” - Reforma Universitaria de Córdoba, Argentina,

en 1918- y estética (vanguardias). Preocupan sólo “los” jóvenes (masculinos, de las elites y mesocracias ilustradas) como discípulos, con una misión iluminista. Este proceso se verá interrumpido por el arribo y legitimidad del positivismo en las ciencias sociales, particularmente en la psicología. Así, ya desde la década de los años treinta, aparece la figura de Aníbal Ponce como “cientista social” emblemático, con las obras *Sicología de la adolescencia* y *Ambición y angustia de los adolescentes*. Sus planteamientos convergen con la mayoría de las investigaciones que se estaban desarrollando en Estados Unidos y Europa desde principios de siglo en ese campo disciplinario.



A partir de los años cincuenta y sesenta, con la profundización modernizante y desarrollista, unas ciencias sociales precariamente institucionalizadas -como la psicología y la sociología- tuvieron para hacer de la realidad juvenil un fenómeno estudiado. Las miradas y enfoques se prenden de un estructural-funcionalismo norteamericano estigmatizador o de un marxismo europeo instrumental. El primero preocupado por normalizar a los “jóvenes disfuncionales o desviados” derivados de los procesos de industrialización y migración rural-urbana; y el segundo, más interesado por la concientización de clase y la irrupción de los movimientos juveniles, básicamente estudiantiles. Los acentos agotan un arco de énfasis disciplinarios que van desde las perspectivas psicologistas que, en un doble aspecto, intentan comprender los fenómenos producidos a nivel individual en los procesos de conformación y búsqueda de la propia identidad y el tránsito fisiológico (estudios herederos de la obra de E. Erikson); hasta los enfoques sociológicos influidos por la tradición estructural-funcionalista, herederos de las obras de T. Parsons y R. Merton, que tuvieron una gran presencia desde la década de los años cincuenta en América Latina y que tradujeron a la juventud como “problema”. En ellos fue relativamente mecánica la aplicación del constructo “desviado”, “disfuncional” o “anómico”, a un segmento de los jóvenes que en ese momento a la sociedad adulta le preocupaba: migrantes, delincuentes, alcohólicos, revolucionarios, “hippies” o “rebeldes”. Pese a ello, estos aportes extendieron los elementos conceptuales suficientes para entender el “período

juvenil” como una forma de socialización y moratoria.

Con el advenimiento de los movimientos sociales y “emancipadores” en las décadas de los años sesenta y setenta, los estudios sobre juventud comenzaron a ampliarse e institucionalizarse. Fue esencialmente la sociología la que, la mayoría de las veces bajo el paraguas del Instituto Latinoamericano de Planificación Económico y Social, ILPES (dependiente de la CEPAL), se ocupó “oficialmente” de la temática. La mayor parte de estos estudios estaban focalizados en los procesos de integración y desarrollo social de los jóvenes, intentando sumar dichas situaciones a proyectos modernizadores; como también se detecta un énfasis acusado en indagaciones de carácter político e ideológico en la juventud, básicamente estudiantil. Así, se puede constatar que los estudios sobre procesos políticos desde la perspectiva de la juventud universitaria, monopolizaron la mayor parte de la investigación social sobre estos actores³. No obstante, tendríamos que convenir que estas obras son marginales en su conjunto con respecto al grueso de las investigaciones hechas en la región, al menos hasta el año Internacional de la Juventud proclamado por la ONU en 1985. Los estudios socioculturales habían tendido a ignorar la dimensión generacional: tanto los estudios sobre las comunidades indígenas, como los centrados en sociedades rurales y urbanas, tendieron a ver a sus sujetos de estudio como indios, campesinos, colonos, hombres, mujeres, burgueses, obreros, pero no como niños y niñas, y todavía menos como adolescentes o jóvenes. La explicación tradicional a estas omisiones pone énfasis en la inexistencia de las categorías de infancia y juventud en las sociedades latinoamericanas más allá de algunas minorías sociales (clases medias) y territoriales y (zonas urbanizadas). Este supuesto se basa en la concepción de que la gran mayoría de latinoamericanos y latinoamericanas pertenecientes a los sectores subalternos tienen una temprana incorporación a la vida adulta (lo que quizá explica por qué «infantólogos» y «juvenólogos» no son comunidades académicas separadas en América Latina).

En la segunda mitad de la década de los años ochenta, con la emergencia de las juventudes urbano-populares y el auge de estudios provocados por el Año Internacional de la Juventud, estas omisiones sociohistóricas y precariedades teóricas comenzaron progresivamente a resolverse. De manera simultánea en varios países latinoamericanos, la reflexión sobre los jóvenes se trasladó al terreno de las bandas y las culturas juveniles, de los territorios nómadas desde los que los jóvenes de la periferia social y territorial accedían al centro del escenario. Al mismo tiempo, algunos referentes de la escuela latinoamericana de estudios culturales reflexiones teóricas e históricas sobre la juventud de amplio alcance, basándose en estudios de campo sobre las culturas juveniles llevados a cabo por nuevas generaciones de investigadores. De este modo, los estudios sobre la juventud pasaron de ocupar un lugar marginal a un lugar central en los debates de las ciencias sociales, convergiendo (a veces de manera espontánea) con las teorías europeas en boga durante la misma época, analizadas con anterioridad, como los estudios subculturales de la escuela de Birmingham, la teoría de la distinción de Bourdieu y el tribalismo de Maffesoli.

En los albores del siglo XXI, la agenda latinoamericana de los estudios sobre la juventud está por construir. Tras una fase ensayística-especulativa en el primer tercio del siglo XX, una fase empírico-modernizadora en los años sesenta y setenta, y una fase etnográficoexperimental después de 1985, es necesario un esfuerzo de reformulación teórica y conceptual que contribuya a resituar la investigación de campo sobre bases más sólidas. Tres son los temas axiales a dilucidar: en primer lugar, la construcción histórica y cultural de la juventud a partir de la diversidad; en segundo lugar, la relectura de las teorías sobre las generaciones en una óptica latinoamericana; y en tercer lugar, la metamorfosis de la juventud en la era de la globalización. Esos pueden ser, precisamente, los retos de las nuevas generaciones de investigadores e investigadoras que, como sucede en Manizales, pueden viajar al siglo XXI con las lecciones del siglo XX aprendidas.

Ana miranda¹

Analia Otero

Introducción

En los últimos años los asuntos asociados al trabajo y al empleo han ocupado un lugar central en la agenda política y social de diversas naciones. En nuestro país, el síntoma más evidente de la situación que atraviesa el mercado laboral ha sido el significativo aumento de la desocupación. Si bien han sido extensos los debates y diversas las propuestas respecto de las acciones que pueden implementarse, las problemáticas laborales son de muy difícil resolución en lo que hace a sus causas y determinantes. No obstante, existen diversos acuerdos en señalar que las relaciones de las personas con el empleo se modificaron ampliamente, en un contexto de transformaciones sociales más profundas.

Ahora bien, ¿cuáles han sido específicamente las transformaciones que se desplegaron en el mercado de trabajo?, ¿cómo han afectado la vida de las personas?, ¿cómo han impactado en los jóvenes?, ¿cuáles han sido las principales tendencias en los diagnósticos e intervenciones sobre esta problemática? Son algunos de los interrogantes que nos proponemos abordar en el presente texto. Con ese objetivo, comenzaremos nuestra exposición con una de las tantas posibles historias de un grupo familiar urbano en la Argentina reciente.



1 Taber, Beatriz. Familia, adolescentes y jóvenes desde una perspectiva de derechos. México: UNICEF, 2002. Págs. 153-170

El protagonista de nuestra historia se llama Juan Carlos y nació en el año 1946. Mientras su padre trabajaba en una despensa de alimentos y su madre cuidaba los asuntos del hogar, él pasaba su infancia con sus amigos del barrio. Fue al colegio primario y luego al secundario. Al tiempo de haber terminado la escuela media consiguió un trabajo administrativo en una empresa de burletes para heladeras, donde estuvo empleado más de veinticinco años. Cuando tenía veintitrés años y después de haber trabajado duro para armar su casa se casó con una chica llamada Marta. Ellos tuvieron dos hijas, a las que denominaremos “las nenas”. Las nenas, fueron también al primario y al secundario, sin embargo, su trayectoria laboral fue bien distinta de la de los padres. Como comenzó a ser distinta para toda la familia a partir de los años noventa, ya que la empresa en la que Juan Carlos trabajaba cerró y la estabilidad laboral dejó de ser un hecho cotidiano. A partir de ese momento, Juan Carlos emprendió diversas actividades: puso un quiosco, fue vendedor en forma esporádica y en la actualidad se las arregla con algunas changas, es decir que no pudo recuperar su antigua posición ocupacional. Su señora, Marta, tuvo que acompañarlo ahora en la búsqueda de recursos para mantener el hogar y encontró un trabajo por la tarde en una mercería del barrio. Las nenas, en cambio, están atravesando trayectorias laborales bien distintas. La primera continúa con sus estudios de contadora, busca un empleo y mientras tanto da clases particulares de contabilidad y matemática. La segunda terminó el secundario y estudió serigrafía, actualmente es artesana e intenta vender sus producciones en una feria local.

Las nuevas reglas de juego del mercado de trabajo implicaron una transformación más profunda que la pérdida de ingresos económicos, abarcando una serie de dificultades en ámbitos como la cobertura de salud, la seguridad social, la pérdida de los beneficios que brinda la estabilidad laboral, etc. Al tiempo que establecieron condiciones menos favorables para la construcción de las trayectorias laborales exitosas en las nuevas generaciones y numerosos obstáculos en la constitución de núcleos familiares propios.

Las crisis económicas determinaban que en muchos casos las personas tuvieran que emigrar, ya sea del campo a la ciudad, o de una ciudad a otra, escapando algunas veces de situaciones de pobreza. Sobre mitad del siglo XX, esa realidad parecía haber quedado atrás. Sin embargo, en las últimas décadas del mismo siglo las condiciones de estabilidad del trabajo comenzaron a modificarse nuevamente. No sólo para Juan Carlos y su familia, sino también para un conjunto de personas que habitan otras latitudes.

Efectivamente, en países como Francia, España, Alemania y otros, las tasas de desempleo abierto han sido importantes en las últimas dos décadas. La definición de las causas que determinan la expansión de dicho fenómeno ha sido ampliamente debatida.

El problema del desempleo está relacionado con el crecimiento económico. Existen numerosos acuerdos entre los especialistas en que sin crecimiento del PBI el desempleo crece. Sin embargo, en la última década se pudo observar que el crecimiento económico es necesario, pero no suficiente para combatir la desocupación.

La causa de la desocupación es la introducción de nuevas tecnologías en el proceso de producción. El cambio tecnológico que vivimos en los últimos años significó la expulsión de trabajadores del ámbito productivo. Es decir que la incorporación de tecnologías reduce los puestos de trabajo. Las máquinas reemplazan a las personas.

En la misma línea de análisis encontramos las explicaciones que suscriben al “fin del trabajo”. En este caso, el punto fundamental ha sido que las nuevas tecnologías de producción hacen que el trabajo ya no sea necesario. Las dos últimas posturas han sido ampliamente criticadas, ya que en algunos países -como Japón o los Estados Unidos- la incorporación de tecnología no ha significado la expansión de la desocupación ni la desaparición del trabajo.

La desocupación está relacionada con los escasos conocimientos de los trabajadores. Es-

tas teorías señalan que la incorporación de las nuevas tecnologías de producción y de gestión del trabajo requieren conocimientos complejos y hacen que algunos trabajadores no estén preparados para los nuevos requisitos de las empresas. Es interesante señalar que las tesis de la descalificación de los trabajadores han sido la base de numerosas políticas de empleo. Sobre este punto nos detendremos más adelante.

El desempleo está relacionado con las rigideces de la legislación laboral. Algunos especialistas han señalado que en los nuevos entornos económicos las leyes del trabajo son un obstáculo para la generación de nuevos empleos. Por ello, en los últimos años ha habido diversos intentos de flexibilizar las normas de contratación laboral. Estas posiciones han sido también ampliamente cuestionadas, ya que la flexibilización de las normas ha tenido diferentes resultados en distintas economías y no ha significado la creación de nuevos puestos de trabajo.

Hemos señalado las dificultades en la definición de los antecedentes de las problemáticas del mercado de trabajo. Sin embargo, hay cierto consenso en la presunción de que el empleo estable y protegido -que fue característico de la segunda mitad del siglo XX en los países occidentales- se está transformando. Y que, si bien el trabajo sigue siendo una actividad estrictamente necesaria en el proceso productivo, la relación de las personas con el empleo está modificándose ampliamente.

Durante gran parte de la historia de la humanidad el trabajo y la vida familiar estuvieron unidos. Los grupos familiares se dividían las tareas de producción y reproducción de la vida en un mismo espacio. El desarrollo de la industria, los servicios y el comercio modernos significó que el trabajo se fuera relacionando con el empleo y los salarios. Es decir, con actividades productivas que se desarrollan fuera del hogar y tienen por contraparte el pago de un haber. Por esa razón, cuando actualmente hablamos del trabajo lo hacemos en el contexto del “mercado de trabajo”, es decir, en el marco de un sistema económico determinado. Más precisamente, hablamos de “empleo”, es decir, de la actividad económica de las personas en una economía dada. En este sentido, consideramos que el concepto de trabajo es más abarcativo. Por ejemplo, una persona puede desarrollar diversos trabajos en su hogar sin que esto esté relacionado con una actividad económica. O diversas personas pueden hacer trabajos en una comunidad dada sin que esto signifique una estrategia de búsqueda de recursos, como es el caso de algunas organizaciones sociales.

Los distintos procesos históricos y sociales determinan diversas conformaciones de los mercados laborales en las diferentes geografías. Así, los mercados de trabajo en cada región están configurados por las características que asume el desarrollo socioeconómico en determinados momentos históricos. En el caso de nuestro país sobre mitad del siglo XX ocurre la convergencia de: el importante proceso de industrialización por sustitución de las importaciones a partir de los años treinta; una coyuntura en el comercio internacional que nos fue altamente favorable; el activo papel desarrollado por el Estado en relación con las políticas sociales y económicas; la rápida urbanización de la población; los altos porcentajes de trabajadores con empleo pleno o con relaciones de tipo salarial y el desarrollo de menores niveles de informalidad laboral en comparación con los otros países latinoamericanos.

Todo esto determinó un mercado de trabajo con una significativa estabilidad, con bajas tasas de desempleo y una importante expansión de los beneficios asociados al trabajo -vacaciones, jubilación, cobertura de salud, etc.- distintos de los que habían experimentado los restantes países de la Región latinoamericana.

Esa conformación del mercado laboral fue un rasgo característico de la Argentina hasta entrados los años ochenta y significó la estructuración de diversos procesos de movilidad social ascendente. Dicha movilidad, se especificó en las trayectorias de los jóvenes urbanos -como puede ser el caso de nuestro “Juan Carlos”-, en los que el camino del sistema educativo al empleo era un recorrido normal o que podía ser transitado por las nuevas generaciones.

Sin embargo, como venimos planteando, a partir de la década del ochenta estos recorridos comenzaron a dejar de ser característicos de nuestra sociedad. Las principales causas de esa modificación son de carácter estructural. Es decir que no tienen directa vinculación con las conductas individuales de las personas y se deben a procesos que involucran al conjunto de las instituciones sociales.

La manifestación más clara de esta problemática se expresó en la expansión de la tasa de desempleo abierto en la década del noventa, aunque la metamorfosis del mercado de trabajo es mucho más profunda que lo que esa tasa nos puede mostrar. Desde nuestra perspectiva, los principales problemas del empleo en nuestro país son: la pérdida de la estabilidad laboral, la segmentación y diferenciación de las ocupaciones, el incremento de las personas que trabajan pocas horas y quieren trabajar más (subocupados), el aumento de los sobreocupados, el incremento de la precariedad laboral, la pérdida de los beneficios asociados al trabajo, la tendencia a la baja de los salarios y, por supuesto, las altas tasas de desempleo estructural y la aparición del desempleo de larga duración.

Es un hecho conocido que los problemas relacionados con el empleo han afectado a ciertos grupos en mayor medida que a otros. Particularmente a lo largo de los últimos años las personas con menores niveles de escolarización, las mujeres y los jóvenes han sido los más perjudicados por el desempleo, la baja de los salarios, la pérdida de la estabilidad laboral, etc.

En primer lugar y en lo que hace a la educación, diversas investigaciones han demostrado que en momentos de expansión económica los certificados que brinda el sistema educativo formal facilitan los procesos de movilidad social ascendente. Al respecto, se ha propuesto que los certificados educativos son un trampolín en las posibilidades individuales de conseguir mejores ocupaciones. Ahora bien, ¿qué pasa en los momentos en que el mercado de trabajo se deteriora? Los estudios demuestran que la educación deja de ser un trampolín y se convierte en un paracaídas, ya que amortigua los fenómenos de movilidad social descendente. Con esa imagen, se intenta ilustrar el proceso por el cual las personas con menores capitales educativos sufren las consecuencias más severas del deterioro del mercado de trabajo. En efecto, cuando el empleo se contrae la educación actúa como un mecanismo de discriminación para los empleadores, exigiéndose mayores certificados educativos para puestos de trabajo que anteriormente no los requerían. Por ejemplo, es difundido el hecho de que en la actualidad el diploma del colegio secundario es cada vez más necesario para acceder a un puesto de trabajo formal.

En segundo lugar y prestando atención a las relaciones de género, encontramos que las mujeres perciben salarios inferiores, presentan tasas de desempleo más altas y desarrollan ocupaciones en trabajos más precarios que los hombres. Los problemas de las mujeres en relación con su trayectoria laboral son de larga data. Sin embargo, a lo largo de los últimos diez años ellas han cambiado significativamente su conducta frente al trabajo. La modificación más importante ha sido la incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral. Es decir que en la actualidad más mujeres trabajan o salen al encuentro de una ocupación que al principio de la década del noventa. Este fenómeno se acentúa en las jóvenes generaciones, donde la diferencia entre la proporción de hombres y mujeres que participan en la actividad económica es más escasa. Es interesante destacar que los cambios en el comportamiento de las mujeres frente al trabajo han dado lugar también a transformaciones en la organización de la vida familiar.

En tercer lugar, nos toca detenernos en la situación laboral de los jóvenes. Al respecto, una de las características principales de la relación de este grupo con el empleo es la presencia de altos índices de desocupación. Por ejemplo, a lo largo de 2000, entre los que tienen entre 15 y 19 años cuatro de cada diez jóvenes activos estaban desocupados. Otra particularidad sumamente importante es que desarrollan trabajos más precarios y con menores beneficios sociales que el resto de los grupos etéreos. Además, sus salarios son muy bajos. El promedio de ingresos laborales en el

total del país es de aproximadamente \$200 mensuales en el grupo de 15 a 19 años. Ahora bien, las dificultades que hemos detallado están relacionadas con el hecho de que los jóvenes son ingresantes recientes al mercado laboral -suerte que, en algunos casos, comparten con las mujeres- y por ello experimentan las tendencias nocivas del deterioro con mayor fuerza. Al mismo tiempo, al ser los últimos en entrar y por la condición de ocupar puestos precarios, los jóvenes están más expuestos a la desocupación en los momentos en que el ciclo económico ingresa en un período recesivo.

En resumen, las grandes transformaciones del mercado de trabajo, la incorporación de nuevas tecnologías a la producción y a la organización de la producción, y las desventajas que presenta la incorporación temprana al empleo, nos hacen posible proponer que en la actualidad, para los jóvenes, el mejor trabajo es el estudio y la capacitación. Al mismo tiempo que la mayor permanencia de los chicos en el sistema educativo les permitirá mejores oportunidades tanto en lo que hace al trabajo, como a su formación ciudadana y a sus posibilidades de construcción de futuro.

A partir de los distintos diagnósticos sobre las dificultades que se presentan en el mercado de trabajo, desde el ámbito gubernamental se han desarrollado dos claras tendencias en las modalidades de intervención en el problema de la desocupación. Dichas modalidades están relacionadas, por un lado, con el desarrollo de acciones sobre el volumen y las características de las personas económicamente activas. Estas acciones que operan sobre la "oferta laboral" son, entre otras, las que regulan las edades de entrada y salida del mercado de trabajo.

Por otro lado, las intervenciones que están vinculadas con los empleos, es decir, con la demanda laboral, son las que tratan de facilitar la generación de puestos de trabajo. En este caso, los programas están asociados a la creación de emprendimientos productivos o al establecimiento de incentivos para la contratación de nuevos trabajadores. Respecto de la última opción, las acciones más extendidas han sido las que promocionan el empleo entre los sectores con mayores dificultades laborales, entre ellos se encuentran los jóvenes (véase anexo sobre legislación). A continuación, presentamos ejemplos concretos de los proyectos que han caracterizado la intervención gubernamental sobre la problemática de la desocupación de los jóvenes.



Más allá de las propuestas de las políticas públicas existen otros caminos que recorrer. En este sentido, la participación de los distintos agentes de la comunidad es un hecho ampliamente significativo en la posibilidad de crear y recrear nuevas soluciones para nuestros jóvenes, donde se articulen los recursos y fortalezas más relevantes de la localidad y los principales intereses de los participantes. Desde este punto de vista, existe una amplia gama de posibilidades, conjugando las diversas modalidades de intervención y el trabajo conjunto de las organizaciones sociales locales, en base al conocimiento de la realidad específica de cada lugar.

En esta línea, se han llevado a cabo experiencias variadas con ideas que abarcan desde la generación de microemprendimientos productivos hasta la capacitación en oficios que son demandados y no están satisfechos en el mercado. Un antecedente de suma importancia en estas experiencias son los conocidos trabajos en servicios de proximidad. Estos servicios se proponen sobre la base del relevamiento de las necesidades de la comunidad y están relacionadas con, por ejemplo, la atención de los adultos mayores, el cuidado de los niños, la elaboración de productos gastronómicos, la reparación de bicicletas u otros bienes, etc.

